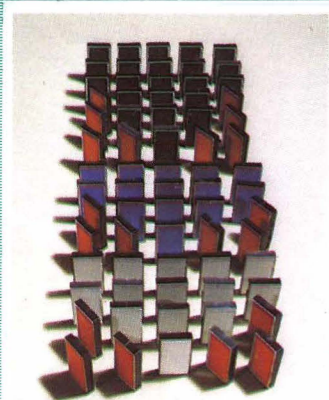
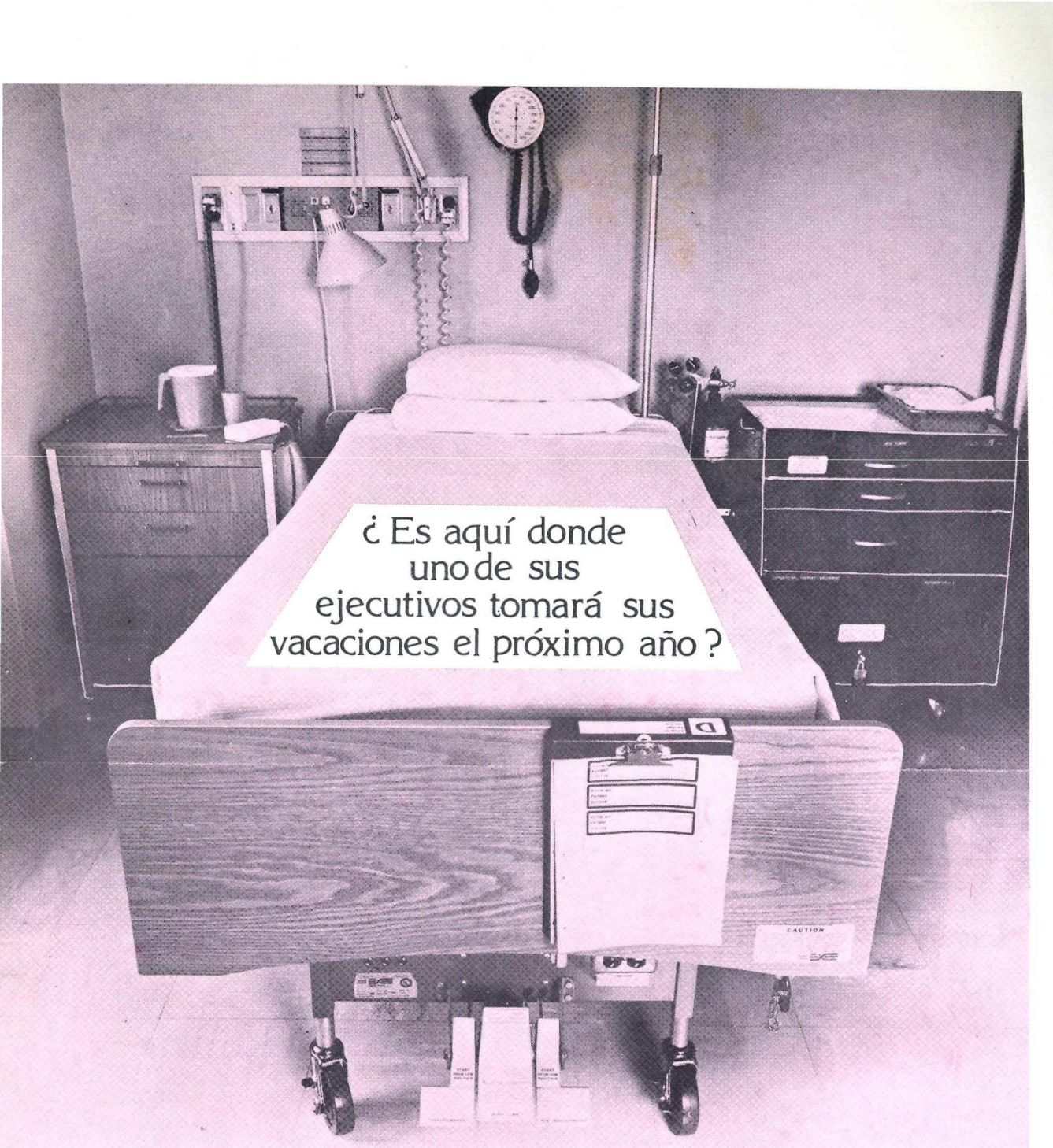


DEBATE 16

Revista Bimestral / 1800 soles



LOS MILITARES EN EL PERU/Enrique Zileri/
Las F.F.A.A. en la Democracia/Balance del
Gobierno Militar/Guerrilla y Terrorismo



¿ Es aquí donde
uno de sus
ejecutivos tomará sus
vacaciones el próximo año ?

Usted sabe como puede afectar a su empresa la enfermedad de uno de sus ejecutivos clave.
Por tanto, Usted debería saber qué es MEDICHEK.

Es más que un examen físico. Es un programa comprehensivo de evaluación de la salud de 4 horas de duración. Utilizando la más avanzada tecnología médica, realizamos un cuidadoso examen de sus ejecutivos. Determinamos cuán saludables se en-

cuentran, y les indicamos qué deben hacer para mantenerse y estar más saludables.

MEDICHEK es una excelente manera de proteger la inversión más importan-

te que una empresa posee. SU GENTE. Tenemos diseñados programas de chequeos médicos individuales y, empresariales. Para mayor información estamos a su disposición en:

medichek

OMNIA MEDICA S.A.
Esquina Intihuatana y Marginal de la Selva.
Tambo de Monterrico, Lima 33,
Teléfono 46 - 81-84.

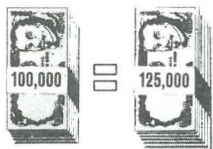
EL CHEQUEO MEDICO ESPECIALIZADO
MAS COMPLETO DEL PERÚ

UNMSM-CEDOC

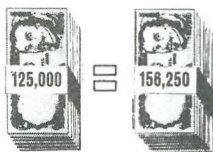
BONOS TIPO "C"

**Muchos peruanos
ya están cobrando los
dividendos de
nuestro desarrollo.**

Bonos tipo "C" de COFIDE



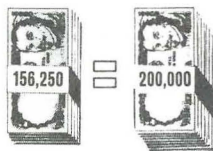
¡Con Bonos Tipo "C" de COFIDE se gana más!
Por cada S/.100,000 que usted invierte cobra S/. 25,000 de
intereses cada 6 meses...



¡Y AUN MAS!

Si al cobrar sus intereses a los 6 meses S/.25,000 (A), los
reinvirtió en Bonos Tipo "C", al año cobra el 25% adi-
cional, ahora sobre S/.125,000. Lo que es igual a S/. 31,250 (B)

¡Así gana S/. 56,250 (A + B) también libres de impuestos!

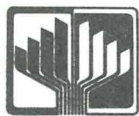


¡Y ESO NO ES TODO!

Además usted puede deducir de su impuesto a la renta
el 35% de los S/.125,000 que ya tiene en Bonos Tipo "C"
S/.43,750 (C) con lo que usted puede llegar a ganar al año
S/.100,000 (A+B+C)

¡Ni más, ni menos que el 100% de su inversión inicial!

Consulte a COFIDE, Agentes de Bolsa o a su Banco...
¡Le conviene comprar Bonos Tipo "C" de COFIDE!



COFIDE y usted

JUNTOS EN LA TAREA DE DESARROLLAR AL PERU

INFORMES

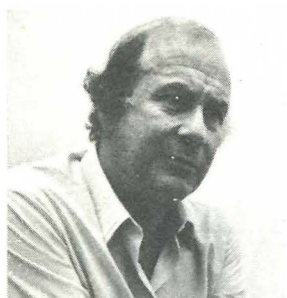
Los Rosales 460-San Isidro Teléfonos: 22-8373 / 24-8120
Agentes Colegiados de Bolsa, Bancos Consignatarios.
En Provincias: Oficinas de COFIDE y Bancos

UNMSM-CEDOC

**Cada día
invertimos en el país
nuestros 93 años
de experiencia.**

BANCO DE CREDITO
El Banco

UNMSM-CEDOC



"Volví y pregunté: ¿Qué hacemos? y, de repente me vi como director, teniendo que dedicarme plenamente a ello. Fue un proceso violento y me costo mucho esfuerzo".



Fascinado por el resplandor de los sables, sintiendo la marcha de banderas y el aire que agita el pendón de la Patria recibirá, de manos del Presidente, su espada".



"De la Puente, Lobatón, Heraud, Tello, Velando, hubieran sido incapaces de colocar una bomba en un cine, agredir al presidente de una comunidad o dinamitar un tractor".



"Desde su niñez Sánchez Cerro mostró un ávido interés por el poder. Sus compañeros de colegio lo llamaban 'el dictador', por la manera autoritaria con la que dirigía sus juegos".

| | |
|--|-----------|
| Entrevista a Enrique Zileri | 8 |
| La Democracia y las Fuerzas Armadas/ Francisco Morales Bermúdez | 25 |
| El Rol de las Fuerzas Armadas en una Democracia/ Felipe Osterling Parodi | 30 |
| Balance del Gobierno Militar/ Luis Bustamante Belaunde y Carlos Franco | 32 |
| Ser Militar: ¿Simplemente una carrera? | 40 |
| Conocer a los Militares/ Patricia y Felipe Portocarrero S. | 44 |
| Consecuencias Políticas del Concepto de la Seguridad Nacional/ Federico Velarde | 49 |
| Guerrilla, Terrorismo: De 1965 a 1982/ Héctor Béjar | 54 |
| Luis M. Sánchez Cerro: El Presidente Caudillo/ Steve Stein | 58 |
| El Comienzo de la Verdad/ Alonso Cueto | 66 |
| El Espacio Habitado/ por Augusto Ortiz de Zevallos | 71 |
| Al REVÉS DEL DERECHO/ por Alberto Bustamante Belaunde | 78 |
| MÚSICA/ por Alfredo Ostoja L.A. | 82 |
| COCINA/ por Savarin | 86 |
| CINE/ por Federico de Cárdenas | 88 |
| Reseña de Libros/ Identidad de Carlos Henderson | 93 |

Copyright



UNMSM-CEDOC

EDITOR

Augusto Ortiz de Zevallos M.

DIRECTOR

Augusto Alvarez Rodrich

EDITORES DE SECCION

Política: Alberto Bustamante B.

Cultural: Abelardo Sánchez León

Artística: Fernando Gagliuffi

ASESOR PERIODISTICO

José Rodríguez Elizondo

COORDINACION Y**DIAGRAMACION**

Oscar Fernández Orozco

REDACTORES

Alvaro Barnechea, Rosana Vargas

COLABORADORES

Pablo Macera, Julio Ramón Ribeyro,

Federico de Cárdenas.

FOTOS

Carlos Domínguez, María Elena

Mujica, Susana Pastor, Guillermo

Guevara, Manuel Ferrand, Silvia

García, Gabriela Córdova y

Archivo de Caretas.

ILUSTRACIONES

José San Martín, Edmundo Vilca,

José Manchego

PUBLICIDAD

Inés Temple de Valdez

Maricarmen de Cárdenas L.

COMITE CONSULTIVO

Alonso Cueto, Alfredo Ostojá L.A.,

Alonso Polar, Guido Pennano A.,

Guillermo Thornberry V.

EDITOR FUNDADOR

Felipe Ortiz de Zevallos M.

IMPRESION

Industrial Gráfica

Chavín 45, Breña, Lima-Perú

DISTRIBUCION

Selecciones del Perú

Teodoro Cárdenas 175, Lince.

Teléfono 725831 - 710664

APOYO S.A.

La Paz 1538, Lima 18, Perú.

Dirección Postal: Apartado 671,

Lima 100. Teléfono: 469668.

APOYO S.A. Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial

del contenido de esta edición

requiere de autorización escrita del

Editor.

Nuestra entrevista central es a Enrique Zileri, Director de Caretas y testigo y actor, como tal, de la más larga y consistente experiencia de periodismo independiente en el Perú contemporáneo. Zileri, a quien la encuesta de DEBATE 15 identificó como "el periodista con más poder", por encima de los responsables de diarios de circulación diaria y masiva, da aquí un personal y espontáneo testimonio de quién es él mismo y qué su semanario.

DEBATE 16 quiere mover a reflexión en este número sobre un componente fundamental del cuadro social y político del país: las Fuerzas Armadas.

Por su recurrente ingerencia en la historia peruana en el terreno del gobierno, las Fuerzas Armadas han sido objeto constante de visiones apasionadas. Su prestigio o falta de él en estas lides han oscurecido sus objetivos reales, su institucionalidad duradera.

DEBATE encomendó, como suele hacerlo, un selectivo caleidoscopio de interpretaciones, testimonios y tesis sobre el tema. Podemos complacernos de que un consenso sea la percepción de las Fuerzas Armadas ya insertas en el proceso democrático. Se presentan distintas lecturas, según cada observador, visiones personales y civiles, casi todas, que revelan la interpretación, la experiencia habida, los prejuicios y las expectativas que cada uno de los articulistas invitados y el sector de opinión que representan tienen ante el tema.

El Ex-presidente, General *Francisco Morales Bermúdez* y el Ex-Ministro de Justicia, *Felipe Osterling* abren el número en sendos artículos conceptuales sobre la función, deliberante o no, de las Fuerzas Armadas en democracia. Y luego, *Luis Bustamante B.* y *Carlos Franco* hacen una lectura muy aguda y perceptiva del resultado generacional, institucional e ideológico que el gobierno militar provocó, en las definiciones de la institución militar y del espacio civil de actuación pública.

Los estudiosos *Velarde* y *Portocarrero* leen, a su entender, el comportamiento militar. DEBATE presenta periódicamente, y en un retrato de su rutina cotidiana, cómo es ser militar. Se da un recuento de algunas de las acciones valiosas que las Fuerzas Armadas realizan. Se tratan, sin estridencias ni aventurerismos, los problemas de pena de muerte y terrorismo y/o guerrilla, este último por *Héctor Béjar*, quien fuera también, décadas atrás, un combatiente ideológico armado, aunque atribuido de un proyecto bastante más preciso que el casi indiscernible y ciego en su ira, de Sendero Luminoso.

Y en contraparte, abriendo otros temas y asuntos de interés, además del valor e interés propio de nuestras secciones constantes sobre arquitectura, cine, cocina, derecho, libros y música, incluimos en el número otras colaboraciones sugestivas como un apunte biográfico social de Sánchez Cerro por el historiador *Stein* y una nota literario — cinéfila de *Alonso Cueto*.

Octubre de 1982

Entrevista a Enrique Zileri

Enrique Zileri Gibson ha sido director de Caretas durante dos décadas. Iniciado fortuitamente, ha conseguido en el tiempo renovar y solidificar Caretas como la revista más duradera, consistente en estilo y opiniones y de mayor circulación en el Perú. Nuestra Encuesta del Poder, de medio año, le mereció la designación mayoritaria de "periodista con más poder". Quizá por leído, Zileri ha sido materia de discusión constante. Le ayuda su estilo. A veces redacta en buzo, con zapatillas y una barba de tres días. Bromea sobre cosas serias en un país con aficiones solemnes. No le interesan muchas cosas más que el periodismo, o todas pero desde el periodismo. Con ustedes, ochentaitantos kilos, dos deportaciones, varios nock outs técnicos y políticos; Enrique Zileri.

¿Qué otra profesión le atraía, cuando joven, además del periodismo?

Nunca me he puesto a pensar en ello. En una época quise ser dibujante, artista gráfico y fui derivando hacia la publicidad, que es una actividad vinculada al periodismo. Supongo que sucede a menudo que uno, a los 20 años, no sabe realmente lo que quiere ser. Pero apenas uno se mete en el periodismo... inmediatamente, te gusta o no te gusta. Para mí tiene un atractivo tremendo. Yo soy uno de esos que nunca se sentó, cuando joven, a decidir qué va a ser, qué va a estudiar en la universidad... Yo, vagamente, opté por letras. No ciencias, ciertamente.

¿Cómo fue su juventud?

Mi juventud fue un poco diferente a lo normal. Frecuentemente viajaba. Mi madre residió en Chile durante dos años, cuando yo era un chico de 12 años, y estudié durante ese tiempo allá. Después, estudié desde los 15 a los 18 años en los Estados Unidos, como escolar, a donde fui solo. Quizás eso fue una

gran experiencia, el cambiar de ambiente, de amigos.

¿Fue ventajoso pasar parte de su infancia fuera del país?

Creo que no. Por lo menos, no lo he hecho con mis hijos. Pero sí creo importante vivir esa experiencia como universitario. Durante ese tiempo tuve un problema de desnacionalización, por el idioma, por ejemplo.

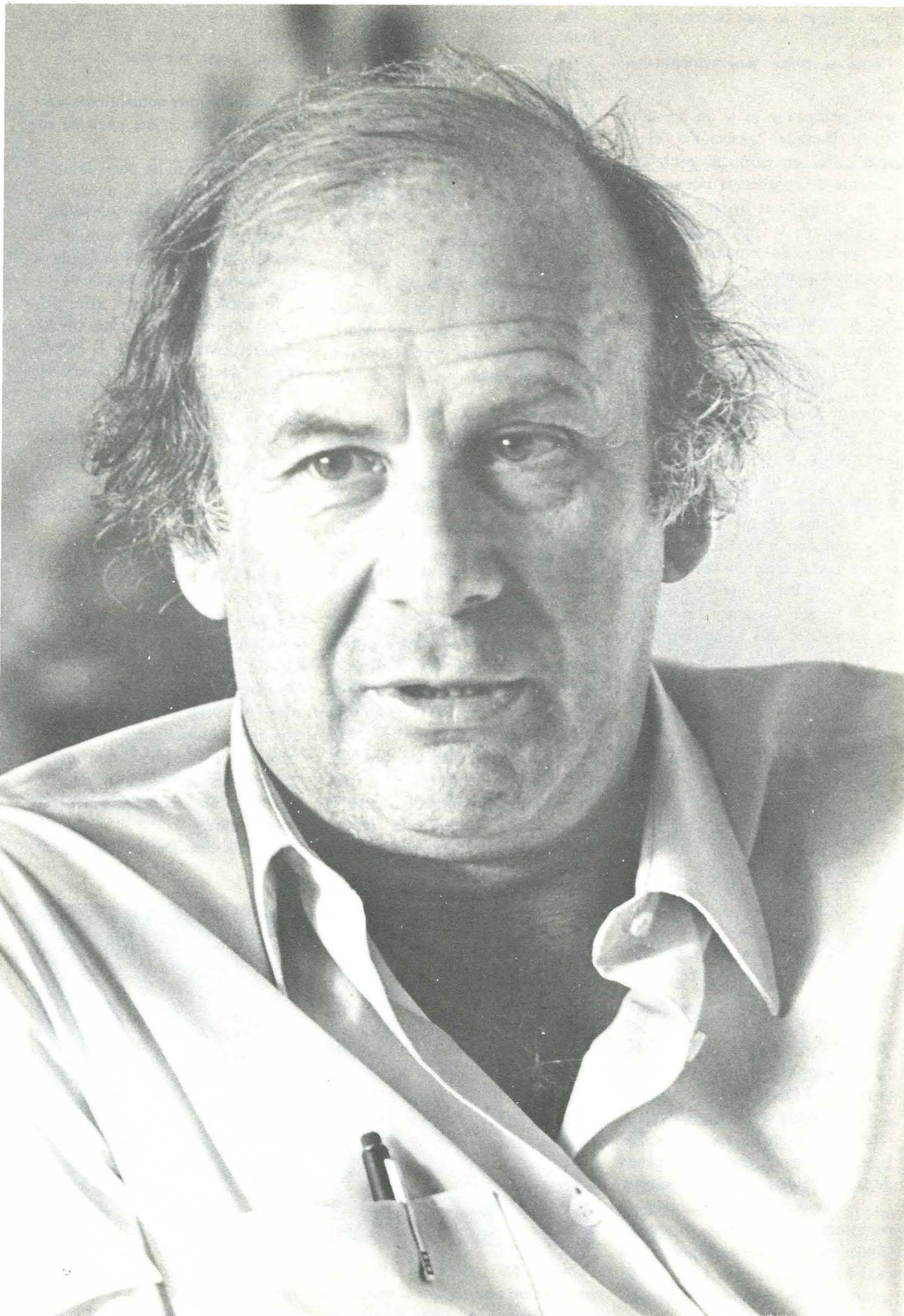
En Chile estuve en un internado de un estilo muy inglés —liquidado por Allende y vuelto a instaurar a su caída—, en el cual sólo durante los tres primeros meses se permitía hablar en castellano. A partir del segundo trimestre, había que hablar en inglés o te pegaban... y aprendías muy pronto. Sin embargo, fue en los Estados Unidos donde tuve problemas mayores. Vivía en un pueblo en New England, en Connecticut, que es una zona típicamente yanqui. Los latinos tratábamos de unirnos, pero no había tantos como ahora.

¿Dejó de sentirse peruano?

No, yo me sentía definitivamente muy peruano. Además, tenía u-

nos 3 ó 4 amigos peruanos. Cuando se regresa a la patria, uno se encuentra con que todos los amigos han cambiado o no están. Además, uno mismo ha cambiado. Ahora, de todo esto se recogen experiencias importantes. Por ejemplo, aprendí lo que es pasar hambre. Una vez, en Nueva York, pasé tres semanas seguidas casi sin comer, comiendo porquerías porque, simplemente, no había plata. Después buscar trabajo en Nueva York, que es la ciudad más dura de la tierra...

Supongo que eso ayuda, de alguna forma, en la vida, pero preferiría haber adquirido esas experiencias de universitario, habiendo completado previamente una educación en mi propio país. Al salir fuera, se ve cómo es el mundo de verdad, lo duro que es, la despersonalización total, la necesidad de valerse por uno mismo. Es la típica situación de los blanquitos del Perú, que tienen una cierta posición dirigente en el país por educación, por oportunidad, etc., lo cual les otorga una vida relativamente fácil, pero, cuando salen fuera, re-



cién conocen lo que es tener problemas.

¿Cómo se ubica generacionalmente?

Mi generación es la de los años 50, la llamada “generación silenciosa”. Era un grupo de gente totalmente desconcertada por sucesos como el fin de la Segunda Guerra y el inicio de la Guerra con Corea. Era una etapa intermedia, con muy poca personalidad.

En 1950 había en el Perú una idea de renovación, típica de una época de principios de década. Se iniciaban publicaciones como “Caretas”, “Mundo”, en medio del golpe de Odría y la gran frustración del gobierno democrático de Bustamante, la asonada del Callao. A la vez, era una época de cierta prosperidad económica.

En la etapa de mi vida en la que debí comenzar a asumir posiciones, estuve fuera. Cuando volví a quedarme en el Perú, vine un poco como de turista. Comencé a reunirme de nuevo con mis compañeros del Colegio Maristas de San Isidro. Nos pegábamos unas borracheras terribles, con pisco y cerveza, pero después dejamos de vernos.

Esta es una de las sensaciones que tengo, uno de los problemas que surgen de haber vivido 5 años fuera del país, en la etapa formativa de mi vida. Más allá de los ajeteos de la revista, no me ubico generacionalmente. A la gente de mi generación yo no la conocía. Quizás por eso, me vino una consciencia política después, de grandecito. Pero fue una época de rebeldía, en mí.

¿Cómo se dan sus primeras vinculaciones con el periodismo?

Uno empieza de repente. Cuando volví al Perú, empecé trabajando en la parte publicitaria de “Caretas”, pues era lo que más sabía. Hay una vinculación muy especial de la publicidad con el periodismo. La publicidad es un ejercicio de comunicación que, claro, conduce a vender pasta de dientes, pero en el cual hay, a veces, una cantidad de gente con un talento extraordinario.

En 1962, mientras yo estaba en Buenos Aires, Paco Igartua salió de “Caretas” y se produjo una crisis en la revista. Volví y pregunté: “¿qué hacemos?” y, de repente, me vi como Director teniendo que dedicarme totalmente a ello. Fue un proceso violento que me costó mucho esfuerzo. Habían días en que no quería ni salir de la cama. Pero, ¿saben lo que pasa con el periodismo? es una especie de virus que una vez contraído no se puede abandonar. El periodismo sería inaguantable si no fuera tan interesante, porque es una vida bastante sacrificada. Hay mucha tensión de por medio.

¿Cómo son los periodistas?

Entre periodistas, a menudo nos comprendemos mucho. Después de un cierto tiempo, te das cuenta que somos gente bastante vanidosa, porque tenemos la posibilidad de intervenir en muchas lides. No sabemos nada de nada y, sin embargo, nos escuchan. Es gente que tiene la sensación de que es importante porque se mete en cosas importantes. Se trabaja en un ambiente que estimula permanentemente la curiosidad. Un fotógrafo, por ejemplo, le dice a una autoridad política: “Póngase un poquito más allá, sonría”. El fotógrafo puede mandar. Hay una famosa anécdota de cuando la Reina Isabel de Inglaterra fue por primera vez a los Estados Unidos y

un fotógrafo al que se le estaba escapando la foto, le gritó: “Hey, Queen! Come out again”, y la Reina volvió a salir.

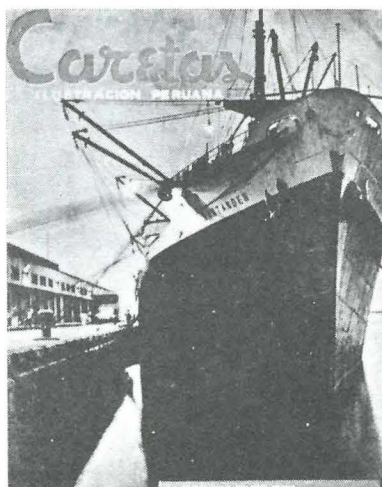
¿El periodismo es actualmente arte, técnica, pasión, o un poco de todo?

Yo creo que es un poco de todo. Pero, hoy en día, no se puede concebir el periodismo sin técnica. Cuando se habla de la profesión del periodismo, siempre se pregunta si las escuelas de periodismo de las universidades sirven para algo, porque en otros lugares, como los Estados Unidos, el valor de la escuela es muy relativo para los periodistas profesionales. En otras palabras, ¿qué es lo que te enseña a escribir un artículo? En el caso de “Caretas”, hay un empirismo consolidado con los años, con lo cual una teoría de redacción juega un rol menor.

Pero no debe dejarse de lado el aspecto humano, pasional de los periodistas. A menudo, la satisfacción del periodista es sacar una buena nota y en exclusiva, y te creas una especie de gloria pasajera que dura los días de circulación. A los pocos días, generalmente, se borra todo con una nueva noticia.

“Caretas” es una revista con componentes muy arequipeños. ¿Qué diferencia a los arequipeños del resto de peruanos?

Es una cuestión de clima, que se



“CARETAS” nació en 1950: Su nombre era una alusión al momento político en que vivía el país”.



“VOLVIO el circo” decía esta carátula que marcó época en esa falta de solemnidad de “Caretas”.



LA PRIMERA clausura fue en el gobierno de Odría: "mi madre es una mujer recia y esas características suyas están plasmadas en la revista"

implanta en una familia y persiste por generaciones, aun cuando hayan bajado a la Costa. Aunque me encanta Arequipa, yo soy bastante poco arequipeño, porque he vivido muy poco ahí.

Mi madre sí es totalmente arequipeña, y es ella quien crea ese clima. Lo arequipeño ha influido mucho en "Caretas". Pienso que esto se refleja en, por ejemplo, esa falta de solemnidad, en una cierta rebeldía social de no tomarse en serio ciertas estupideces de la burguesía del país; es decir, sin ignorarlas, tomarles un poco el pelo. Eso es muy del estilo de mi madre; ella es una mujer recia y esas características de ella, han sido plasmadas en la revista.

Ahora, la revista se vuelve arequipeña porque Arequipa tiene razón, al margen de los regionalismos. Pienso que merece toda la atención, pues su gente tiene unos méritos, una alegría, una capacidad no frecuente en el Perú.

¿Intervino su abuelo en la dinámica "Caretas"?

Lo poco que lo conocí fue en 1958, cuando fui a verle a Cuernavaca. Era un tipo muy altivo y muy simpático. No intervino directamente para nada, porque no estaba en el país. Fue mi madre quien formó "Caretas" con unos centavos prestados. Fue una locura en la que no se previeron los resultados. Hoy, es cierto, es más difícil crear una publicación. Es como una obra de teatro: de repente va público y de repente no.

¿Por qué el nombre de "Caretas"?

En recuerdo de una revista argentina muy importante de los años 20, "Caras y Caretas" que actualmente ya no existe y en la cual escribían muchos intelectuales peruanos deportados. Al lanzar "Caretas" en los años 50, en plena dictadura de Odría, se quería hacer una alusión a un momento en el que no se podía mostrar la cara. Pero nadie entendió la sutileza. ¡"Caretas"!... es un nombre relativamente malo.

"Caretas" ha ido cambiando desde una fuerte carga en las páginas so-

ciales, hasta ser una revista cuyo centro es el terreno político. ¿Corresponde esto a su evolución personal?

Un periodista argentino me dijo una vez, mientras planeábamos una revista: "antes de que aparezca la revista, puedes controlarlo todo, pero, con el tiempo, ésta va adquiriendo su propia personalidad". Como un monstruo, que va creando una serie de exigencias propias. Es que hay ciertas cosas que uno no puede planear del todo. Por eso, a menudo los primeros números de ciertas publicaciones son de una forma que después cambia. A pesar de haber sido planeada con mucho tiempo, la revista irá adquiriendo su propio molde.

"Caretas" empezó como mensual, a los dos años pasó a quincenario y se mantuvo así por más de veinte. Hasta 1977 conservó un formato grande. Debido al alza en el precio del papel y tras una larga clausura, tuvimos que buscar una fórmula económica más razonable y adoptamos el tamaño actual. Durante la época del gobierno militar, las dificultades para sacar una revista y la crisis condujeron a las publicaciones a tratar el problema acentuando el aspecto satírico. Fue una forma bastante ineficiente de defensa porque, por el contrario, resultaba tremendamente irritante para los militares, sobre todo para Velasco, quien sólo aceptaba sus propios chistes. Sin embargo, era la única forma de mostrar algún tipo de rebeldía.

¿A qué tendencia política responde "Caretas"?

En términos políticos, no concebimos un régimen mejor que el democrático. Francamente, no sabemos dónde hay algo que funcione mejor para el bienestar intelectual y la capacidad de vivir. Al fin de cuentas, no nos podemos despegar de nuestra propia esencia, no debemos servir a nadie y nuestra independencia debe ser auténtica y total.

En términos sociales y económicos, pienso que estamos a la izquierda del centro. Por ejemplo, en cuan-



VENCEDOR

NO SOLO SOMOS PINTURAS

- TINTAS
- PEGAMENTOS DE PVA
- PEGAMENTOS DE CONTACTO
- RESINAS ALQUIDICAS Y FENOLICAS
- POLIESTERES
- UREA FORMALDEHIDO
- FORMOL VENCEDOR
- COMPUESTOS FENOLICOS
- Y POR SUPUESTO LAS PINTURAS DE CLASE "A"
- PINTURAS INDUSTRIALES
- PINTURAS AUTOMOTRICES
- PINTURAS MARINAS
- LACAS
- PINTURAS PARA EDIFICIOS



Cásilla Postal 1381 Lima-Perú Telf. 315510
Télex 25489 PE Cables VENCEDOR

Cuando se escucha VENCEDOR de inmediato se piensa en las pinturas de mayor calidad. Sin embargo los industriales que justamente buscan calidad, conocen y usan la amplia gama de productos VENCEDOR, para las más variadas necesidades industriales.

“Estamos a favor de las grandes cooperativas que creó el gobierno militar, algunas de las cuales funcionan formidablemente bien y, creo que sería una barbaridad desarmarlas”.

to al agro, estamos en contra de quienes tienen un juicio antiooperativo y nos parece inadecuado que haya ingenieros agrónomos que no estén en el campo; se les debe hacer un sitio y convertirlos en pequeños agricultores. Estamos a favor de las grandes cooperativas que creó el gobierno militar, algunas de las cuales funcionan formidablemente bien, y creo que sería una barbaridad desarmarlas.

Pensamos, también, que los experimentos de concertación social de Alfonso Grados poseen un mérito extraordinario. Lamentablemente en el Perú somos derrotistas: todo el mundo está pensando en que esto no funciona o no va a funcionar y, en cierta medida, sí ha funcionado y es una lástima que se haya trabado.

En este país debe darse una redistribución de la renta —no de la propiedad— y como el que no llora no mama, creemos que, en algunos casos, los sindicatos fuertes pueden presionar de tal manera que se adelanten a la inflación de una manera sustancial. Sin embargo, creemos que, con un ministro como Grados, es preferible evitar la táctica un poco traumática del “paro sorpresa”.

**¿Cuándo una noticia es “noticia”?
¿Cómo es la selección de noticias en “Caretas”?**

Por ejemplo, el día del apagón, cuando empezaron a apagarse las luces, estábamos sentados trabajando, preguntándonos qué podía ser eso. De repente, oímos el ¡buuum!... eso es noticia.

Todos los martes tenemos reunión en la revista para discutir ideas sobre lo que debe salir en la próxima edición, desde la carátula hasta lo que va a estar de actualidad la próxima semana; y hay que hacerlo rápido. Una revista semanal no tiene la inmediatez de la televisión, la radio o los diarios. La ma-

yoría de las notas son comentarios que se van trabajando. Es una especie de híbrido que obliga a un ejercicio de creatividad previsora de lo que es noticia.

¿Por qué “Caretas” es un poco desigual, con números muy interesantes y otros muy flojos?

Eso es cierto, pero es una curva natural. Pero, además, está el problema de que la información exclusiva de la revista, aparece publicada, luego de unos días, en otros medios, sin pedir permiso, con fotos y todo. Esto es frecuente en “Kausachum” o en “Unidad”. No existe el más mínimo respeto por la fuente de información.

En cuanto a los números flojos, estamos haciendo —o deberíamos hacer— una evaluación del número anterior. Y es que con un semanario, la cantidad de cosas que salen mal, hacen de la autocritica algo así como un ejercicio masoquista de estética.

“Caretas” es una revista “camotuda”, que tiene sus “chocheras” y también, sus “crucificados”. Entre los primeros está gente como Fernando Belaúnde y Felipe Benavides y, entre los segundos, gente como Javier Alva. ¿Cómo se compatibiliza eso con un ejercicio objetivo de la crítica?

Hay problemas de este tipo. En el caso de Felipe Benavides ¿qué puede ser criticable del único “loco” en este país que se decide a proteger la naturaleza? Alguien así no puede fallar y, en ese caso, la chochera es consciente.

La chochera con Belaúnde, es relativa. Hay un gran respeto por Be-

laúnde, pero, haciendo un análisis objetivo de la posición de la revista, se encuentra que se lo critica muchas veces. Por ejemplo, en el asunto del terrorismo le hemos dicho, con toda claridad, que nos parece un grave error que el Jefe de Estado esté hablando de una intervención extranjera sin precisarla. La opinión pública tiene el derecho a estar completamente informada, y si no tiene pruebas, no debe mencionarlo.

Con respecto a Alva, es cierto que nos le hemos prendido un poco, pero es más una cuestión de fondo, pues nos parece que, generalmente, adopta estrategias negativas en un proceso democrático. Encontramos terriblemente negativo, por ejemplo, que, por razones de política personal, el voto alvista en el Senado balotee a una serie de embajadores que no tienen la culpa de haber servido en la carrera diplomática durante el Gobierno Militar. Cuando balotearon a Javier Pérez de Cuéllar, escuché que el Senador Chenefusse comentó en una Embajada: “Nos tiramos a Pérez de Cuéllar”. Quisiéramos creer que la democracia es una etapa superior. Quizá Alva sea más realista, pero tiene unas actitudes con las que evidentemente discrepamos. Pero esto no nos impide reconocer en él a un político muy hábil, disciplinado y que mantiene un cierto orden en su partido, lo cual es una virtud en un país tan desordenado como el nuestro.

Toda publicación tiene preferencia por algún cafetín o un restaurante. ¿Qué significa “El Café de París” para “Caretas”?

Antes, frecuentábamos un restaurante japonés que quedaba justo frente a la Alameda China, el que ahora se llama “El Torreón”. Fue después que empezamos a ir a “El Café de París”, donde se armaban unas conversaciones interesantísi-

mas. Recuerdo a Felipe Benavides, un asiduo asistente al cual teníamos que prohibirle que hable de animales.

Lo que pasa es que un restaurante —sobre todo si es antiguo— estimula al diálogo activo, de todo tipo, sobre todo si eres un habitué y te encuentras con gente conocida. El otro día, por ejemplo, vi a Jorge Castro, Pablo Truel y Delgado Oré, conversando en “El Café de París”. ¡Caracoles! ¡La revelación! no sé si estarán discutiendo el futuro del Colegio de Periodistas u otra cosa. De sitios como ése salen unas ideas magníficas.

Yo creo que es parte de nuestro estilo el discutir sobre algo. Los gringos han descubierto lo que nosotros descubrimos, instintivamente, hace mucho tiempo, el “brain storm”. Es un poco sentarse en un café y solucionar, desde ahí, los problemas del mundo.

El criterio para la publicación de colaboraciones en “Caretas” depende a veces de si corresponde o no al “estilo” de la revista. ¿Cuál es el estilo de “Caretas”?

Si supiera... no tengo idea. Más de una vez hemos tratado con Augusto Elmore, Alfonso Reyes y mi madre, de hacer un documento —como el que tienen muchas publicaciones— que oriente a la gente que entra a trabajar con nosotros sobre lo que buscamos como estilo. Pero nunca lo hemos llegado a hacer.

Yo creo que, en cierta medida, una de las características de ese “estilo” es el combatir la solemnidad que, me parece, es uno de los grandes defectos nacionales. En todo caso, ésta debe guardarse para momentos realmente importantes y no malbaratarla. Por otro lado, tratamos de utilizar el humor, en la medida de lo posible, al tratar cuestiones políticas.

Da la impresión de que “Caretas” se siente más cómoda en la oposición...

Toda revista se siente más cómoda en la oposición. Actualmente, nos está pasando algo sumamente grave. Si uno se pone a estu-

diar en serio alguna propuesta política de algún partido político, por regla general, encuentra aspectos buenos y malos. Cuando se siente uno lo suficientemente indignado con algo, como para lanzar un ataque a fondo, todo sale mucho más fácil y es formidable.

Yo creo que en el Perú debemos salir del círculo vicioso de que, para demostrar que una publicación es independiente, tiene que estar, tajante y dogmáticamente, en contra del gobierno. Si, por el contrario, piensas que algunas cosas están mal y otras bien, entonces eres oficialista. Esto se da porque la prensa de oposición es tan violenta que, por comparación, algún grado de moderación es interpretado como oficialismo. En “Caretas” tenemos una cierta simpatía por el gobierno, por ser un gobierno democrático...

Pero más por el mismo Fernando Belaúnde, ¿no?

Sinceramente, pienso que, al igual que en la época de Velasco, seguimos siendo una publicación in-

“Las actuales conferencias de prensa del presidente deberían espaciarse más, pues están siendo demasiado monótonas. Belaúnde minimiza los problemas y hasta que los evade”

dependiente, pero con la diferencia de que creemos que los gobiernos deberían ser siempre constitucionales y nunca de facto.

Y simpatizamos mucho más con un hombre como Belaúnde que, en todo caso, ahora peca en el estilo, porque tiende a dar la impresión de ser excesivamente tolerante. Pero éste es un pecado mucho más leve que el de un abusivo.

¿Qué le criticaría a Belaúnde?

Por ejemplo, creo que las actuales conferencias de prensa del presidente deberían espaciarse más, pues están siendo demasiado monótonas. Asimismo, da la impresión de que Belaúnde minimiza los problemas y hasta que los evade. Aparece como el padre sumamente bondadoso, cuando lo que ahora se quiere es un tipo un poco más enérgico.

¿Cómo cree que Fernando Belaúnde lee “Caretas”?

Eso me pregunto yo. No sé realmente si la lee. Cuando Velasco era presidente, me hacía la misma pregunta. Por eso creo que es bueno poner un palito, para que el gobernante lea tu publicación.

Por experiencia, creo que los gobernantes tienden a leer la prensa con gran escepticismo, debido a que ella simplifica en exceso los problemas que, de hecho, son muchísimo más complejos y que, por esta complejidad, a menudo conducen a dilemas.

Alguien como Belaúnde, que ya ha pasado por un período de gobierno y que no tiene mayor ansiedad sobre sí mismo, tiene, pues, toda la correa del caso. Por más que se diga que “Caretas” es belaundista, nosotros lo criticamos periódicamente. Supongo que la primera reacción de Belaúnde es la de preguntarse por qué pueden decir que la revista es belaundista si lo ataca. En algunas ocasiones he tenido oportunidad de conversar con él con cierta amplitud, y sólo en una o dos mencionó algo publicado en la revista. Supongo que eso es parte de su estilo.

¿Qué se siente cada vez que un nuevo número sale a la calle?

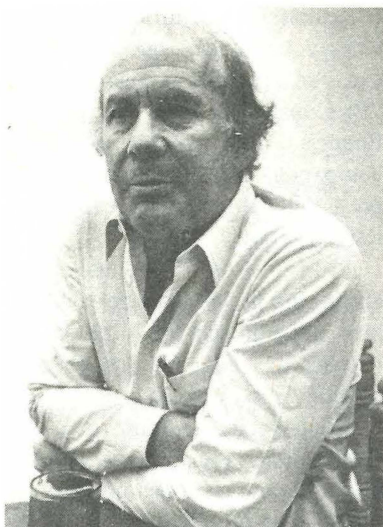
Siempre hay un poco de duda y de vanidad, pero hay algo que te cura de ello: la circulación. Es, además, una referencia cierta de cómo van las cosas. Yo siento siempre una sensación de inseguridad, porque no se sabe qué sacaron los otros ni se tiene la certeza de haber tocado algo realmente importante o interesante para la gente.

¿Por qué editorializa tan poco?

Cuando se hace un editorial,



“En el periodismo de revista hay siempre más opinión en la información que con respecto a la prensa diaria. A mí me parece que el editorial debe ser guardado para ocasiones muy especiales”.



hay que hacerlo en tono un poco solemne. En el periodismo de revista hay siempre más opinión en la información que con respecto a la prensa diaria. A mí me parece que el editorial debe ser guardado para ocasiones muy especiales, porque es presuntuoso decirle a los políticos y a la opinión pública qué es lo que se debe hacer. Al fin de cuentas, nuestra labor es la de transmitir información y no la de sentar cátedra. Además, un poco que editorializamos en la contestación de las cartas, con la ventaja de tratar las cosas de un modo más informal. Las respuestas trato de darlas yo mismo.

Uds. son como Jalisco. En las contestaciones a las cartas siempre dicen la última palabra y el lector puede, a lo más y si es que coincide con la opinión de “Caretas” empatar...

Buenos choques se originan. Si uno antagoniza con los lectores, ellos terminan escribiendo la revista. A veces hay ciertas críticas demasiado ácidas y las respuestas son demasiado impertinentes; a veces, también, publicamos cartas muy agresivas contra nosotros. En cierto modo es un toma y daca.

Los consultados en la Encuesta sobre el Poder en el Perú (ver DEBATE 15), dicen que Ud. es el periodista más poderoso. ¿Cómo altera el poder de influir, en una decisión periodística?

En primer lugar, no voy a ser tan idiota de rechazar tal elección. Ahora bien, en qué medida se puede establecer ese poder, es algo altamente subjetivo. Yo tengo la impresión de que el poder del periodismo es sumamente relativo y, en todo caso, no se trata de poder sino de influencia. No creo tener, por ejemplo, más poder que Alejandro Miró Quesada, por el simple hecho de que un diario aparece todos los días y con una capacidad de abarcar una mayor cantidad de noticias. Lo que sí creo es que, en “Caretas”, estamos bastante bien informados y elaboramos grandes reportajes que tienen repercusión en la opinión pública.

Hay periodistas que pasan por “Caretas” cobran importancia, luego independencia y, finalmente, se van.

¡Cobran... mucho! Cada vez que se va alguien es en forma espontánea, sin ninguna presión nuestra. Por ejemplo, César Hildebrandt, un tipo talentosísimo que ingresó a “Caretas” a los 23 años, con una

nota que era perfecta, exactamente lo que estábamos buscando, con agudeza y humor, lo cual es un tipo de periodismo muy difícil de encontrar. De inmediato lo enviamos a redacción y aportó muchísimo a la revista. Es una lástima que se fuera. Siempre ha habido con Hildebrandt una relación muy curiosa, quizá con un poco de tensión más de su parte que de la mía. En la época del gobierno de Velasco me habló en forma muy directa, sobre su interés en algunos aspectos de ese gobierno. Entonces la revista pasaba por un momento difícil, pero era mucho pedir a alguien interesado en algunos proyectos del gobierno, que se siguiera sacrificando.

Cada pérdida de un hombre bueno es muy triste pues, al fin de cuentas, las publicaciones dependen del elemento humano.

¿Por qué cree que fracasó el proyecto de Hildebrandt en “Testimonio”?

Dicen que hubo gastos excesivos. En el rompimiento recibimos cartas de ambos bandos y decidimos no tratar el tema, pues nos parecía poco elegante meternos en un problema interno, ajeno a nosotros.

A mí me parece que éste es un medio en el que caben muchas más revistas de las que hay actualmente. Es más, creo que el medio se fortalece con más revistas. Es una

lástima que desapareciera “Testimonio”.

¿Cómo son los diarios en el Perú?

Esta es una de las pocas ciudades del mundo en las que hay trece diarios, a diferencia de las pocas revistas nacionales que circulan en el momento. El de los diarios sí que es un mercado tremendamente competitivo.

En realidad, los diarios en el Perú no son aburridos. Son escandalosos. A veces les falta profundidad, aunque no se puede generalizar, pues son bastantes y variados, y cada uno con su propia personalidad. Por ejemplo, “El Comercio” tiene una personalidad muy diferente de “La República” o “Expreso”. Muchas veces, tomando la primera plana de los diarios latinoamericanos, observamos que el 80% de los titulares son internacionales; en cambio, acá, es al revés: el 80% son locales. Es verdad que hay mejoras, aunque también un excesivo recurso del sensacionalismo. Pero, en todo caso, su defecto no es el de ser aburridos.

Tenemos, por un lado, a “La República”. Pienso que Guillermo Thorndike es un periodista de primera, número uno. Ahora, hay que admitir, también, que el gordo es un bucanero. Cuando uno pide una mayor responsabilidad en cuanto al trato de las noticias del terrorismo, no sé si le interese mucho el tema. La historia de “La República” es, además, muy especial. Empezó con una serie de accionistas que querían un diario influyente, serio y convencional. Luego, cuando estaban en los once mil ejemplares, encontraron el diario del loco Vicharra; entonces, les dijo el gordo: yo les voy a enseñar cómo se hace un diario. Después vino Perochena. Ahora, es verdad, yo no creo que sólo por eso vendan bien “La

República”, pues Thorndike es un tipo talentoso.

En el otro extremo, está “El Comercio”, que se da el lujo de tener un periodismo de lo más anti-sensacionalista, casi en exageración. Sin embargo, ésa es su estrategia de venta: el apelar a un gran público atosigado de noticias sensacionales y tremendas, que se identifican con titulares a veces groseros. “El Comercio” tiene una gran influencia en la opinión pública y, comparado con lo que era en la época del gato Cornejo Chávez, es muy superior.

“El Comercio” ha tenido épocas en las que no opinaba, pero cuando saca un editorial importante tiene mucho más impacto que el resto, porque no se malgasta.

En general, no siento que haya el espantoso aburrimiento de otras épocas, como en la segunda fase.

¿Cuál es su posición ante el Colegio de Periodistas?

Yo estoy de acuerdo con el Colegio de Periodistas, en cuanto no plantee la exclusividad, es decir, que no margine a cualquiera que no sea miembro de él. Si el Colegio de Periodistas significara una obligación, si a la vez surgiera un tipo de licencia especial que condicione el ejercicio de la profesión, estaría en contra. Básicamente, en las condiciones actuales, hay una serie de discrepancias que son un poco bochornosas y que hacen lamentable que el Colegio de Periodistas esté sumergido en ellas.

¿Ha condicionado a algunos perió-

“Hay formas de informar sobre cada cosa. Creo hay un elemento de magnificación en lo del terrorismo, con lo cual no niego la seriedad del fenómeno, sobre todo en Ayacucho”

dicos la indemnización que les ha reconocido el gobierno?

Yo no creo que haya condicionamiento. ¿Cuál, dirían ustedes, que es el diario que apoya al gobierno? A mí me da la impresión de que es “El Comercio” y, sin embargo, no aceptó la indemnización. Por otro lado, “La Prensa”, “Correo”, “Ojo”, etc., que sí la han aceptado, tienen personalidades bastante diferentes. “Correo” simpatiza con ciertas actividades apristas, “Ojo” es independiente, y cuando encuentra algo que golpear, lo destaca muchísimo. No creo, sinceramente, que hayan condicionamientos.

¿Cómo cree Ud. que se debe informar sobre el terrorismo?

Tuve hace algún tiempo una conversación con Alejandro Miró Quesada para ver qué se podía hacer con la información que estábamos dando sobre terrorismo. Al leer titulares como: “Se volaron un puesto”, uno se imagina que voló todo el edificio cuando, en realidad, es un petardo que tan sólo ha roto unas ventanas. Hay formas de informar sobre cada cosa. Creo que hay un elemento de magnificación en lo del terrorismo, con lo cual no niego la seriedad del fenómeno, sobre todo en Ayacucho.

Así como el Presidente minimiza las cosas y dice que hay intervención extranjera, sin precisar —debe ser porque le duele que estas cosas sucedan nuevamente en su gobierno—, es verdad, también, que la prensa puede estar magnificando el problema, generando una ola de pánico.

¿Cuál cree Ud. que son los orígenes del terrorismo de “Sendero Luminoso”?

Por un lado, tenemos la tesis de que se trata de un movimiento mesiánico, de reivindicación de la cul-



Hoy cumplimos 35 años brindando todos los días ...un servicio cada vez mejor!

Al celebrar nuestro 35º Aniversario, en BANCOPER nos enorgullece estar viviendo toda una etapa de felices realizaciones, tales como:

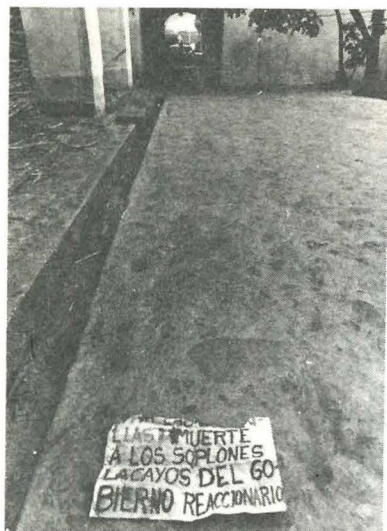
- ☛ Nuestro moderno SISTEMA DE COMPUTARIZACIÓN y TELEPROCESO en todas nuestras operaciones.
- ☛ BANCARD, la primera tarjeta bancaria de crédito del Perú.
- ☛ Nuestros sistemas DUO-MATICO e INVERMATICO para que sus Cuentas Corrientes ganen los más altos intereses.
- ☛ Y muchas otras facilidades!

Asimismo, agradecemos a los principales forjadores de nuestro éxito:

- ☛ Nuestros 400,000 Ahorristas.
- ☛ Nuestros 38,000 Cuenta-Correntistas.
- ☛ Nuestros 20,000 Clientes con Tarjetas Bancard, Visa y Master Card.
- ☛ Nuestros 1,400 Empleados.



BanCoper
BANCO COMERCIAL DEL PERU



"Terrorismo: voluntad en contra"



"MORALES Bermúdez cumplió..."

tura indígena, sometida a través de siglos. Lo que para nosotros es una obra pública, no lo es para ellos, pues, están al margen de los beneficios de una torre de electricidad. Así, puede haber gente que perciba con cierta simpatía el fenómeno.

Richard Webb, en su obra sobre la redistribución del ingreso, realiza un análisis realmente importante. Por ejemplo, observa que todas las obras del sector Vivienda están dirigidas al 20% más rico de la población. Casi nadie puede, realmente, adquirir una de esas casas que se construyen. En el mismo sentido, vemos que Ayacucho es una zona sumamente atrasada. Entonces, se propone dotarla de vialidad y electricidad, pero, como en "Sendero Luminoso" hay una serie de ideólogos, catedráticos universitarios, que han trabajado mucho la problemática de la tecnología adecuada e intermedia, atacan justo donde consideran que se podría interferir con sus fines: granjas experimentales, pilotos de electricidad, que son una especie de símbolos.

Además, un movimiento de este tipo tiene cierto atractivo para los sectores juveniles, que pueden ver en esto una epopeya romántica. Hay una frase muy buena en un informe italiano sobre el terrorismo: "En pueblos como el italiano la gente quiere creer en contra". Aquí también hay una voluntad de

creer en contra y hay grandes movimientos "en contra", que tienen una fuerza extraordinaria. Ese matiz de protesta puede ser muy distinto de lo que en realidad tiene en mente un joven urbano que está muy distante de Ayacucho, pero puede atraerlo.

También es importante considerar lo desacertado de los sistemas de seguridad en el país. Yo diría que ni siquiera el Palacio de Gobierno los tiene. Este es un país donde todo custodio del orden es algo tímido, buena gente. Y es que, gracias a Dios, éste ha sido un país encantador. Fíjense lo que pasó en Vilcashuamán: al radio se le había bajado la batería y, en un ataque de guerrillas, lo fundamental es el sistema de comunicaciones. Además, ya se habían producido masacres de policías, o sea, de por medio estaba la vida de los propios miembros del puesto, lo que hace más increíble el descuido. Creo que la Fuerza Armada debería, de alguna forma, intervenir en el problema del terrorismo, pues se trata de un aspecto fundamental de la Defensa Nacional.

¿Cuál es la magnitud del narcotráfico en el país?

Creo que todavía no estamos en una situación como la boliviana o la colombiana, aunque por la magnitud de las operaciones en ciertas zonas del país, temo que ya empie-

ce a parecerse.

¿Qué de particular reviste el caso Langberg para que "Caretas" le haya prestado tanta atención?

El caso de Langberg está todavía en los tribunales, pero lo extraordinario son sus circunstancias. No es que esté demostrado judicialmente que Langberg sea narcotraficante; lo extraordinario es que, habiendo la policía detenido a una serie de personas, después de haberlas seguido durante meses, el Ministro del Interior de entonces interceda y, en pocas horas, se suspenda el caso, mutilándose el expediente. Es una cuestión muy seria, pues no se puede aceptar un ejercicio del poder en esa forma. Y luego viene el asunto del APRA. Personalmente, no creo que el APRA esté involucrado en el tráfico de drogas. Pero Langberg es el señor que financió su campaña, o parte de ella y luego le apoya desde sus publicaciones. Es que el APRA tiene una falta de criterio para sus publicaciones que hace que su periodismo sea uno de los más catastróficos que puede haber. El vincularse a una publicación de ese tipo implica que no hay ningún criterio de lo que significa la imagen, el periodismo y el partido. ¿Qué hubiera pasado si el APRA llega al poder?



¡MAMITA, Artola!: "No teníamos idea de lo que iba a suceder... si hasta salió con cara de malo"

A mí me sigue intrigando el grado de poder e influencia que ha demostrado tener este señor en el APRA. No comprendo cómo una persona como Villanueva del Campo puede pretender que la imagen de Langberg no afecta al partido.

¿No será que “Caretas” le tiene una antigua “roncha” al APRA?

“Caretas” fue totalmente anti-aprista en una época, pero, si el APRA ha podido perdonar a los militares ¡cómo es posible que no haya entendido que en “Caretas”, también se ha operado un cambio!

¿Admite que hubo un tratamiento inadecuado para con Haya de la Torre?

Yo conocí a Haya de la Torre hace muchísimos años y después no lo volví a ver, sino en una ocasión. Sin duda, hubo una época —alrededor de los años 50— en que “Caretas” fue injustamente anti-aprista, pero pienso que en el proceso electoral del 80 fue especialmente neutral con el APRA y, en general, con todos los partidos.

Se hicieron críticas a las encuestas que publicábamos en esa época. Por ejemplo, sobre el PPC los resultados fueron sorprendentes. Un día antes de las elecciones busqué a Bedoya para tomarle unas fotos; no lo pude ubicar, pero sí a Roberto Ramírez del Villar, quien, muy indignado, me dijo: “Para ustedes no voy a estar en ninguna parte, yo sé bien cómo se hacen estos asuntos de las encuestas. Con nosotros no vas a sacar nada, no somos tan inocentes”. Y lo cierto es que, en las encuestas, Bedoya alcanzaba puntaje mayor que el que obtuvo en las elecciones.

Uno de los peligros de la independencia es el temor a la agresión física como represalia. ¿Le ha sucedido a propósito del caso Langberg?

Todo el mundo habla de esa posibilidad de riesgos. Pero, hasta el momento, no he recibido ningún tipo de amenazas.

Hay un enorme riesgo en el ser periodista, pero pienso que, comparado con otros países del continente, hasta hoy en el Perú es un riesgo leve o menor. En 1965 pusieron

una bomba en mi carro y hasta ahora no sé si estuvo dirigida a mí.

¿Qué personajes militares históricos admira?

¡Pucha!... ¡qué difícil!... ¿militares? Comencemos por Cáceres. Es un tipo digno de admiración, aunque haya perdido. Pero ganó mucho, ganó muchas veces, fue un luchador.

¿Quiere decir que no se resignó a perder?

Sí, yo creo que en el Perú hemos perdido demasiadas veces, lo cual

interpretaciones—, pero creo que un hombre como Morales Bermúdez cumplió una función importante en la etapa que le tocó dirigir el país. Vivió una crisis feroz, hizo un trabajo sacrificado para estabilizar al país, desde una posición que no es nada conservadora. El no es un político conservador, pienso que es un hombre a la izquierda del centro. Le tocó una etapa forzosamente difícil, pero cumplió: devolvió la democracia al país, algo de lo más valioso del proceso revolucionario.



EN LA foto se aprecia la marcha de protesta por el derrocamiento de Belaúnde: “Entre periodistas a menudo no comprendemos mucho”

fue justificado por la forma elegante con que lo hacíamos.

También admiro esa etapa guerrera de Piérola, sin tratar de justificar su acción, que en esa época fue terrible, catastrófica. Por lo demás, Piérola me parece un personaje interesantísimo; pero Cáceres es a quien más se debe admirar, sobre todo en un país como el nuestro: tenacidad, lucha; un tipo fabuloso.

Después de Cáceres, empiezo a buscar con lupa... yo diría que admiro, ciertamente —y sé que esto se puede prestar a todo tipo de in-

Morales Bermúdez me parece el prototipo de lo mejor del militar moderno peruano.

¿Estas virtudes lo acreditarían para ser candidato el 85?

Tiene todo el derecho a postular. Me parece un candidato muy respetable. Primero, porque ya ha gobernado el país, y se aprende muchísimo gobernando; segundo, porque no es un reaccionario, y es muy importante que en este país no haya reaccionarios. Es una negación de lo que este país debe ser, por todos sus problemas estructurales de

fondo. Acá hay que ser, un poco aventurero.

Creo, sin embargo, que ha cometido un error: no reconocer el desgaste monstruoso que sufren los políticos, porque la política es así. Morales Bermúdez ha cometido un gravísimo error al pretender encabezar lo que queda de la UNO, como una especie de plataforma de lanzamiento. Eso es una locura.

¿No habrá una trampa en eso, una jugada premeditada?

Por más que Morales es, como buen exalumno jesuita, un tipo propenso al cálculo y, además, como militar tiene un entrenamiento en logística, yo creo que esa estrategia tiene límites. El azar juega muchísimo en la política. En su libro sobre el azar en la Historia, que es uno de los mejores ensayos que he leído sobre filosofía política, Basa-

nómica de la primera fase fue demagógica y nos conducía a la catástrofe pues, mientras la economía mundial se volteaba de cabeza, el Perú seguía con unos subsidios fenomenales y regresivos, como el de la gasolina. Morales Bermúdez hereda una crisis verdaderamente estructural que trata de conjurar. Partiendo de esa base, uno tiende a ser comprensivo.

En el área de la prensa, si bien los diarios permanecieron en manos del Estado, en determinadas épocas el gobierno de Morales Bermúdez fue bastante abierto. Todo cambió en forma sustancial, salvo

Durante la época del gobierno militar debe haberse planteado la disyuntiva entre la publicación de una noticia y la clausura. ¿Cómo se dosifica la autocensura?

Francamente, en la época de Morales Bermúdez nunca nos planteamos seriamente el asunto. En la época de Velasco el clima era totalmente diferente. Lo que pasó es que empezamos con una clausura. Entonces, ya pasaste por el mal momento de entrada y, de ahí en adelante, uno dice: ¿tengo algo bueno?, lo publico. Quizás haya que cuidarse un poco en la forma en que se publica, pero se publica.

“Velasco era un hombre que tenía algunos complejos. Pensaba que se le perdía el respeto cuando se usaba el humor”

dre dice que nosotros tenemos la tendencia —como buen país latino— a lucubrar grandes intrigas, complejos cálculos, grandes planes secretos. La política no funciona así del todo.

¿No fue demasiado blando el tratamiento de “Caretas” para con la Segunda Fase?

Puede haber sido un poco por reacción con la primera. Me parece que el país se está portando injustamente con Morales Bermúdez. Este hombre, a diferencia de lo que sucede en muchos otros países latinoamericanos, nos hizo salir de un proceso militar muy ordenadamente, con un cronograma bastante inteligente y de una manera razonable y respetuosa. La política eco-



DORIS Gibson entre policías: “Yo no conocí a Velasco. Mi madre sí. Todo el asunto comenzó con la carátula de ¡Mamita, Artola!”

algunos episodios que surgieron del militar de abajo, que suele ser menos flexible y sofisticado y que, sin embargo, es la base del poder militar. Por estas razones, había que ayudar a la segunda fase. Un general peruano que va a la Plaza de Trujillo y habla como habló Morales Bermúdez, en un gesto de audacia y de reconciliación histórica, tiene mucha importancia. Realmente, yo encuentro un abismo entre Velasco y Morales Bermúdez.

Lo gracioso en la época de Velasco es que había ediciones por las que me mandaba a mudar inmediatamente a Chosica, por lo que supuestamente iba a pasar.. y no pasaba nada. Había ediciones que yo creía que no iba a pasar nada y, de repente, nos caía una censura. Fue el caso de la carátula de “Mamita, Artola”, la segunda edición que salía después del golpe. En ella se trataba la conferencia de prensa que dio Artola, en la que denunció



ZILERI preso: *“En la época de Velasco encontramos, francamente, cosas buenas, pero se producían unas contradicciones espantosas”*

escándalos, estafas, viajes a Europa de parlamentarios con sus seres queridos (y sus serias queridas), sin ningún tipo de documentación al respecto. Durante esa conferencia de prensa, se levantó un joven periodista, con las manos en los bolsillos y Artola le gritó, muy amargo: “¡Sáquese la mano del bolsillo...”. Esto no dio la idea para la carátula: “Mamita, Artola...” No teníamos idea de lo que iba a suceder ... si hasta salía con su “cara de malo”. Además, el Ministro del Interior tiene que ser malo. No nos imaginábamos que reaccionaría así.

¿Cómo entienden los militares sus relaciones con la prensa?

Ha habido etapas. Dentro de la segunda fase se podía diferenciar entre lo que pensaba la cúpula del gobierno y la oficialidad del cuartel. Estos son los más duros, los que menos comprenden, carecen de correa y sofisticación en el análisis.

¿Y Velasco?

Velasco era un hombre que tenía algunos complejos. Pensaba que se le perdía el respeto cuando se usaba el humor, cuando se le criticaba. Siempre fue por naturaleza represivo, no permitió que lo atacaran. Después fue evolucionando, debido a sus asesores socialcristianos, pero estas ideas fueron aplicadas con un criterio excluyente.



HUELGA de hambre: *“En la segunda fase también encontramos una serie de méritos, aunque también nos clausuraron”*

Una mezcla de vocación revolucionaria con resentimiento, si se quiere, pero auténtica. El problema es que todo esto se enmarcaba en una gran confusión doctrinaria y se expresaban las ideas a través de una serie de teorías que luego él mismo no respetaba. Llegado cierto momento las mandaba al diablo. Y no sólo con la democracia social de participación plena, sino con la más elemental libertad de los miembros de su propio gobierno. ¡Ay del que cometía el error de mencionar que había comido chicharrones en Paracas!... se podía armar un lío espantoso.

Obviamente, Velasco no le caía bien...

Yo no lo conocí personalmente. Mi madre sí. Todo el asunto empezó con la carátula de “Mamita, Artola”. En la época de Velasco no-

“Morales Bermúdez ha cometido un gravísimo error al pretender encabezar lo que queda de la UNO. Eso es una locura”

sotros encontramos, francamente, cosas buenas, pero se producían unas contradicciones espantosas. Es que el hombre tenía una gran confusión y, en el fondo, una ignorancia muy grande. En la segunda fase también encontramos una serie de méritos, aunque también nos clausuraron en ese tiempo.

Al margen de la política, ¿nunca hubo un incidente personal entre usted y el general Velasco?

Nunca crucé palabra con él. Lo que le molestaba era la testarudez de la revista en insistir en críticas con un cierto humor. Luego se me generó cierta rebeldía que no lograba controlar y que se convirtió en una cosa personal.

“Yo creo que es una ilusión pensar que las Fuerzas Armadas no deliberan, pues es una realidad. Lo que hay que evitar es que asuman el poder y marginen a todo el resto del país”

¿Por qué tuvo tanto arraigo popular?

Está por verse cuánto arraigo popular tuvo. Un periodista argentino, que escribe ahora en “Expreso”, y que en esos años escribía en el diario “La Opinión”, refiriéndose al golpe de Morales Bermúdez, comentó: “y entonces el general sale tristemente por Desamparados del brazo de doña Consuelo”. Realmente nadie movió un dedo. Ahora, que en el entierro hubo gente, bueno siempre hay gente en los entierros de todas las figuras de alguna importancia, ¿no?

Quizás ya en el 75 había un desgaste, pero ¿qué de las manifestaciones del 73?

Hubo ciertas manifestaciones importantes, generalmente vinculadas a medidas concretas. La de Trujillo, por ejemplo, poco después de la aplicación de la reforma agraria, con un apoyo logístico que los militares desarrollan mucho mejor que los civiles. Es indudable que había calor en cierto momento pero, a pesar de ello, estaba prohibido hacer reuniones públicas. Si alguien empezaba a hacer encuestas, de repente lo detenían y encerraban.

¿Que gobierno le fue más adverso a la prensa, el de Odría o el de Velasco?

El de Velasco, porque al final terminó absolutamente con todo. Odría significaba una posición de derecha, en contra de la izquierda y el APRA. Durante la época de Odría, “Caretas” sólo tuvo un incidente, el año 52. De cualquier manera, hubo una cierta libertad, aunque con algo de riesgo y, en cambio, al final del gobierno de Velasco no se publicaba nada o casi nada, debido a que todos los periódicos, la radio y la televisión, estaban en manos del Estado y ca-

si todas las revistas clausuradas. Lo de Odría era una cosa criolla, alegre, con un elemento de ineficiencia. En la época de Velasco había un aparato mucho más organizado, con cierta doctrina. Además, Velasco mismo era un personaje diferente.

¿Deben ser deliberantes las Fuerzas Armadas?

Yo creo que es una ilusión pensar que las Fuerzas Armadas no deliberan, pues es una realidad. Antes de que se formaran las repúblicas latinoamericanas, en parte por acción de sus ejércitos, las Fuerzas Armadas participaban políticamente e intervenían permanentemente en los gobiernos. Pedirles que no deliberen es poco realista.

Lo que hay que evitar es que

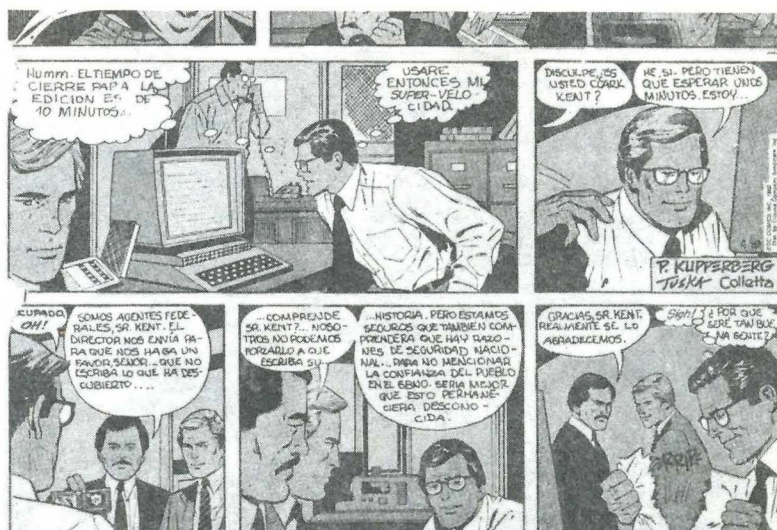
asuman el poder y marginen a todo el resto del país, porque eso es desnaturalizar totalmente los roles dentro de una sociedad. Por eso es importante que nosotros tengamos la suficiente imaginación para interpretar y recoger sus concepciones sobre seguridad nacional y otros temas relacionados, para lograr una estabilidad política.

Hay que buscar una fórmula criolla para la participación militar, dentro de una democracia civil. Además, en varias cosas se les debe escuchar con mucha atención.

¿En qué se diferencia un militar peruano de un chileno o un argentino?

El ambiente castrense en el Perú es muy cerrado. Como periodista, me han sorprendido mucho los militares. No era fácil por ejemplo, prever qué iban a hacer después del golpe de 1968.

Digo esto para ilustrar lo poco que sabía, como civil periodista, de lo que pensaba la Fuerza Armada en ese entonces. Hoy mismo es muy difícil identificar, exactamente, qué piensan las nuevas genera-



“PUEDE darse el caso de que una noticia pueda afectar la seguridad nacional. En ese caso, resulta un cargo de conciencia publicar la noticia”

ciones de militares después de la experiencia de los años 70. El proceso fue mucho más complejo e incluso Velasco no lo entendió bien.

En el gobierno militar surgió un movimiento muy importante en términos socioeconómicos, con un interés académico-teórico muy grande, lo cual marca una gran diferencia con el militarismo chileno o argentino, que son conservadores y reaccionarios.

La carrera militar en el Perú permite el ascenso social. Es el caso de Velasco o Sánchez Cerro. En el país son muy pocos los tipos como Morales Bermúdez, descendientes de oficiales de alto rango o de figuras políticas. Lo más común es el jefe que surge de un origen bastante humilde, de clase media baja, a menudo provinciana. En cambio, en la Argentina, hay ciertas armas —como la Caballería, por ejemplo— que son una especie de aristocracia, directamente proveniente de la guerra de la independencia. Hay generales, allá, que son propietarios de grandes extensiones de tierra.

Después, la derrota con Chile marcó a las Fuerzas Armadas peruanas, creando en ellas una especie de ansiedad, de deseo muy grande de superación, de profesionalismo.

Una de las cosas que deben haber aprendido las Fuerzas Armadas es que el deseo y la buena voluntad no bastan. El manejo de la sociedad civil es una tarea muy compleja y distinta al manejo de la sociedad militar.

¿La desinformación pública es un sinónimo de seguridad nacional?

Yo creo que hay ciertas cuestiones que son, evidentemente, materia de seguridad nacional. Pero, me parece que los criterios de seguridad nacional son, a veces, muy vastos y poco selectivos. Diría que hasta poco severos en ciertas cuestiones que deben ser mucho más específicas y elaboradas.

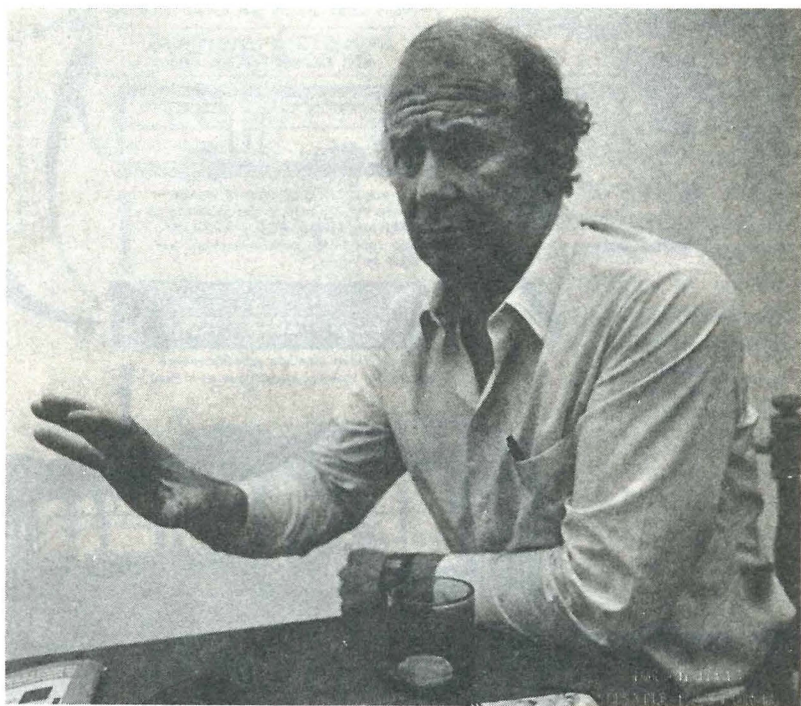
¿Cuál es su comentario sobre la siguiente tira cómica?

Esto se puede prestar a todo tipo de interpretaciones. Puede dar-

se el caso de que una noticia pueda afectar la seguridad nacional. En ese caso, resulta un cargo de conciencia publicar la noticia y es necesario sacrificarla, a menos que se trate de un caso de incomodidad política para el gobierno. El periodista debe tener un criterio razonable y completo. Creo que sí pueden haber causas por las que ciertas cosas no pueden publicarse. Evidentemente, estamos en los dos lados de la barrera: todos los gobiernos quieren que se sepa lo menos posible de

terminaron en golpes. Entonces, claro, históricamente uno dice: esto se va a repetir. Hay una especie de predisposición que, a pesar de no quererlo, se reitera permanentemente en las encuestas: el gobierno militar no es el tipo de gobierno que la gente quiere.

Hace algunos meses estuve en el Wilson Center en una especie de conversatorio. Me tocó hablar y se me ocurrió hacer una encuesta: ¿Cuántos de ustedes creen que el gobierno del Perú va a terminar



“PIENSO que este gobierno tiene unas posibilidades realmente excepcionales de completar su periodo, en parte porque los militares han atravesado por un periodo muy largo y han tenido experiencias muy dolorosas”

estas cosas, sobre todo de lo incómodo, pero hay casos en que se debe revisar esa posición y realmente decirlo. Actualmente, por ejemplo, tengo dos o tres cosas de ese tipo que algún día las contaré, pero para lo cual hay que esperar las circunstancias adecuadas.

¿Cuán probable es un golpe militar en los próximos dos años?

Yo creo que en esto hay una especie de fatalismo nuestro, en cierta medida comprensible porque los tres últimos gobiernos democráticos

su período en 1985?. La mayor parte creía que no iba a terminar. Todo esto, por supuesto, contribuye a crear un ambiente de desconfianza. Sin embargo, pienso que este gobierno tiene unas posibilidades realmente excepcionales de completar su período, en parte porque los militares han atravesado por un período muy largo y han tenido experiencias muy dolorosas, con sus luces y sus sombras, pero que han resultado en una decepción.

ASI SE HACE UN AUTOBUS PERUANO

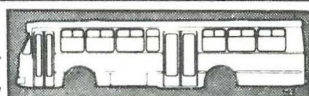
Con tecnología moderna Volvo



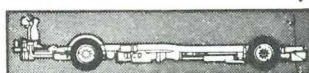
Diseño Volvo

PROVEEDORES EXTRANJEROS

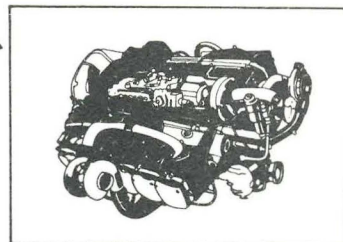
INDUSTRIA NACIONAL DE COMPONENTES



Carrocería Nacional desarrollada con diseño Volvo por las empresas carroceras CAMENA, MORAVERCO y MORILLAS, bajo supervisión, control y responsabilidad de Volvo.

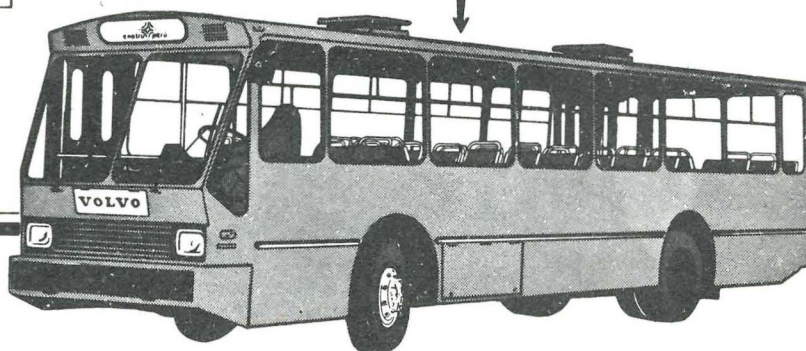


Chasis Volvo diseñado específicamente para Bus Urbano, ensamblado en el Perú.



Motor Diesel Volvo ensamblado en el Perú por la Empresa Mixta MOTORES DIESEL ANDINOS S.A.

Asistencia Técnica
Volvo
a Carroceras



La filosofía Volvo la ha llevado a especializarse en el desarrollo de los chasis, específica y exclusivamente diseñados para ómnibus, que ensambla en el Perú con alto contenido de partes nacionales. Esta situación le permite promover el desarrollo de las diferentes empresas carroceras con independencia, estimulando la competencia y la descentralización y favoreciendo a la industria nacional.

Además, por su experiencia de las necesidades del transporte urbano y el conocimiento profundo del chasis, Volvo está en condiciones de asesorar directamente a las industrias especializadas, a fin de desarrollar carrocerías con la tecnología más reciente, de calidad internacional y que comportan una unidad integral con el chasis, para dar más larga vida al vehículo y proporcionar mayor comodidad al transporte.

Dentro de esta filosofía VOLVO DEL PERU S.A., ha fabricado y entregado a ENATRU-PERU, 300 ómnibus urbanos que representan la última palabra en tecnología para el transporte de pasajeros, 150 de ellos carrozados por CAMENA y 150 carrozados por MORAVERCO.

RESULTADO:

El ómnibus Volvo para transporte urbano, diseñado especialmente para las características y necesidades específicas de las ciudades peruanas.

Los ómnibus Volvo son una realidad concreta:

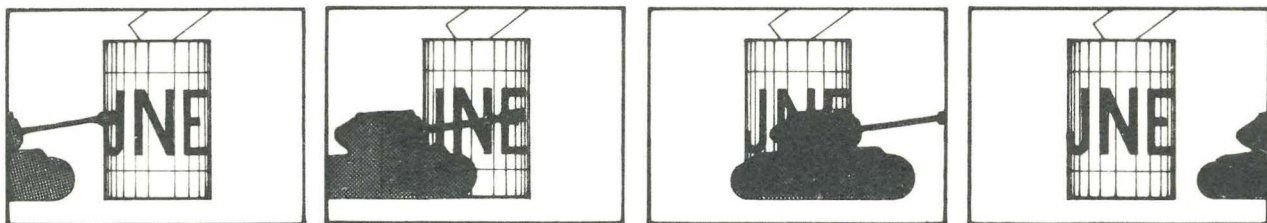
Ud. los ve todos los días en circulación.

VOLVO

VOLVO DEL PERU S.A.

**MANOS PERUANAS TRABAJAN
COMODIDAD PARA TODOS LOS PERUANOS.**

UNMSM-CEDOC



La Democracia y las Fuerzas Armadas

Francisco Morales Bermúdez
Ex-Presidente de la República.

La consecución de los objetivos nacionales depende, en buena parte, del desarrollo político interno y de la cohesión de las instituciones fundamentales. El bien común dependerá, en buena parte, de esa actitud.

Sobre el “bien común” podemos preguntarnos: ¿quién lo define? Se piensa que hay una pro-

funda diferencia entre un civil y un militar cuando hablamos del “bien común”. Y se razona que si los civiles no están de acuerdo con el concepto del “bien común”, que actualmente rige, esperan pacientemente las siguientes elecciones para expresar su opinión, dentro de los cánones de la democracia representativa; y que, a veces, históricamente, las Fuerzas Armadas no han si-

do tan pacientes. Ante este razonamiento se nos pregunta: ¿qué se puede hacer para formar una conciencia cívica entre los mismos militares, para que ellos sientan que tienen que participar con los civiles en el debate acerca del “bien común”, y no dictar su opinión “desde afuera”?

Respondamos que si no hay vehículos de comunicación y de diá-

logo, los problemas se hacen presentes en la relación civil-militar. Debemos educarnos mutuamente; debemos romper en nuestro país criterios de comportamiento que se han ido marcando negativamente a través de nuestra historia. Si hacemos una encuesta en un grupo civil, podemos descubrir que existen criterios antimilitaristas expresados en diferentes grados. Similarmente, de una encuesta en un grupo militar puede resultar que son anticiviles en diferentes grados. En ambos casos, los resultados no se apoyan, quizás, en razones justificables, sino más bien en prejuicios.

Entonces, lo que tenemos que hacer es educarnos; tiene que haber educación nacional para integrar a civiles y militares. Por ejemplo, si el concepto de la Defensa Nacional se toma indebidamente como exclusivamente militar, es un elemento de desunión; pero si se considera que los militares son sólo una parte del todo, y que las otras partes corresponden al elemento civil, a diferentes instituciones y grupos organizados del país, el asunto de la Defensa Nacional constituye un elemento de unión e integración nacional.

Con esto quiero decir que si no nos proponemos quebrar los modos tradicionales y no tomamos la responsabilidad de dialogar, de comunicarnos —lo que puede y debe hacerse a diferentes niveles—, corremos el riesgo de no comprendernos civiles y militares, para estar de acuerdo en el debate nacional sobre el “bien común”.

He señalado la necesidad de comunicación de los elementos superiores del poder civil con los organismos superiores militares, y de que este diálogo debe, también, producirse en otros niveles, en otras capas.

Sobre la cuestión del “bien común”, este es el “bien de todos”. Yo no pienso que el “bien común” pueda establecerse con planteamientos de carácter sectorial. El “bien común” no lo plantean las Fuerzas Armadas, sin que se les pueda negar que tengan ideas y creencias



para postularlo. El “bien común” son los objetivos trascendentes de una sociedad, de la sociedad peruana, y se deriva de lo que es la realidad peruana, de cómo ha sido el Perú, de cómo han vivido los peruanos, de cuáles son los niveles de deficiencias que hemos venido soportando, de cuáles son los desajustes estructurales que tiene actualmente nuestro país. Porque mientras haya desajustes estructurales no podremos alcanzar el “bien común”. El “bien común” debemos plantearlo y concretarlo todos, civiles y militares, con una participación plural en diferentes niveles, y de ese “bien común”, así concebido, ya nacen objetivos más concretos que nos proyectan armónicamente hacia el futuro.

Existe una correlación directa entre las Fuerzas Armadas y el Estado, entre las Fuerzas Armadas y el poder civil, el poder político; y, en este sentido, es necesaria la lealtad militar al poder civil constituido, para que los fines nacionales puedan cumplirse. Pero esta lealtad militar no se podrá lograr, o será difícil lograrla, si se acude a sofismas, a argucias dialécticas o a simples declaraciones. No se puede lograr esa lealtad solamente cuando el militar profesional, y las instituciones de las que forma parte, son calificados únicamente por el mayor grado de profesionalismo, pero también de aislamiento, en relación

a los problemas nacionales. Cabe preguntarse, a través de los hechos, si es que los militares tienen una natural formación de rebeldía o una natural actitud de no ser leales al poder constituido. Si hacemos un examen profundo, encontraremos que el buen profesional militar reconoce al poder civil, y no solamente lo reconoce sino que se enorgullece sirviéndole, en tanto esta autoridad civil se acredite en su acción como representante del sentir común en relación a la colectividad nacional.

Las Fuerzas Armadas sirven al poder civil porque este servicio y subordinación corresponden a la articulación institucional de la comunidad que se organiza a sí misma, y en la mecánica del Estado secundan a las más altas autoridades civiles. Pero en cuanto éstas no expresen el sentir común, cuando en el juego de las instituciones se aprecia la anomalía, se pueden producir sensibilidades que tienen su raíz en la propia naturaleza de las Fuerzas Armadas, cuyo ser se debe a la máxima expresión nacional, al interés de la comunidad como un conjunto, no al interés de un partido o al interés de una parte de la comunidad.

Es por todo ello que el buen militar reconoce en el estadista civil la superioridad en asuntos políticos. El mismo militar necesita del estadista para sentirse orientado, para

sentirse dirigido eficazmente en la tarea propia y en los límites de la acción. Pero esta eficacia ha de ser traducida en los hechos mismos y no sólo permanecer en el marco de las declaraciones.

Desgraciadamente, el concepto de la sana vinculación de las Fuerzas Armadas con los elementos representativos de la Nación, con el poder civil, no siempre se ha mantenido en forma deseable. Una Fuerza Armada no puede servir a la Nación si no está vinculada al sentir nacional; si no tiene una idea de la integración de sí misma en ella, si no tiene una doctrina, una visión de la historia, de su propia realidad, del mundo y del hombre; si no tiene una idea clara de por qué lucha, ni qué defiende. Si no tiene conciencia propia ni capacidad de opinión, corre el riesgo de convertirse en instrumento de tiranía y de corrupción. Las Fuerzas Armadas que se sientan verdadera expresión defensiva, que sean una verdadera institución nacional, han de ser populares, deben estar en la entraña de su propio pueblo, deben ser apolíticas en el sentido partidista o suprapartidista, pero políticas en la más noble acepción de la palabra, en el sentido que han de estar preocupadas y cooperando, decididamente, en todos los problemas que tiene la comunidad social en la cual viven y a la cual pertenecen.

Hay un aspecto muy importante en esta interrelación entre las Fuerzas Armadas y el poder civil y son los momentos en que el militar se debate en la duda acerca de los límites de su lealtad al poder civil, al poder constituido. Sobre esto, he tomado nota de un concepto que juzgo de gran valor en este análisis y que fue expresado por José Antonio Primo de Rivera, y dice lo siguiente: “Normalmente los militares no deben profesar opiniones políticas, pero esto es, cuando las discrepancias políticas versan sobre lo accidental, cuando la vida patria se desenvuelve sobre un lecho de convicciones comunes que constituye su base de permanencia. Las Fuerzas Armadas son la

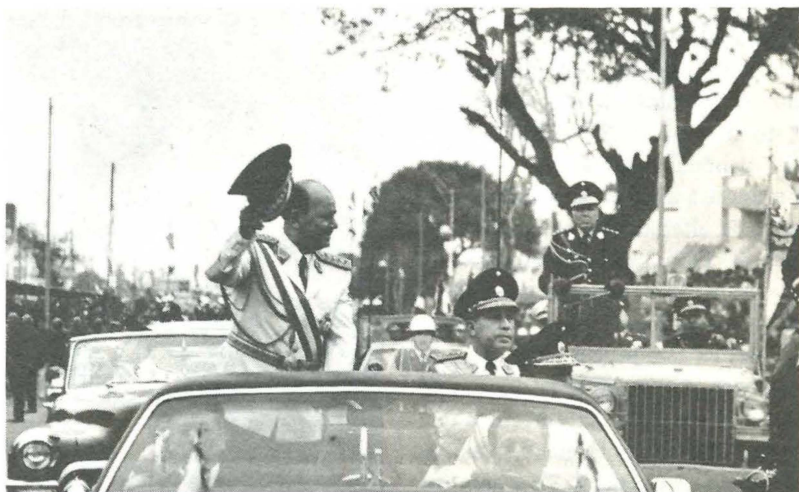
salvaguardia de lo permanente, por eso no deben comprometerse en lo accidental ni mezclarse en luchas accidentales; pero cuando es lo permanente lo que peligra, cuando están en peligro las esencias del ser nacional, la propia unidad de la patria, esto constituye motivo de interés para las Fuerzas Armadas y puede ser objeto de deliberación”.

Este concepto es valioso en estas interrelaciones y permite reflexionar sobre la norma constitucional vigente que establece que las Fuerzas Armadas no son deliberantes. Nuestra interpretación es que la no deliberación está referida al campo interno de las instituciones castrenses, dado su carácter monolítico basado en normas verticales de disciplina, organización jerárquica y de mando. Negar la facultad deliberante por la vía jerárquica de sus organizaciones a las Fuerzas Armadas en asuntos esenciales de la vida nacional, significaría excluirlas como componentes de la comunidad nacional y de la organización del Estado. Si deliberar es participar en la solución de los grandes problemas nacionales, recomendando, presentando puntos de vista acerca de ellos, antes de la toma de decisiones por el poder civil constituido, creemos que, dentro de una correcta política de integración nacional, las Fuerzas Armadas son deliberantes. Tenemos como ejemplo, el caso del petróleo en aspectos relacionados con su exploración y explota-

ción, íntimamente vinculados a la Defensa Nacional. Es conveniente y necesario que las Fuerzas Armadas, en el nivel apropiado, emitan su opinión. El poder político es el responsable de las decisiones finales, pero las Fuerzas Armadas deben ser escuchadas. Si entendemos que deliberar es “considerar detenidamente el pro y el contra de una resolución antes de tomarla” —y subrayo “antes de tomarla”—, pienso que el poder civil constituido no pierde nada y, más bien gana, si escucha a las Fuerzas Armadas en asuntos que no son de la rutina diaria en la vida del Estado, en aspectos sustanciales, en asuntos trascendentes en la vida de la Nación. Es así como podemos entender la participación de las Fuerzas Armadas en la vida política del país.

Las Fuerzas Armadas estarán siempre con las esencias de nuestro ser nacional que se palpan en el origen de la República, en las aspiraciones nacionales, en el sentir de las mayorías nacionales, en la expresión voluntaria del pueblo para elegir a sus gobernantes.

Pensamos que todo este conjunto de planteamientos y reflexiones nos marca, como necesario, que el poder civil mantenga canales de comunicación, de información y diálogo con las Fuerzas Armadas, para evitar, precisamente, actuaciones incorrectas de algún sector propenso a malinterpretar las realidades de cada circunstancia, las realidades de cada momento.



La legislación vigente del Sistema de Defensa Nacional, comenzando por la ley máxima de la República que es la Constitución, permite cumplir este cometido. La Constitución establece el Sistema de Defensa Nacional y existe una norma legal por la cual este sistema cumple su cometido mediante una serie de mecanismos, entre los cuales está, fundamentalmente, el Consejo de Defensa Nacional, que es presidido por el Presidente de la República y está integrado, entre otros altos funcionarios, por los Ministros de la Defensa, el Canciller de la República, el Ministro de Economía, las Comandantes Generales de los institutos de las Fuerzas Armadas, etc.

Mantener mediante diferentes procedimientos esta comunicación es necesario para lograr la confluencia de los factores civiles y de los factores militares en el desarrollo y aplicación de la política nacional. Que las Fuerzas Armadas no estén alejadas de la función política, con mayúscula y no con minúscula, en la sociedad, no contraviene en absoluto la necesaria subordinación al poder civil, ni la supremacía que éste debe tener en el Estado.

Sobre la base de la premisa de que debe haber una mayor comunicación entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas se nos puede preguntar: ¿Qué sucede en el caso de haber habido una verdadera comunicación entre los dos y, sin embargo, no están de acuerdo? ¿Las Fuerzas Armadas aceptarán las decisiones del Gobierno?

Para responder tenemos que acudir a la filosofía del problema. Esto no quiere decir que la historia pendular habrá de repetirse. En nuestra historia se presentan una serie de alteraciones en la vida política del Perú, pero en esas alteraciones no solamente participan militares sino también civiles. Indudablemente, en este proceso hay una permanente presencia de la parte militar. Así ha sido. Pero creemos que la madurez de las Fuerzas Armadas, y del país en general, va a permitir

que gobierne el Gobierno que eligió el pueblo. No debemos aceptar en nuestro pensamiento político y en nuestra filosofía, criterios de retorno al pasado; es decir, en el Perú se ha gestado y culminado un proceso democrático en el cual hemos sido actores y responsables civiles y militares, después de doce años de gobierno de facto. Creo, por ello, que se ha establecido un compromiso nacional para que gobierne el Gobierno que ha sido elegido libremente por el pueblo y que en el futuro así lo sea. No hay que temer a las conquistas políticas. De una vez por todas, debemos aceptar que los gobiernos nazcan de la voluntad del pueblo; es el pueblo el que elige y ante él deben responder los elegidos. Por eso, siendo optimistas hacia el futuro, esforcémonos todos, tanto los que gobiernan como los gobernados, en que esta situación democrática sea estable. Esto significa que se fortalezcan las instituciones democráticas de nuestro país; significa que los partidos políticos se mantengan coherentes, porque son piezas fundamentales en la vida de una democracia; los partidos políticos deben tender a eso y hacerse fuertes pero no sectarios, sino mirando al Perú. Y hay que fortalecer, igualmente, las otras columnas en que se basa la democracia: las organizaciones laborales, las organizaciones gremiales, las organizaciones culturales (porque es muy importante la cultura, que puede influir mucho en lograr una con-

ciencia nacional), etc. Todo ello es lo que se requiere fortalecer. Algunos han expresado que, para que exista una cierta coordinación entre civiles y Fuerzas Armadas, es necesario que unos y otras se presenten unificados al diálogo, y observan que, en más de una ocasión, esto no ha sido así; es decir, que entre los institutos de las Fuerzas Armadas se han presentado discrepantes al diálogo. Y se pregunta: ¿qué se ha hecho o qué sería necesario realizar para que las Fuerzas Armadas se presenten como un solo cuerpo, y no tres, al diálogo con los civiles?

Indudablemente, se trata de lo sustancial que civiles y militares tienen que buscar: unidad nacional, desarrollo y defensa nacional. Para presentarse unificados al diálogo, deberá disponerse de los sistemas de comunicación y representación apropiados. No existiendo en nuestra organización estatal un Ministerio de Defensa, como existe en otros países, es el Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas el órgano encargado de presentar la opinión unificada de éstas en el diálogo con las organizaciones civiles del Estado.

Esto no niega que cada uno de los Ministerios de las Fuerzas Armadas, pueda tener coordinaciones muy importantes con los otros Ministerios como Educación, Transportes y Comunicaciones, etc., para mantener un programa de diálogo, de información, de comunicación,



que pueda revestir diferentes formas y tener diferentes características de coordinación interministerial. El civil tiene que saber qué hace el militar, y el militar qué cosa hace el civil.

¿Qué viene a ser el militar? No viene a ser sino el civil uniformado, con una misión concreta. No puede concebirse ya en el Perú por integrarse, separación entre uno y otro; esto sería sumamente grave. Vuelvo a decir que nuestra historia está infiltrada de corrientes militaristas y corrientes civilistas; creo que no deben aceptarse en el Perú estas corrientes, en cuanto van contra el objetivo primordial de la integración.

El análisis que venimos realizando nos lleva a establecer que resulta, pues, utópico el concepto del clásico apoliticismo de las Fuerzas Armadas, si política es aquella actividad libre que tiende a la organización y defensa de un orden basado en el bien común. Reafirmemos sí, que las Fuerzas Armadas deben ser rigurosamente apartidistas, que deben mantener celosamente su desvinculación de cualquier grupo, partido o asociación política, que deben cooperar en forma decidida con el poder civil, mediante el valioso concurso de sus estamentos sociales y de sus recursos humanos, cuya influencia en la sociedad puede resultar decisivamente positiva en calidad de agentes moderadores o agentes de equilibrio; cooperar igualmente con toda su capacidad de organización y de desarrollo tecnológico, hoy día muy avanzado en las Fuerzas Armadas.

Reafirmemos, también, que las Fuerzas Armadas están subordinadas al poder constitucional, pero agreguemos: de esta subordinación se desprende un concepto de obediencia que no puede ser inconsciente y refleja, sino que debe ser consciente y reflexiva. Quiere decir todo esto que debemos desterrar cualquier idea de separar, como si fuesen compartimientos estancos, las acciones para la consecución de los fines del Estado a cargo del poder político y la misión y actitudes de

las Fuerzas Armadas, ya que ambos son partes de un todo.

Entre las actividades de las Fuerzas Armadas, indiscutiblemente, la mayor parte se relaciona con aspectos netamente castrenses, pero ello no debe significar que marchen a espaldas de la realidad nacional y también somos conscientes que no les corresponde tomar a cargo la conducción del poder político como condición indispensable y necesaria para que se puedan lograr los objetivos nacionales.

Lo conveniente y saludable para el país es, indudablemente, el mantenimiento de la normalidad política, así como la ejecución de las acciones de transformación y desarrollo económico y social dentro del Estado de Derecho que se ha reconstituido.

La actitud de las Fuerzas Armadas, dentro de este contexto, debe ser la de un elemento de apoyo que participe activamente en el mantenimiento y fortalecimiento de la vida democrática, para que, dentro de este clima, se logren los fines nacionales.

Ahora podemos hacerlo, depende de todos nosotros, pero también depende de los que tienen responsabilidades a nivel del Gobierno; depende de los partidos políticos, depende de las agrupaciones gremiales, de las agrupaciones laborales y culturales de nuestro país. Pense-

mos que las instituciones tienen una vida, tienen un desarrollo fecundo o infecundo, según el trato y el respeto que se les dé. Todos estamos obligados a esclarecer nuestra situación, todos estamos obligados a hacer firmes las instituciones que hemos erigido, a evitar que las diferencias sociales estallen de modo sangriento, a actuar como responsables en los diversos grados, pero sintiéndonos responsables en todas formas, y en última instancia.

Querer abolir las desigualdades por decretos o por arbitrio de la fuerza es necio. Esforzarnos en vencer los obstáculos para hacer más llevadera la condición humana, para lograr una sociedad más justa, sin escatimar la libertad, pero tampoco convirtiéndola en libertinaje, es lo razonable, lo que el país necesita; en suma, una concordia que sólo puede nacer del mutuo ceder prerrogativas.

Pienso que la democracia debe construirse practicándola, y que las Fuerzas Armadas no deben tener una actitud paternalista ante el elemento civil que surge al gobierno del país. Hay que dejar que se gobierne por la voluntad popular y evitar intervenciones. Esta actitud debe tener la contrapartida de fortalecer las instituciones democráticas y de volcar el esfuerzo del país hacia metas de largo plazo en el marco de un Proyecto Nacional.



El Rol de las Fuerzas Armadas en una Democracia



Felipe Osterling Parodi
Ex-Ministro de Justicia

EL rol de las Fuerzas Armadas en un sistema democrático se ubica, necesariamente, dentro del marco constitucional. El Perú no es una excepción. Ello obliga a evaluar los alcances de la Carta Política de 1979.

Del texto constitucional se desprenden las funciones básicas de las Fuerzas Armadas: su jefe supremo es el Presidente de la República y tienen como finalidad primordial garantizar la independencia, soberanía e integridad territorial de nuestra patria. Colaboran en la seguridad de la Nación mediante la Defensa Nacional. En estado de emergencia asumen el control interno cuando lo dispone el Presidente de la República. No son deliberantes y están subordinadas al Poder Constitucional. Participan en el desarrollo económico y social del país y en la defensa civil, en la forma prevista por la ley.

Algunos de estos preceptos se explican con su simple lectura. Otros requieren de un análisis más prolijo.

Hagamos un breve recuento histórico. La Constitución de 1933 establecía, como una de las finalidades de la Fuerza Armada, la de asegurar el cumplimiento de la Constitución. La norma dio origen a que se invocara, con frecuencia, como pretexto para justificar el golpe de Estado. Miembros de las Fuerzas



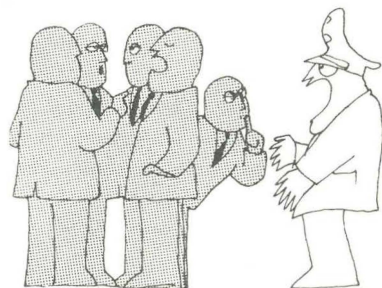
Armadas, aduciendo la misión institucional de garantizar el cumplimiento de la Constitución, se erigían en árbitros del destino de la patria. El deber de velar por la vigencia de la Carta Política en su parte dogmática, relacionada con el orden público y la seguridad de las personas, inducía a violarla en su parte normativa-estructural, relacionada con los Poderes del Estado, suplantando a la autoridad del Ejecutivo y, usualmente, clausurando el Legislativo y sometiendo al Judicial. Paradójicamente, se vulneraba la Constitución aduciendo la necesidad de que ella prevaleciera.

La Carta de 1979 no reproduce, desde luego, tal texto y, más bien, señala que las Fuerzas Armadas no son deliberantes y que están subordinadas al Poder Constitucional. Se pretende, con ello, no sólo alejarlas de la injerencia en asuntos políticos —que justamente corresponden al Poder Constitucional— sino evitar que ejerciten corporativamente el derecho de petición, como expresamente se ordena.

¿Cuáles son los alcances de la “no deliberación”?

En lo que se refiere a su organización interna, no pueden ser deliberantes por elementales razones de disciplina que, de no respetarse, conducirían al caos institucional. La organización de las Fuerzas Armadas es vertical. Su propia esencia así lo impone.

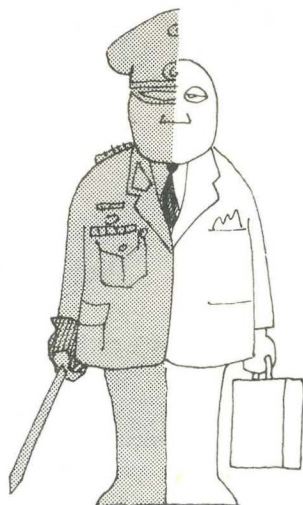
Tampoco pueden ser deliberantes dentro del Poder Constitucional, porque se convertirían, en la práctica, en una fuerza política. Y en una fuerza con elementos para asumir fácilmente, de facto, el poder. Esto no sólo conduciría a la interrupción del sistema democrático, violando la Constitución, sino al natural desgaste que conlleva el ejercicio del poder, como la historia más reciente nos lo demuestra. Los partidos políticos pueden desgastarse, porque una de las características del libre juego democrático es la alterabilidad. El pueblo tiene la capacidad, en las urnas, de optar periódicamente por otras concepciones ideológicas y por otros planes de



gobierno. El partido político desgastado, dentro de este mismo juego democrático, se constituirá en oposición. Las Fuerzas Armadas no pueden permitirse incursionar en contingencias políticas, porque el desgaste no debe alcanzarlas. Es sumamente riesgoso para la seguridad de nuestra patria que se desnaturalice su misión primordial de garantizar la independencia, soberanía e integridad territorial de la República.

La circunstancia de que en el Poder Constitucional tengan presencia ministros de los Institutos Armados —que pueden no ser miembros de las Fuerzas Armadas— no determina que las Fuerzas Armadas sean deliberantes. Los ministros de Estado son el nexo político entre el sector castrense y el poder civil. El hecho de que el Presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas integre, con voz y voto, el Consejo de Defensa Nacional, tampoco origina que las Fuerzas Armadas, institucionalmente, sean deliberantes. Es lógico que en el Consejo de Defensa Nacional, que tiene como función básica garantizar la seguridad de la Nación, participen adicionalmente, tan sólo con voz, altos miembros de las Fuerzas Armadas. Como también es lógico que, por razones estratégicas, opinen sobre los contratos petroleros o que asuman el control interno, en estado de emergencia, cuando el Presidente de la República lo ordene. La seguridad, dentro de la más pura concepción de Defensa Nacional, así lo exige.

Lo expuesto no significa que los miembros de las Fuerzas Armadas, que viven y se desarrollan en un ambiente familiar y social, y que son tan peruanos como todos los peruanos, carezcan de opinión ante la problemática nacional. Deben tener, por tanto, capacidad ple-



na de diálogo, en sus propias instituciones, acerca de los problemas que afectan a todos. Y pueden y deben transmitir su preocupación y apreciaciones sobre la realidad nacional al poder civil. Pero esta prerrogativa, que concierne a todos los peruanos, no puede traducirse en un emplazamiento al Poder Constitucional, ni en exigencias de que, por encima de la voluntad mayoritaria de la ciudadanía, se cumpla la suya. Justamente por ello, la Constitución les impide votar o ser elegidos.

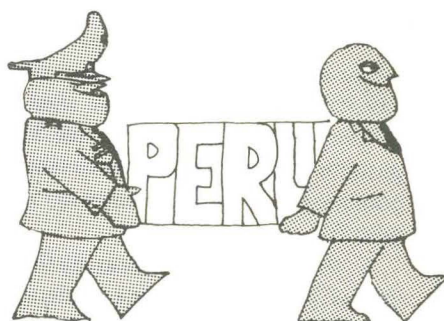
Estos son, en rigor, los alcances del precepto constitucional.

La seguridad de la Nación, por otra parte, no sólo está vinculada al concepto castrense en su acepción bélica. También lo está al desarrollo económico y social del país. Es por ello, precisamente, que la propia Constitución establece la participación de las Fuerzas Armadas en esas tareas, esenciales para lograr el bien común.

Los tiempos modernos enseñan la necesidad de contar con Fuerzas Armadas de alto grado de profesionalización y técnica, pero esto no es suficiente para garantizar la seguridad de la República. También se requiere de la capacidad de respuesta del país, a través de su potencial económico, explotación de recursos

naturales, desarrollo vial, abastecimiento alimenticio, establecimiento de "fronteras vivas", industrialización, generación de recursos para la defensa, centros asistenciales de salud, educación. Ser autosuficientes, en suma, es lo que determina la no dependencia, o sea la verdadera independencia íntimamente vinculada a la seguridad nacional. A su turno, ello determina la movilización de la estructura social interna, que no puede permanecer congelada y que debe permitir el acceso a todos los peruanos a una vida mejor en función de oportunidades, calidades, capacidades y esfuerzos.

Por estas razones, las Fuerzas Armadas tienen presencia permanente en el desarrollo nacional. Y su presencia es singularmente eficiente. Baste, para comprobarlo, evaluar el



excelente apoyo en actividades tan diversas como las educativas, salud, industrias, construcción de tramos viales, puentes y túneles, transporte fluvial, marítimo y aéreo, colonización con infraestructura para estimular asentamientos rurales, por citar los casos más visibles.

Todo ello, sin embargo, de acuerdo a los grandes objetivos nacionales que compete señalar al Poder Civil, cualquiera que sea el partido, sector o fuerza gobernante. ■

Lima, setiembre de 1982

Balance del Gobierno Militar

La Diferencia Inoculta

Luis Bustamante Belaunde
Abogado y profesor universitario.

Al revisar lo que sucedió en el Perú entre 1968 y 1980, creo que es preciso diferenciar dos niveles que coincidieron en el tiempo pero no siempre en la misma dirección histórica: el *proceso de cambios* que se dio en tantos campos de la realidad nacional, y el del curso seguido por un *gobierno militar* que lo puso en marcha, lo administró temporalmente y, en su momento, le puso fin.

Y digo que es necesario distinguirlos porque, de alguna manera, así resulta posible explicar lo que sucedió entre ellos y ver cómo la evolución relativamente autónoma del segundo llegó a mediatizar y hasta a desandar en buena parte el camino recorrido por el primero.

I

Me refiero, para comenzar, al *proceso de cambios*. Cuando los militares toman el poder, encuentran banderas desplegadas por los grupos pensantes y políticos progresistas desde tiempo atrás. Quiero decir: la reforma agraria, de la empresa, de la educación y de la estructura del Estado; la redefinición del rol de éste, y la ampliación de sus már-

genes de intervención en la actividad empresarial; el manejo del presupuesto, de los ingresos y del endeudamiento públicos, como herramientas de una política fiscal adecuada a un nuevo tipo de aparato estatal y a un propósito de redistribución de ingresos y de oportunidades; la nacionalización del petróleo y el ensanchamiento del manejo público en la explotación y comercialización de los recursos naturales; el inicio de una política definida en campos hasta entonces virtualmente carentes de regulación pública, como la industria, la construcción y la vivienda; la reformulación de la política exterior, etc. Estas, entre tantas otras, constituían aspiraciones largamente alentadas y eran, en una u otra forma, base de los idearios programáticos de los partidos políticos de la década anterior, de donde fueron tomadas prestadas.

No puede olvidarse que, en 1963, llegaba al gobierno una alianza partidaria que reunía, de una parte, a un nutrido grupo juvenil de formación universitaria y de vocación pública que se estrenaba en el escenario político luego de una meritoria campaña en la que se había recorrido y estudiado, como nunca antes, todo el territorio nacional; y, de otra, a lo que quizás fue la mejor selección partidaria de personalidades exponentes en distintos campos profesionales. Con estos antecedentes parecía inaugurarse una etapa en el acontecer republicano, que iba a reforzar las bases de un sistema democrático sobre los cimientos de un maduro y amplio programa de renovación y reformas.

Cinco años después, se percibía un desencantamiento colectivo respecto a la eficacia de los instrumentos de una democracia que cada día más personas encontraban maltratada: insuficientemente manejada por el oficialismo para hacer efectivos los requerimientos que miembros de más de una generación habían asumido como compromiso, así como impunemente trajinada por una oposición obtusa —producto de un pacto post-electoral que tuvo tanto de antihistórico— dedicada a bloquear en forma sistemática, intransigente y ciega los intentos reformistas.

El acceso de los militares a los resortes del poder permitió poner en moción esas reformas y políticas renovadoras, junto a otras más, y profundizarlas suficientemente. La involucración de muchas personas en la marcha del proceso obedeció no tanto a una traición a los postulados democráticos que profesaban, cuanto a que entendieron que el compromiso que habían asumido desde antes se encontraba, ahora sí, en condiciones de ser plasmado, dentro de la urgencia reclamada por imperativos de justicia. En tal sentido, no fueron pocos los que se enrolaron en el curso del proceso, no porque estaba conducido por un gobierno de facto, sino *a pesar* de ello, dentro de la esperanza de conseguir lo que no había podido alcanzarse en democracia.

No me propongo hacer aquí un balance de los logros y aciertos, ni de las frustraciones y errores del período 1968-1980 —los famosos activos y pasivos—, de cuyas consecuencias todos nos beneficiamos o



3 OCTUBRE 1968: Las Fuerzas Armadas asumen el control del Gobierno



RESISTENCIA en Torre Tagle y juramentación de Velasco en Palacio



9 de OCTUBRE 1968: Las FF.AA. toman las instalaciones de la IPC

¿Sabe Ud. qué Piensan los Militares?

Carlos Franco
Investigador en el CEDEP

Realizar un balance del gobierno de la Fuerza Armada, en las actuales circunstancias, es realizar una operación política. No sólo porque la evaluación tiene como norma de referencia la imagen del Perú posible o deseable de los 70 sino también porque, conociendo el poder de las armas y los "accidentes" políticos del país, es imposible escribir esta nota, por lo menos para mí, sin pensar en el Perú posible y deseable de los 80. Si recuerdo haber participado en el proceso político del período 70-75, el lector comprenderá, entonces, lo absurdo que sería reclamar para este comentario aquellos valores que hacen a ciertas opiniones tan respetables... como inocuas.

Ciertamente, la Fuerza Armada gobernó casi 12 años el país. Y no dudo que se pueden advertir ciertas constantes en su mecánica de ejercicio del poder durante ese período. Sin embargo, creo difícil inadvertir, con el paso del tiempo y sus lecciones, las profundas diferencias que existieron en las orientaciones centrales de los gobiernos de Velasco y Morales. Como estoy persuadido de ello y estimo, tal vez ingenuamente, que

Balance del Gobierno Militar

Balance del Gobierno Militar

La Diferencia Inoculta

padecemos hoy en día y lo seguiremos por un buen tiempo más. Pretender hacerlo en pocas líneas sería tan irresponsable como calificar a todo este período como la “década perdida”.

II

Pero quisiera ahora, más bien, dirigirme al otro aspecto del período: esto es, al *gobierno militar* que coexistió con el proceso de cambios, al que tanto condicionó y en tan diversos modos.

Por la importancia de este período, por el respeto que se merece lo que en él se hizo, por la consideración que se debe a lo que se dejó de hacer, y por el examen que requiere lo que se hizo mal, creo que vale la pena ensayar algunas reflexiones en franco tono crítico, pues estimo que, si ellas no se intentan, lo vivido sería tan sólo una experiencia pero nunca una enseñanza.

A lo largo de su permanencia en el poder, el gobierno militar mostró una performance que fue sensiblemente de más a menos. Y no creo que ello pueda explicarse solamente a causa de la transformación de la primera en la segunda fase. Visto desde ahora, el deterioro comenzó antes de agosto de 1975. Precisar cuándo es tan antojadizo como adivinar el minuto en que se empieza a envejecer. En todo caso, creo que no hay una sola razón sino varias que se dan, unas antes y otras después, y con diversos grados de incidencia. Intentemos revisar solamente algunas de ellas, quizás no las más importantes ni decisivas, pero sí las que menos se citan y recuerdan.

Si bien el movimiento militar reclamó, desde su inicio, el calificativo de “institucional”, el tiempo

se ha encargado de relativizar tal autoproclamación. Releyendo el discurso del proceso, éste se presenta originalmente como una acción colectiva de un grupo de mandos altos (la prensa extranjera habla de los coroneles “nasseristas” peruanos), donde la figura de un conductor está matizada dentro de una iniciativa, de un comando y de una forma de adoptar determinaciones definidamente grupal. Es meses (y quizás años) después que, tímidamente en sus comienzos y forzadamente después, se perfila y exagera la figura de un líder. La consolidación de este liderazgo personal hasta lo absoluto fue producto de una relación iterativa, donde la proclividad a consentir la provocación al mando total fue retroalimentada por una adulonería que, lejos de reforzarlo, contribuyó a su erosión y deterioro (recordemos esas fotos, a página entera, de ojos y manos con poesías editadas por los mismos que hoy se escandalizan con la cortesanía palaciega). Ahora podríamos discutir con menos apasionamiento si esas formas de hacer las cosas, e incluso si la selección del líder cuya figura tanto se elevó, fueron opciones correctas; y para quién, en definitiva, lo fueron; y para qué sirvió todo ello.

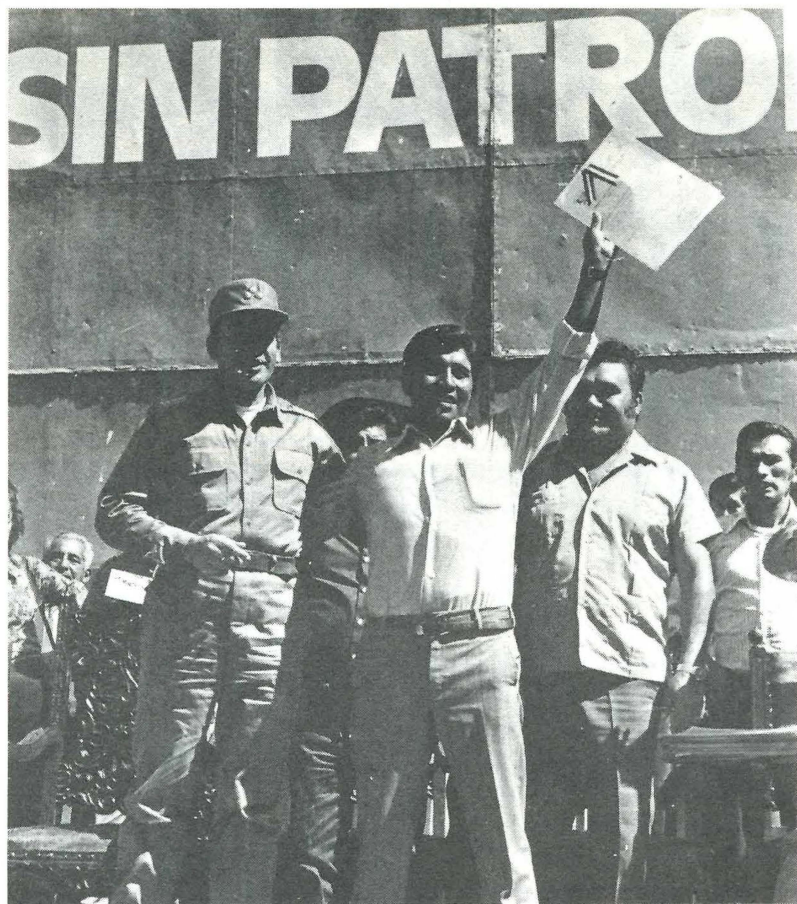
El hecho es que, cuando se produce la sustitución de responsables, el vacío dejado no resulta ocupado por una figura equivalente sino por la idea de la naturaleza “institucional” del gobierno. Y es desde entonces que, para pesar de tantos, comienza a ser verdad. Ello se traduce en que las decisiones del gobierno “hacia fuera” deben pasar por una previa elaboración “hacia adentro” de la institucionalidad castrense. La labor del conductor de la segunda fase fue, así, fundamentalmente la de un administrador de consensos; pero no de los consensos necesarios “hacia fuera” del

gobierno, esto es, con los gobernados, los sectores de opinión y los grupos políticos que los representaban, sino de los consensos “hacia adentro” de las Fuerzas Armadas, lo cual supongo que, además de ser menos difícil que lo primero, se trata de una tarea absolutamente distinta.

Estos dos fenómenos, el encumbramiento personalista y el posterior repliegue al ámbito castrense, son dos largos momentos que tienen un resultado en común: el aislamiento que, primero en forma contraria a la voluntad de los responsables y luego de modo deliberado, contribuyó al debilitamiento de la base popular y más tarde a su desapego total.

Sensiblemente, esta involución envolvió en la misma suerte a lo que, de lejos, constituye una de las mejores herencias del período. Me refiero a aquel estamento de la nueva generación que fue —en el más decisivo de los momentos— invitado a compartir las responsabilidades públicas. Esta promoción ancha estuvo compuesta por personalidades de valioso peso específico, de calidad personal y profesional. Aunque algunos de sus componentes encuentran su origen en la juventud populista y democristiana del primer gobierno del Presidente Belaúnde y quizás tuvieron menos mística que ella, ciertamente la superaron en eficacia. Y esa misma promoción constituye ahora, con toda probabilidad, el cuadro tecnocrático más experimentado y calificado para la administración del país de hoy. Pero hoy también se encuentra notoriamente marginada de los niveles de decisión, a causa del deporte nacional de los bandazos personales en las sucesiones gubernamentales.

Cambiando de tema, no quisiera dejar de mencionar, dentro de este sumario repaso, una tentación fren-



24 JUNIO 1969: El Gobierno Militar da inicio a la Reforma Agraria



UNA serie de manifestaciones populares marcan el esplendor velasquista



Hacia Lima converge en movimiento Tercer Mundista.

Que Piensan los Militares

los lectores lo están también, me eximiré de presentar las pruebas.

Entender tales diferencias ayuda, creo yo, a rechazar la deliberada operación política que se oculta tras el uso de la imagen unitarista de los 12 años de gobierno militar. Pero deja en pie, sin embargo, un problema: explicar cómo la misma institución pudo, preservando su unidad básica, dirigir desde el poder dos procesos políticos diferentes. Aunque se ha tratado de resolver este problema apelando a la existencia y desaparición de un grupo de militares y civiles socializantes, creo que esta respuesta, revelando los hechos tal como ocurrieron, no es suficientemente convincente. Y no lo es porque ella supone que el poder que tuvieron estos hombres fue ilimitado o que la Fuerza Armada fue una tabula rasa en la que se pudo escribir lo que el ingenio o la voluntad dictaban. Permítanme decir, apelando a mi propia experiencia de esos años, que eso no fue cierto.

Más persuasivo, en cambio, me resulta el argumento, cuya trivialidad no ignoro, según el cual si la Fuerza Armada —o más bien sus mandos— dirigieron dos procesos distintos fue porque la propia institución, y el país, presentaron activamente las condiciones para ello. Trataré a continuación de mostrar por qué este argumento no es tautológico, ni se muerde la cola y cómo puede prestar un servicio, no desdeñable, a quien desee entender qué piensa, qué siente, qué quiere, qué puede hacer la Fuerza Armada en el país.

Comenzaré por destacar el primer valor del argumento. Este es reconocer a la Fuerza Armada como una organización ideológica y políticamente activa y autoorienta-

La Diferencia Inoculta

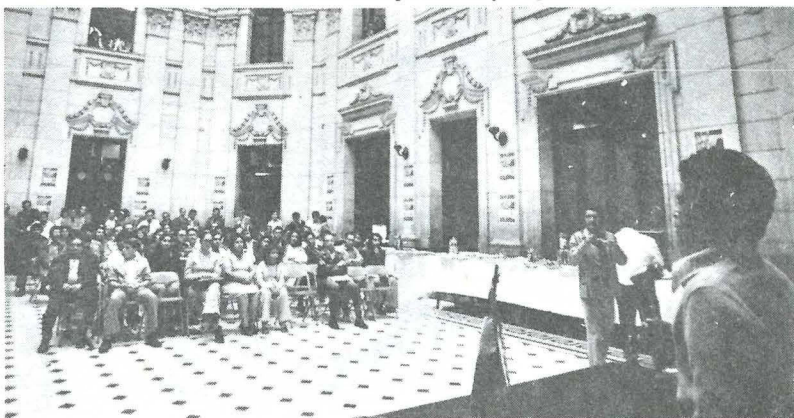
te a la que se cayó con bastante facilidad: la del triunfalismo. Triunfalismo en la forma de apreciar las circunstancias y también en la de imaginar resultados como directamente derivados de una actitud voluntarista. Un ejemplo, a la vez que una consecuencia de ello, fue la manera como se manejó el caso de la prensa. El experimento, mantenido hasta más allá de todo límite sostenible, lejos de contribuir a demostrar que era rescatable, condujo a que muchos entendieran que en este campo (“¿y por qué no en otros?”) toda “socialización” en nuestro medio habría de atravesar por una forma indeseable de estatización y, más aún, de corte autoritario y manipulador, para que fuese posible.

Otra manifestación de triunfalismo podría encontrarse en esa actitud frecuente de maltrato (o, lo que es al fin peor, de menosprecio), en términos generales, a la eficiencia y, más en concreto, a la escasa capacidad gerencial existente en nuestro medio. Creyendo que lo efectivo era tenerla sujeta por la vía de la autoridad no contestada, más que asociada por la vía del reconocimiento, se hizo de la clase gerencial un enemigo cuyos daños de combate se recibirían penosamente en cabeza de terceros. Con ello, además, se privó al país de posibles decisiones eficientes y se incrementó el stock de potencialidades desperdiciadas en un país que, definitivamente, no podía permitirse esa clase de lujo.

Otra manifestación de esta actitud triunfalista fue el desprecio inducido respecto a la democracia formal y a todo lo que se relacionara con ella, incluyendo, por cierto, a las “libertades burguesas” y



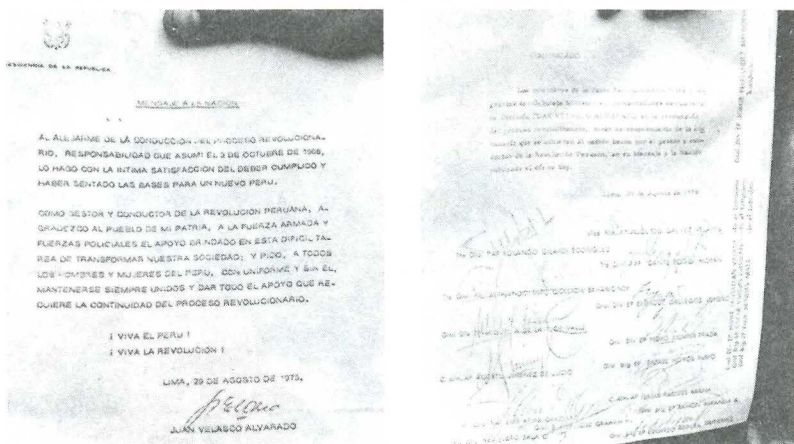
“SINAMOS: símbolo de la manipulación y regimentación militar



28 JULIO 1974: Los diarios, la televisión y la radio son socializados



5 FEBRERO 1975: La turba incendia el local del Circulo Militar



29 AGOSTO 1975: Velasco “renuncia” y los sublevados “aceptan”

Balance del Gobierno Militar

Balance del Gobierno Militar

Que Piensan los Militares

da. Por esta vía podemos hacer frente a la imagen tradicional, según la cual ella fue el pasivo mecanismo que un grupo de militares o civiles activó, reguló y dirigió. Perdonen el énfasis retórico de la expresión siguiente, pero soy de la opinión que quien no entienda esto no entendió nada de lo ocurrido en esos años y de lo que puede ocurrir en los próximos.

Un segundo valor del argumento, es su implícita sugerencia de que lo realizado por el grupo militar y civil en el gobierno de Velasco, no fue una suerte de pírueta acrobática en la cuerda floja de la institución militar o el uso voluntarista del principio de jerarquía castrense, sino el empleo, organización y direccionamiento de las condiciones reales y objetivas inscritas, no sólo en la organización, sino en las imágenes que del país y de sí misma tenía la Fuerza Armada de los 70. Para ser coherente, debo decir, sin violentar el sentido del argumento, como veremos más adelante, que lo hecho por Morales, sus mandos y sus asesores civiles se inscribió en el mismo tramado. Esta es otra manera de decir que el discurso implícito de la Fuerza Armada (perdonen la expresión, pero estoy escribiendo aprisa) abría las posibilidades para esas dos alternativas. Quien repare en aquello que no pudo, o no quiso desmontar Morales y su equipo se dará cuenta que cuando aludo al “discurso implícito” me estoy refiriendo mucho más a ideas-fuerza (orientaciones valorativas) que a una refinadísima elaboración teórica (ideología política).

Un tercer valor del argumento, y probablemente el menos claro para un eventual lector prejuicioso, es que los dos procesos políti-

cos se organizaron y desarrollaron sobre las posibilidades abiertas por el concreto nivel de desarrollo político e institucional del país. Seré más claro. Con ello no quiero decir, obviamente, que los militares hicieron lo que las gentes querían y, menos aún, que los civiles son corresponsables de las decisiones de ambos gobiernos. Lo que pretendo señalar es algo más simple. Lo resumiré así: *uno*, el gobierno militar no actuó en el vacío social ni el país es una arcilla modelable al placer del poder. Si pensáramos así, creo yo, mejor sería exilarnos, cambiar de país o... Me importa decir esto, porque nada apela más a la irresponsabilidad social y política, ese viejo hábito de la clase política y la clase “independiente”, que seguir creyendo que lo que ocurre en el Perú sólo responsabiliza a los que gobiernan. Lo que ocurrió en esos años se hizo también con las omisiones, los repliegues, los miedos, la aceptación, los consensos, la participación de todos; *dos*, muchas de las cosas que hizo y dejó de hacer “el gobierno militar”, expresaban las realidades y carencias de, perdonen nuevamente la expresión, la conciencia nacional. Y aquí no sólo me refiero, por ejemplo, a la reforma agraria (para referirme a lo hecho) sino también a la ausencia de una estrategia económica para enfrentar la crisis (para referirme a lo que no se hizo). En este sentido, nada me resulta personalmente más irritante que comprobar cómo muchas de las gentes y partidos que criticaron y critican al gobierno militar por la falta de un programa económico eficiente (previa limpieza de anteojos, mirada al infinito y engolamiento de la voz) no han sido capaces de proponer, después de siete años de crisis, nada que supere el lugar común o el listado de lavanderías; *tres*, la manera cómo se actuó desde el poder y sus resultados fueron in-

fluidos, también, por la manera de actuar de las fuerzas civiles. Si el Apra, la izquierda y los intelectuales que hoy apoyan el control nacional de la banca, las empresas públicas, la reforma agraria, el no alineamiento internacional, etc., etc. (reconociendo sus imperfecciones), hubieran tenido, en esos años, una actitud más... (digámoslo con delicadeza) cauta, los errores habrían sido menores, tal vez, o acaso sí... pero en fin, no se trata aquí de prever el pasado.

Nuestro argumento, sin embargo, se morderá la cola si no concluye aproximándonos a la comprensión de ese discurso implícito de la Fuerza Armada al que nos referimos antes. Afortunada o desafortunadamente, no tengo otra base de partida para meterme en este lío que mi propia experiencia y la de mis amigos, cuando trabajamos con los mandos militares en la primera época. Conociendo las limitaciones de esa experiencia, su predominante carácter subjetivo y la carencia de evidencias para mostrar al lector, no es difícil para mí renunciar de plano a toda pretensión de convencer o persuadir a nadie. Siento, sin embargo, que vale la pena esforzarse por decir algo significativo. Y siento así, porque hace muchos años me di cuenta del profundo desconocimiento existente entre “los civiles” acerca de “las intenciones” de “los militares” y cómo ello hace tan penosa la vida política del país. No se trata de esforzarse por encontrar culpables ni trato tampoco de decir que no ocurre lo inverso, esto es, el desconocimiento por “los militares” de lo que piensan “los civiles”. Abreviemos, el lector que no apele a las categorías de “civil” o “militar” para autodefinirse, para saber quién es efectivamente, me entenderá mejor. A los que, sin embargo, no entiendan mi preocupación por el tema les sugiero reflexionar sobre las causas y

La Diferencia Inoculta

a los partidos, que fueron recusados como agentes útiles y posibles en el nuevo orden político. Esto, además de injusto con un pasado (por razones más alejadas de los partidos que de la significación histórica de las Fuerzas Armadas), fue poco previsor respecto a un futuro que tenía que armarse con decisiones nacionales montadas sobre la base de consensos duraderos y estables.

Finalmente, y como otra explicación más del progresivo deterioro de la labor gubernamental, debo también citar, aunque sea de paso, el estilo de conducta castrense, que tuvo varias expresiones. Entre ellas, el centralismo en la formación y toma de decisiones, y que se traduce en toda una forma de entender el manejo del país; la vocación por la uniformidad en el tratamiento de situaciones diversas, y que incapacita para comprender y practicar el pluralismo como estilo del trabajo público más que como expresión retórica; el sacrificio de la imaginación creadora, en aras de recetas no expuestas a dudas ni a comentarios; y un largo etcétera que pasa por las limitaciones de las doctrinas de la seguridad nacional y termina en la constatación propia y ajena de su desgaste institucional.

III

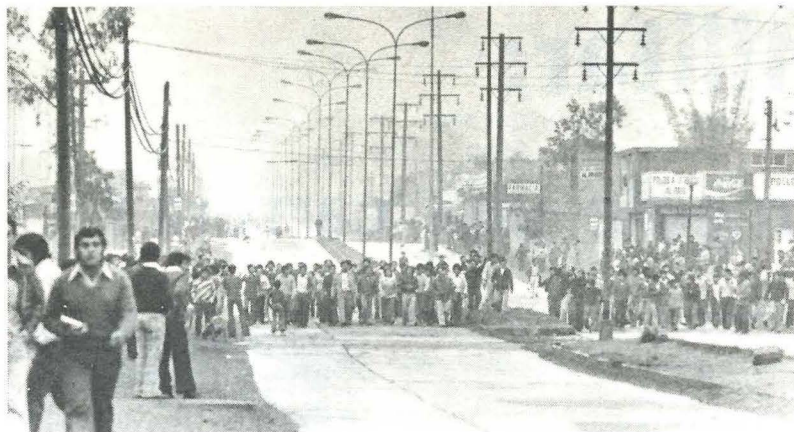
Por éstas y tantas otras notas, el deterioro del gobierno militar, que no es privativo de una u otra fase, fue influyendo negativamente en el itinerario del proceso de cambios. Al punto que éste se agotó y no pudo dar más de sí. Encima de ello, como efecto del largo calendario fijado por los mandos militares para la transferencia del poder a los civiles, el proceso sufrió, en el interín, retrocesos y desmantelamientos. Las restricciones que plantea una administración castrense se hicieron patentes al precio

de sacrificar un proceso y de hacer inútiles los costos que causó su desenvolvimiento. La erosión del gobierno militar arrastró también el destino de un proceso de cambios en cuya realización se había comprometido. Los límites autoimpuestos fueron eficaces hasta el punto de entrapar el destino de un proceso que, ciertamente, no era de propiedad de las instituciones armadas.

Ante esta constatación, tengo dos sentimientos encontrados. Por un lado, entiendo que el proceso fue una experiencia inevitable, cuya utilidad histórica no cabe discutir. El régimen político que tuvo vigencia en el Perú entre 1968 y 1980 no fue sólo un gobierno militar. Sirvió también como ocasión, ciertamente irrepetible, para demostrar que algunas cosas que habrían de pasar en este país eran no únicamente necesarias sino convenientes, mientras que otras debían continuar, por un tiempo más, siendo deseables. Al término de tal régimen, todos hemos recibido un país distinto. Y nos hemos acostumbrado a tratar con él. Con la aprobación de la Constitución, primeramente, y con la instauración del régimen constitucional, después, alternamos con un panorama institucional diferente. Algunos de los logros del proceso de cambios (de ninguna manera todos) parecen ser de veras irreversibles —dentro de lo relativo del término—, como la reforma agraria. Otros lo son, aunque en forma menos indiscutible, como el rol empresarial y promotor asumido por el Estado y la existencia de las comunidades laborales. Otros se han evaporado, como la reforma educativa o la política exterior ensayada. Otros han quedado descartados, como el experimento de socialización de la prensa. Puede ser que algunos de ellos vuelvan algún día, más o menos revisados a la luz de lo experimentado, como postulados programáticos de los partidos, es decir, precisamente de aquellos actores políticos a los que en algún momento se quiso privar de razón de ser.

Pero, por otro lado, siento que seguir confundiendo *proceso de cambios* con *gobierno militar* no deja de ser un abuso de los términos, que sólo sirve para explicar en buena parte la razón del fin de la experiencia. Por eso, también, siento como que el gobierno militar, dentro de las varias cosas que expropió, quiso tomar también para sí el proceso de cambios que materializó una aspiración colectiva de transformación del país de la que yo, al igual que toda mi generación, participaba, pero en cuya realización me sentí testigo y no actor, y no por falta de compromiso. En la medida en que este sentimiento es compartido por más personas, no deja de tener mucho de frustrante. Y de aleccionador.

Entre las varias conclusiones que permite recoger esta experiencia, doy especial importancia a la que, por contraste con lo anterior, ha permitido revalorar la democracia. Como sistema de gobierno, pero también como norma y estilo de conducta social. E igualmente, a la que nos ha permitido verificar, de modo palmario, cuáles son las reales posibilidades y los verdaderos límites de un régimen castrense. Personalmente, me siento abrumado y aterrado por la facilidad y ligereza con la que algunos se refieren o aluden a una aventura militar. No veo la razón por la que pueda esperarse que ella no tuviera ahora una significación más próxima a la de otros países cercanos como Chile, Argentina y, más verosímilmente aún, Bolivia. Me resisto a admitir que sea preciso padecer por largo tiempo una dictadura de este corte y pagar costos en vidas, para reclamar la vigencia de una democracia a plenitud. Midiendo todos los riesgos que se envuelven en toda apuesta por cualquier régimen distinto, creo que es imperativo jugarse a fondo por la democracia, con todos sus inconvenientes y limitaciones, pero también con todas sus ventajas y potencialidades, la mayoría de las cuales está a la espera de ser descubierta, articulada y explotada.



19 JULIO 1977: Un Paro Nacional inmoviliza todo el país



MAYO 1978: Haya es elegido presidente de la Asamblea Constituyente



MARZO 1979: Periodistas exigen la reapertura de las revistas clausuradas



18 MAYO 1980: Las Elecciones Nacionales marcan el fin de la dictadura

Que Piensan los Militares

consecuencias que tuvo para el país la triple ruptura histórica de los años 30: del Apra con la Fuerza Armada; de la izquierda marxista con el Apra; de estas tres fuerzas con los vastos sectores que reclamaban cambios para el país desde posiciones independientes. O tal vez, que se pregunten qué va a pasar con el Perú si no se realiza un esfuerzo perseverante por encontrar no sólo una fórmula estable de coexistencia sino un acuerdo político para impulsar el desarrollo nacional.

Quien considere relevantes estos asuntos comprenderá la necesidad política de preguntarse por lo que piensan o quieren los "militares", para sí y para el país. Como en las relaciones personales, ello exige situarse en su piel, examinar el Perú, aunque fuere transitoriamente, desde sus valores y perspectivas y, a partir de ello, reexaminar la situación y posibilidades del país. Ciertamente, no se trata de pensar el Perú en "términos militares", que seguramente es el prejuicio inmediato que activa la frase anterior. Estoy refiriéndome a algo drásticamente distinto. Se trata más bien de... Lo siento por mí. Me acabo de dar cuenta que empleé la última página de las que me fueron ofrecidas en la presentación de lo que debió ser el tema central de esta nota. ¿Qué hacer? Puedo optar por sugerir, de la manera menos indecorosa para mí, que los editores de DEBATE me cedan un espacio en los próximos números. Pero también puedo optar, apelando a la complicitad benévola del lector, que entienda el problema en que me encuentro, por colocar aquí el punto final. Como no sé cómo concluir, será mejor reconocerlo colocando los puntos suspensivos que Ud. observará a continuación...

Ser Militar:



¿Simplemente una carrera?

Desde que el General José de San Martín creara la Legión Peruana de la Guardia como el primer cuerpo castrense del país, los militares han protagonizado buena parte de nuestra historia republicana.

Sea porque se inmolaron en la guerra, porque son custodios permanentes de la soberanía nacional, porque acallaron alguna sedición o porque ingresaron a Palacio por la vía de la asonada, los militares son personajes adentrados en nuestra idiosincrasia y enraizados en nuestra tradición.

No obstante, la imagen de su carrera —como las de muchas otras profesiones— se halla condicionada por estereotipos que tienden a mostrarlo como un quehacer abnegado o como una oscura actividad. El militar merece tanto sinónimos teñidos de admiración como frases peyorativas en el habla popular.

Una rápida encuesta entre estudiantes de las academias de preparación para el ingreso a los institutos armados arroja respuestas previsibles como también ocurren-

tes. ¿Por qué quieres ser militar?, se pregunta a la muchachada. “Para tener una carrera segura”; “porque es una vida de hombres, de continua preparación física y mental”; “porque mi padre es militar”;

“porque quiero ser general... y de paso, Presidente”, responden.

Así pues, hay quienes conciben la vida militar como un sacerdocio trapense, como el destino natural para los mejor preparados físicamente o como la mejor forma de expresar el amor al terruño y a sus símbolos patrios.

Pero, no cabe duda, los institutos armados tienen una vigencia que va más allá de sus objetivos castrenses, ya que siempre se aguarda de ellos un respaldo oportuno al gobierno o una carta escondida que puede hacer virar la historia.

Se infiere, entonces, que resulta interesante aproximarse al mundo

Lo primero que debe hacer un joven aspirante es ingresar a la Escuela Militar, después de haber concluido sus estudios secundarios. Las amplias instalaciones ubicadas en Chorrillos, donde unas esculturas alegóricas de Víctor Delfín adornan el ingreso, serán su Alma Mater.

Allí, entre jardines y palmeras, edificios de techos altos, pasadizos cuidadosamente limpios y efigies de héroes, pasará cuatro años de su vida. A partir de entonces quedarán atrás las comodidades hogareñas, el libre albedrío de levantarse a la hora que a uno le venga en gana y los modales de familia.

Un toque de diana marcará la hora exacta de levantarse, para luego hacer la cama, asearse y salir a la carrera a formar filas en el patio de armas. Apenas terminado del desayuno, que será una ración similar todos los días, el cadete tornará a filas para la lista de diana, un ritual cotidiano e imperecedero.

En las aulas le impartirán las denominadas ciencias militares pero, a diferencia de cualquier universidad, el cadete deberá asimilar una

serie de valores y simbolismos. Allí aprenderá, de buen o mal grado, que el cumplimiento del deber, la puntualidad, el respeto a la palabra empeñada, el aprecio a la verdad, el compañerismo, la corrección en el



de los uniformados para conocer, aunque sólo sea superficialmente, cómo se forma y cómo evoluciona esta profesión desde el cadete recién ingresado hasta el entorchado general que se retira.

vestir, son virtudes sin las cuales su destino está previsto fuera de los muros del Centro de Instrucción Militar del Perú (CIMP).

Aprenderá el lenguaje de las voces de mando, de los saludos y los rituales castrenses. Un toque de corneta le dirá cuándo acaba una clase, cuándo comienza una práctica o cuándo debe reposar. Reconocerá a las personas en función de los



galones que llevan sobre los hombros, como implícito testimonio de su antigüedad y autoridad.

Por lo mismo, durante toda su vida futura, en cualquier sitio o reunión, aprenderá a ubicarse casi mecánicamente, no en razón de simpatías o afinidades, sino en razón de lustrosos galones o adornos de las gorras militares.

Buena parte de su aprendizaje será el rigor y el adiestramiento físico. Los deportes masivos o individuales (fútbol, básquet, tiro, natación, equitación o esgrima), y los ejercicios con o sin armas, le recordarán el consabido aforismo: mente sana en cuerpo sano. Por ello, desde ese nivel de formación y hasta los 50 años, cuando probablemente ostente el rango de coronel o general de brigada, cada tres meses deberá demostrar su salud y

pasar la prueba de aptitud física en la pista de combate.

Desde entonces será uno más de la institución: un miembro de una promoción, de un arma, de una unidad o división; un socio de una asociación de oficiales en actividad o en retiro. Y será programado según su código de identificación y de planilla. Muchas cosas, como el calzar, el vestir y el comportarse, le serán dictadas compulsivamente.

Sus estudios, en una primera etapa, no difieren de cualquier centro superior de enseñanza. Igual aprenderá historia y matemáticas. Pero después se adentrará en asignaturas como intendencia, transmisiones, material de guerra, logística, estado mayor, etc. Al cursar el tercer año, el cadete deberá escoger su especialidad. Llegará, así, a incorporarse a la infantería, caballería, artillería o a la división blindada.

Si escogiera las especialidades de comunicaciones, ingeniería o ciencias tecnológicas, deberá cursar más ciclos, para equiparar los conocimientos que se tiene de las mismas en las universidades del país.

Cuando eso ocurre, el futuro oficial, o se ha disciplinado tal y como quiere la institución, o puede hacer sus maletas y volverse a casa. Incluso cuando sale de franco los domingos o feriados, como una recompensa y no como un derecho, deberá observar tácitamente un comportamiento distinto al civil.

Su formación estará jalonada de ritos, como los "bautizos" en las primeras campañas, caminatas o pruebas de resistencia física. Ya desde entonces, se le imprimirá una constante a su desarrollo profesional: la competencia entre sus pares. Todos se medirán por resultados, hojas de méritos, puntos y calificaciones. Todas sus acciones merecerán maniqueamente, el premio o el castigo.

Y llegará el ansiado día. Vestirá el uniforme de gala, con penacho bicolor en el quepí y zapatos de

charol. Verá de reojo a sus padres y familiares portando máquinas fotográficas entre la multitud. Fascinado con el resplandor de los sables, sintiendo en el alma la marcha de banderas y aspirando el mismo aire que agita el pendón de la patria, recibirá de manos del Presidente de la República su espada y el despacho que lo reconoce como Alférez o Subteniente.

Esa espada, tan venida a menos desde que el hombre reemplazó la lucha cuerpo a cuerpo por la guerra nuclear y electrónica, será el símbolo de su don de mando. Podrá mandar tropa. Los soldados reclutados voluntariamente o llevados a la fuerza, se cuadrarán ante sus insignias.

Entonces se iniciará para el oficial, la larga marcha hacia el grado de capitán. Será remitido a servir en cualquier guarnición del país. Los lugares más inhóspitos o inclementes serán su habitat. Descubrirá que en la helada planicie de Puno hay un cuartel y que en medio de la sofocante maraña amazónica hay una batería y asentamiento castrense.

Si tiene aptitudes y suerte, se codeará con oficiales extranjeros, al lograr una beca para West Point en los EE.UU. de Norteamérica, para Saint Cyr en Francia, para Agujas Negras en Brasil o para el



Colegio Militar de la Nación, en Argentina.

Las tareas de oficina, en la ciudad o en el campo, le llegarán rotativamente. Deberá servir en muchas localidades donde el ejército es pionero de selva o cabeza de puente. No siempre tendrá tiempo para extrañar a sus seres queridos, porque las guardias nocturnas o las comisiones le absorberán los sentidos. Quizá por ello, hará de sus horas en el hogar un tiempo de desquite para echar a la espalda los días reglamentados y tensos.

Cada cuatro años aspirará a un ascenso. En cada ocasión su ansiedad se elevará al máximo y será preso de rumores sobre quiénes y cómo le califican. Toda su familia estará pendiente de sus galoneras.

Si ha escogido las especialidades de Paracaidismo o Comando, descubrirá que la resistencia física no tiene límites; que lo sobrehumano puede llegar de la mano con los valores del cumplimiento del deber, abnegación o aprecio a sí mismo.

Hará, oportunamente, marchas regulares (24 kms.), prolongadas (32 kms.), o forzadas (60 o más de 100 kilómetros). Muchas veces mal alimentado, con un rancho de campaña, deberá dar el ejemplo a sus subalternos. Le han insuflado que más que jefe y autoridad, debe ser líder y guía. Hará cursos de supervivencia internado en la floresta o en la más desolada región. Se arrastrará como los reptiles, comerá hierbas y asimilará conocimientos seculares sobre el poder de las más insignificantes plantas o minerales.

Arriesgará muchas veces la vida en cualquier entrenamiento con armas o explosivos. Grabará en su mente que debe cuidar su armamento tanto como a sí mismo y que, en

cumplimiento del deber, no pestañeará para disparar a sus semejantes.

Como Teniente, deberá proseguir su capacitación. Un Curso Básico le permitirá el acceso al grado de Capitán. Para muchos militares hoy en el retiro, acompañados de placas recordatorias, estatuitas y fotografías, el grado de capitán es el más excelso de la vida militar. Es el momento cumbre en el que, por primera vez, tiene mando sobre otros oficiales, formados con la misma disciplina y mística, que lo estarán observando para emularlo o para censurarlo mentalmente.

Posteriormente, deberá seguir el Curso Avanzado. Y luego, soñará con lucir en el pecho la divisa de haber seguido el curso de Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra. Su carrera quedaría trunca si no accediese a ese plantel.

Ya como Comandante habrá llegado al nivel de ejercicio autó-



nomio del mando y decidirá sobre una unidad. Más tarde, como Coronel, podrá mirar atrás y sonreír. Un vehículo le será asignado, eventualmente con chofer. Tendrá derecho a 100 galones de gasolina al mes, lo que se sumará al disfrute del Bazar del Ejército, a la vivienda en la Villa Militar (o a una modesta compensación por este concepto) y al uso de los centros sociales y de recreación de los oficiales.

Si amerita su ingreso, llevará el

curso de Defensa Nacional en el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), donde optará una especie de doctorado en las ciencias militares. Ante él desfilarán autoridades gubernamentales y calificados profesionales y académicos del medio para impartirle conocimientos.

Cuando menos lo piense, descubrirá que serán muy pocos colegas del Ejército los que no le brinden el saludo primero. Habrá acumulado un conocimiento cabal de la institución, de sus reglas y sus límites y un panorama vívido de la realidad del país: con todo lo ubérrimo de sus recursos y con toda la desolación y miseria de sus villorios alejados.

Un día le impondrán las insignias de divisionario y aspirará, por lógica carrera de sucesión, a la Comandancia General del Ejército. Contará cuántos generales están por encima y los días que faltan para que se retiren. En su haber habrá condecoraciones de los pueblos que lo tuvieron como Jefe de Región Militar o como Agregado Militar en el exterior, y accederá a los más selectos grupos nacionales, donde las decisiones pueden afectar a toda la nación.



Y también un día esplendoroso, cuando el pendón nacional esté en lo alto del Cuartel General del Ejército, las tropas formarán en su honor. Pasará al retiro tras 36 años de vida profesional y 4 de estudios como cadete. Para entonces, o habrá registrado experiencias que a pocos hombres se les brinda y que lo acompañarán en sus cuarteles de invierno, o llevará una pequeña gran frustración: el haber sido preparado para la guerra y no haber disparado jamás un tiro contra el enemigo.

Para cuando ese día llegue, tendrá una pensión vitalicia de algo menos de 1000 dólares mensuales, un capital en su propia carrera que le servirá para ocuparse en la vida civil y, quién sabe, la satisfacción del deber cumplido y de haber sostenido con sus brazos la paz. ■

Cuando un Cheque
es simplemente
un Cheque,
es un
buen Cheque,
simplemente.

**Pero cuando
un Cheque
es el único
Cheque
garantizado, es
CONTICHEQUE.**

**Un nuevo concepto e
Marketing Bancario.
Para usted.**

| | | | | | | | |
|---|--|---------------------------------|--|-------------|--|---|--|
|  | | BANCO CONTINENTAL | | Nº 0489260 | |  | |
| | | CONTICHEQUE | | LIMA: _____ | | | |
| PÁGUESE A | | LA ORDEN DE _____ | | | | | |
| SOLES ORO | | _____ | | | | | |
| 199-1-011303 | | | | | | | |
| MEVES MARIA DEL PILAR MOSCOSO | | | | | | | |
| SAN MARTIN | | | | | | | |
| 0489260 | | ⑈00489260⑈ 011 000⑈ 1991011303⑈ | | | | | |

CONTICHEQUE.

El Banco Continental creó
CONTICHEQUE pensando en
Usted, garantizándole su aceptación
por el Comercio y público en
general.
En todo el Perú Ud. encontrará



establecimientos que le aceptan e
inclusive cambian CONTICHEQUES
por efectivo; a cualquier hora y sin
costo adicional alguno.
Por eso CONTICHEQUE es mucho
más que un cheque.

Para saber más de
CONTICHEQUE llame
a la Srta. Martha Arrieta
al Telf: 726065 anexo 1638

CONTINENTAL
Primera clase en Banca



UNMSM-CEDOC

Conocer a los Militares

Recuento personal del estilo militar de gobierno y actividad política



Federico Velarde
Investigador en DESCO

Para quienes ingresamos a la Universidad y a la actividad política a mediados de la década del 50, la imagen del militar estaba muy marcada por dos experiencias: por un lado, los finales de la corrupta dictadura del general Odría, gobierno dictatorial y entregado al servicio de la derecha económica; por otro, el contacto con nuestros instructores premilitares, que en la Universidad, como antes en el colegio, no se caracterizaban precisamente por ser nuestros maestros más inteligentes, y quienes, en función de valores que nos sonaban extraños, nos exigían disciplina irracional: “las órdenes se cumplen sin duda ni murmuraciones”. En resumen y caricaturizando, el militar era aquel individuo que en función de valores sumamente ambiguos, pero afirmados con gran seguridad, exigía disciplina, esfuerzo y resistencia física, y la institución castrense era la columna vertebral de un poder político al servicio de la derecha económica.

En 1962 vimos un tipo distinto de militares. Primero, curiosamente, ofrecieron quedarse en el gobierno sólo un año, convocar a elecciones, respetar el resultado y efectivamente cumplieron su promesa; segundo, hablaban un lenguaje más propio de técnicos que de los militares que conocimos; usaban palabras tales como desarrollo, planificación, integración. Y dígame lo que se quiera hoy día, era neta en esa época su clara predilección por el arquitecto Belaún-



“EN LA DÉCADA del 50, el general Manuel A. Odría representa el gobierno dictatorial entregado al servicio de la derecha económica”

de y su mensaje nacionalista y de reformas sociales.

Sólo cinco años duró la frustrada experiencia reformista del Presidente Belaúnde y asistimos, el 3 de octubre de 1968, a un nuevo golpe militar, que no sólo en seis días tomaba la refinería de Talara, sino que planteaba la necesidad de cambios en el país y que éstos se realizaran en favor de las mayorías nacionales, estableciendo un orden más justo. Meses más tarde, un significativo grupo de civiles, de origen marcadamente antimilitarista, comenzamos a colaborar con ese gobierno y algunos nos convertimos en militantes de ese proceso durante la primera fase, bajo la conducción del general Velasco Alvarado. Independientemente de las opiniones personales frente a ese

gobierno, es evidente que esa nueva intervención política de la institución castrense marcaba dos diferencias tajantes con anteriores gobiernos militares: una, la presencia institucional y no la de un general que actuaba “en nombre de”; y la otra, un señalado propósito de transformar el país.

No es el motivo de este artículo valorar cuál fue el aporte significativo de esta experiencia a la vida política nacional. Nuestro propósito, más bien, es ayudar a percibir mejor a este conjunto de hombres de uniforme que forman “la Fuerza Armada”.

En el contacto con los militares se percibía, rápidamente, que la Fuerza Armada no era una sola institución, y que debía hablarse del Ejército, la Marina y la Aviación.

No sólo se diferenciaban por el color de sus uniformes y la manera de denominar los diferentes grados de su carrera, sino que se percibían distintos entre sí. Era evidente, también, que el origen social medio de los militares era distinto al de los marinos. Estos, en su mayoría, provenían de los colegios religiosos capitalinos, mientras que los del ejérci-

cuchos", nombres de algunas promociones. A esta diferenciación de tipo promocional o generacional se agregaba otra diferenciación que, rápidamente, salía a la luz: se hablaba de artillería, caballería, infantería o ingeniería, como armas, y de servicios como intendencia, material de guerra y comunicaciones. En este caso, aunque en menor gra-

lizar el excelente trabajo "Los militares en la política mundial" de S.E. Finer, quien señala algunas características que se repiten en todos los ejércitos profesionales del mundo, cualquiera que sea su signo ideológico-político. Primero, comando centralizado: una unidad de mando único y de la cual parten las decisiones fundamentales. Segundo, una institución jerárquica: el ejército tiene un cuadro jerárquico muy claro, todo miembro tiene un lugar en una escala, no existen dos hombres iguales en el ejército, siempre hay uno que manda y otro que obedece. Tercero, disciplina: "Las órdenes se cumplen sin duda ni murmuraciones", es parte integrante y fundamental del comportamiento castrense. Cuarto, la intercomunicación: entre las diferentes unidades, espaciales o funcionales, de la institución, deben existir permanentes canales de comunicación fluida. Quinta y última, el alto "espíritu



"EN 1962 vimos un tipo distinto de militares: ofrecieron quedarse un solo año en el gobierno, convocar a elecciones y respetar los resultados"

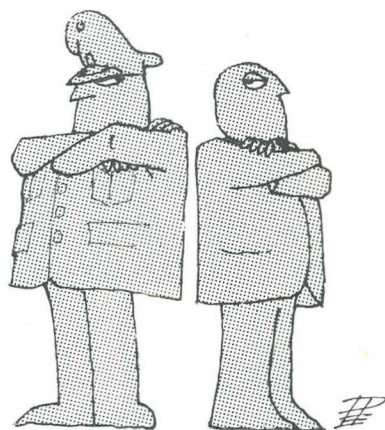
to tenían orígenes provincianos y formación en colegios estatales. Era claro, además, que cuando se caracterizaban a sí mismo como "verdes", "azules" o "blancos", no utilizaban la referencia al color de sus uniformes sólo como un elemento de diferenciación, sino que había una connotación de rivalidad y de sentimiento de superioridad de cada institución frente a las otras.

De esta primera diferenciación entre las tres instituciones castrenses pasamos, luego, a percibir que los todos monolíticos que aparentaban ser cada una de ellas, a su vez, presentaban diferencias importantes. Teníamos, así, una continua referencia a las promociones que las integraban. Era frecuente escuchar referencias a los "junines", los "aya-

do, también había connotaciones que indicaban no solamente diferencias, sino también rivalidades.

Otro aspecto que saltaba rápidamente en la conversación era la sistemática alusión al grado, la antigüedad y la prelación. Esto los diferenciaba no sólo en cuanto "oficiales subalternos" u oficiales "superiores", o general de brigada o de división, sino dentro de cada grado, según la antigüedad en el ascenso. Así, el orden partía desde el momento de egreso de la Escuela Militar.

Sólo los elementos indicados presentan una institución mucho más compleja de lo que, a primera vista, se puede pensar. Para superar estas apreciaciones impresionistas y tener un entendimiento más ordenado y sistemático, sería bueno uti-



de cuerpo" que los caracteriza y lleva a la institución a un cierto aislamiento del resto de la sociedad, condicionando un marcado criterio de autosuficiencia.

A estas características generales, señaladas por Finer, se agregaría un elemento que me parece fundamental y cuya importancia es creciente con el avance de los años. En la medida en que la tecnología ha tenido



EL PACIFICO

Compañía de Seguros y Reaseguros

Edificio "El Pacifico - Arequipa" AV. AREQUIPA 660 LIMA Telef. : 27-6780

avances significativos, hoy día un ejército moderno —y el peruano lo es— requiere de altos niveles de especialización para el manejo de tecnología sofisticada. Es necesario, por tanto, entrenamiento y capacitación de los cuadros. Tenemos, así, una gran cantidad de actividades académicas en el ejército; de manera que pasar por continuos cursos de entrenamiento es, prácticamente, condición para el ascenso en la vida militar.

En este sentido, es claro que el oficial de hoy siente que su grado y su ascenso no se los gana solamente por antigüedad y esfuerzo físico, sino que requiere, necesariamente, dedicación y esfuerzo personal, traducido en mayores conocimientos.

De estas características surgen algunos elementos sobre los cuales vale la pena reflexionar.

En primer lugar, la ciencia o el arte de la guerra exige una necesidad de predicción de todas las situaciones que puedan ocurrir y el enfrentamiento de cada una de estas posibles situaciones con planes alternativos, desarrollados al máximo de detalle. Esto es, frente a cada eventualidad hay que tener programada la acción más conveniente.

Lo anterior lleva a la necesidad de tener el máximo de normas preestablecidas. Se supone que, dada una orden, existe la instancia para cumplirla y no se duda de su ejecución de acuerdo a lo establecido. Lógicamente, esto exige que el personal tenga el entrenamiento, los conocimientos y habilidades para ejecutar las órdenes. La autoridad, por tanto, deviene no sólo de factores formales como antigüedad y grado, sino que éstos deben ser acompañados de autoridad real: se manda porque se conoce más y se sabe ejercer la autoridad.

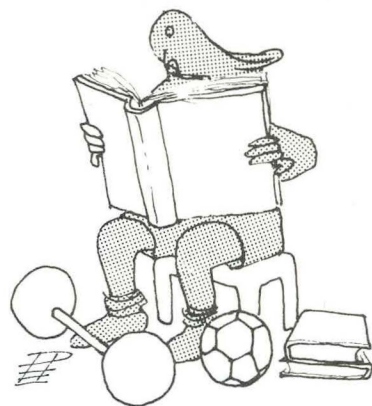
Como se comprenderá, este tipo de características y de valores propios de la institución castrense no son, precisamente, los que caracterizan ni a la burocracia peruana ni a los sectores políticos. Es más, la ac-

tividad política tiene normas de comportamiento distintos. La ocupación de los cargos formales de gobierno, sean la Presidencia de la República, Ministerios y organismos ejecutivos, responde a muy diversas variables de la antigüedad, entrenamiento y conocimiento; parte de diferentes supuestos de tipo ideológico-político, de diferentes apreciaciones de la realidad y de diferentes maneras de comprender los problemas y entender la forma de solucionarlos.

Otra característica que marca diferencias entre el quehacer propio de la acción política y el de la institución castrense, es que, en mayor o menor grado, la actividad política y de gobierno se basa (por lo menos formalmente) en la igualdad de derechos y obligaciones de personas que pueden tener diferentes capacidades. En la actividad castrense no existe “el igual que uno”, pues siempre está claramente diferenciado el que manda y el que obedece.

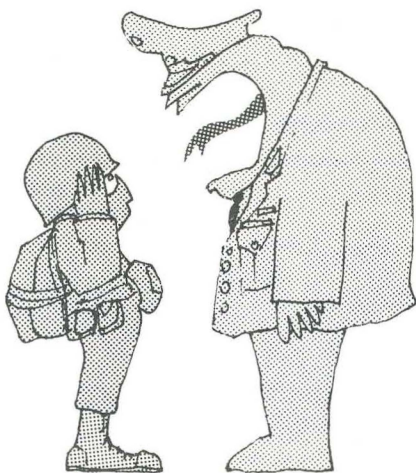
Otro elemento diferenciador es que, en el campo de la política, no basta con decidir y formular un buen dispositivo. Ello es necesario pero no suficiente, pues se necesitan condiciones adicionales para su ejecución.

De otro lado, es necesario señalar que los militares otorgan un altísimo valor a la problemática de la seguridad, considerándola en el ám-



bito de su competencia. En este campo, lo externo o internacional y lo interno o nacional, no son —según su percepción— sino distintas caras de una misma moneda.

Evidentemente, lo señalado tiene mucho de reflexión inicial y, por ende, mucho de simplificación. Esta no es una reflexión académica, sino que se trata de aportar algunos elementos de juicio para que los hombres que no usan uniforme entiendan a los que sí lo usan y ello, ciertamente, no con afán de historiar. La Constitución del 33 asignaba a la Fuerza Armada un poder exclusivamente castrense y la historia nos demostró que más fue el tiempo en que tuvimos dictaduras militares que gobiernos civiles democráticos. En el artículo 278 de la Constitución de 1980 se establece que las Fuerzas Armadas no son deliberantes y que están subordinadas al poder constitucional; en el artículo 280, se expresa que participan en el desarrollo económico y social. Si estos dos planteamientos no son armonizados entre sí y encauzados debidamente, se presentarán desinteligencias y éstas pueden terminar revelando que la solidez de nuestra democracia no es más fuerte que las páginas de la Constitución en la cual se le norma. En este sentido, creo que en la medida en que los civiles conozcamos más a los militares y, en consecuencia, podamos trabajar conjuntamente, será más factible que la democracia tenga sólidas bases para llegar a ser un sistema estable en nuestro país. ■



Sólo PERUINVEST hace de sus ahorros



una OBRA MAESTRA

UNA OBRA MAESTRA DEL AHORRO NO SOLO REQUIERE:

- 1.- La mejor rentabilidad (71.22 o/o por año) con la capitalización más apropiada cada 30 días.
- 2.- Liquidez inmediata de sus certificados mediante endoso.
- 3.- Pago de sus intereses dónde y cómo le convenga.
- 4.- Sistemas de trabajo totalmente computarizados.

Peruinvest le ofrece esto y mucho más:

Por eso, sólo PERUINVEST tiene todo lo necesario para hacer de sus ahorros una verdadera obra maestra

PORQUE TAMBIEN HACE FALTA EL ARTE DE LOGRARLO

- 1.- 23 años de experiencia en el manejo de sus ahorros.
- 2.- El mejor equipo de profesionales para aconsejarle la mejor manera de ganar con sus ahorros.
- 3.- La seguridad de sus ahorros invertidos en las empresas más solventes del país.
- 4.- Pago puntual de los mejores intereses libres de impuestos, y no sólo del 55 o/o de interés nominal.
- 5.- Imaginación creadora para dar mayor rentabilidad a su dinero en las actuales condiciones del mercado financiero.



PERUINVEST
Su empresa financiera

Oficinas: Lima, Camaná N° 398 (Plaza San Agustín) Telfs. 27-6489 y 28-5442 — Callao, Av. Sáenz Peña N° 145 — San Isidro Av. 2 de Mayo N° 1502 y en Arequipa, San Juan de Dios N° 113; y también en todas las oficinas del BANCO POPULAR DEL PERU, NUESTRO PRINCIPAL ACCIONISTA.

Consecuencias Políticas del Concepto de la Seguridad Nacional

Patricia Portocarrero S. y
Felipe Portocarrero S.

¿Seguirán los militares como una fuerza expectante y subordinada al poder civil? ¿O, movidos por un posible deterioro de las actuales circunstancias y el renovado anhelo expresado por algunos voceros (Morales Bermúdez, Mercado Jarín, Valdez Palacio), sucumbirán a la tentación de intervenir en el curso de los acontecimientos políticos? ¿Cuál podría ser el recurso al cual apelaría la Fuerza Armada para justificar una hipotética intervención? El propósito de este ar-

tículo es sugerir respuestas a estas interrogantes, centrándose en el examen del concepto de seguridad nacional, que ha sido, probablemente, la noción a la que se ha recurrido con mayor frecuencia –tanto en el Perú como en el resto de América Latina– para interrumpir procesos políticos demoliberales e imponer el gobierno y la disciplina militares sobre la sociedad civil.

En las líneas que siguen se verá, en primer lugar, la evolución que ha experimentado dicho concepto, así como las constantes básicas del pen-

samiento castrense. En segunda instancia, luego de un breve recuento de los golpes en América Latina, se rastreará, en la actual coyuntura, aquellos elementos que puedan llevar a reconstruir las perspectivas del comportamiento político de la Fuerza Armada.

SEGURIDAD NACIONAL: PIE DE ENTRADA A LA POLÍTICA

Hacia fines del segundo gobierno de Manuel Prado, las Fuerzas Armadas habían logrado una alta profesionalización a través de su preparación en el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM) y la Escuela Superior de Guerra, las que, entre otras instituciones, además de proporcionar una sistematización de su nueva posición desarrollista y aproximar a civiles y militares mediante el dictado de cursos y tratamiento de materias comunes, habían permitido “desenclavar” ideológicamente al Ejército. Como consecuencia de ello, los intelectuales militares habían ido redefiniendo la antigua doctrina geopolítica de la defensa nacional. Al respecto, el mayor Víctor Villanueva afirma que tal concepto atravesó por tres etapas claramente diferenciadas que, sintéticamente, son: a) Antes de 1959, en que el concepto descansaba so-



“ANTES DE 1959, el honor nacional y la integridad territorial constituían los rasgos claves de la ideología castrense”

bre la problemática de la acción militar contra enemigos externos: el honor nacional y la integridad territorial constituían los rasgos claves de la ideología castrense; b) A partir de 1959, en que con el impacto de la revolución cubana y el desmantelamiento del ejército regular de Batista, el concepto se asocia íntimamente con el de bienestar general, toda vez que, sin desarrollo económico y social, era imposible alcanzar el objetivo de la seguridad; c) Entre el 61 y el 65, en que ambos conceptos, seguridad y bienestar, se disocian nuevamente, para ser entendida la defensa en los términos militares tradicionales. Pero, en el 65, entra en la escena un nuevo actor: las guerrillas del MIR y ELN. El enemigo se torna, así, interno y pone a los militares en un estado de alerta permanente, pues llegan al diagnóstico de que, dentro del país —como consecuencia del atraso y el subdesarrollo—, existe un estado de subversión latente, susceptible de ser capitalizado por el peligro comunista¹. La mentalidad castrense entró, pues, en un ciclo de replanteamientos en torno a la condición y función que le correspondía en la sociedad, que la llevó a buscar una nueva ubicación, ya no al lado de las fuerzas que inhibían el cambio social, sino junto a aquellas otras que buscaban el desarrollo y fortalecimiento del Esta-

do para afrontar las desigualdades sociales que balcanizaban la Nación. En la medida en que el Ejército se concebía como el encargado de difundir el desarrollo en aras de la defensa, incursionaba en el campo de la política general del Estado.

A las etapas señaladas podríamos agregar una cuarta, en la que el enemigo se encuentra acechante en ambos frentes: el *interno*, por la permanencia y agravamiento de las desigualdades sociales, fruto, entre otros, del fracaso del reformismo militar; y, el *externo*, producto de los irresueltos problemas fronterizos entre la mayor parte de los países latinoamericanos, que hoy tienen, como consecuencia, una desenfrenada carrera armamentista.

De cualquier modo, conviene subrayar que el empleo y la evolución en la definición de estos conceptos no hace más que revelar la creciente sensibilidad de los militares y su necesidad de incorporar elementos sociológicos para la comprensión de la realidad nacional en función del logro de sus objetivos tácticos y estratégicos, además, claro está, de la aplicación de fundamentos de naturaleza corporativa en el análisis de lo social.

DIMENSIONES DE LA IDEOLOGIA MILITAR

No obstante las diferentes signi-



“EN LA MEDIDA en que el Ejército se conllo en aras de la defensa, incursionaba en el

ficaciones que adquirió el concepto de seguridad nacional a lo largo de las décadas de los 50 y 60, es posible detectar una suerte de matriz básica que atraviesa los diferentes períodos. En efecto, a nuestro juicio, dos son los elementos fundantes de la mentalidad castrense: el nacionalismo y el anticomunismo.

El rasgo distintivo del nacionalismo es el estar instalado en la cotidianeidad afectiva, simbólica y valorativa de la socialización militar: al soldado se le enseña el amor a la patria, la exaltación del heroísmo —aunque en el Perú, la mayoría de las veces, el héroe haya alcanzado tal condición en las derrotas y no en las victorias—, el respeto a la bandera y al himno; en suma, todo aquello que encarna la idea de Nación. Y es que, en última instancia, la Fuerza Armada se siente responsable final del destino de la Nación. Su misión —cree ella— es cuidar de la potenciación e integración de ésta, detectando el bien del conjunto con el fin de lograr una armonía global.

La Fuerza Armada se autopercebe, pues, como la síntesis institucionalizada de los intereses nacionales. En ese sentido, cuando el Es-



“HACIA fines del segundo gobierno de Prado, las FF.AA. habían logrado una alta profesionalización a través del Centro de Altos Estudios Militares”



...debía como el encargado de difundir el desarrollo campo de la política general del estado”

tado, copado por el poder civil, es incapaz de defenderlos, la Fuerza Armada tiene el derecho y, aún más, el deber, de tomar las riendas de la conducción política, imponiendo su visión autoritaria y jerárquica de la sociedad como un imperativo categórico.

La antítesis del nacionalismo, su principio antagónico, es el desorden, el desgobierno, el desconcierto y la confusión. Es decir, la revolución con sus efectos desquiciadores sobre el statu quo. El comunismo es pues, casi por definición axiomática, el enemigo principal de la Nación y, por tanto, de la Fuerza Armada tal como hoy se le concibe. Su credo supuestamente extranjerizante, atribuye la mayoría de las veces a un complot de dimensiones internacionales, tiene como propósito sustituir el principio de autoridad por una alternativa nebulosa y sin rostro prefigurable. De ahí que lo que más espanta a la Fuerza Armada no sea tanto el comunismo como búsqueda de la justicia social, sino éste en tanto métodos y resultados a largo plazo en el orden interno y en el sistema de afiliaciones que el Perú ha mantenido con el resto del mundo

occidental y cristiano.

REGIMENES MILITARES EN AMERICA LATINA: EL CASO PERUANO

En aras del concepto de seguridad nacional y de las ideas fundantes de la mentalidad castrense, la Fuerza Armada ha interrumpido, frecuentemente, los procesos políticos demoliberales de todos los países latinoamericanos. En Brasil el 64, en Argentina el 66 y el 76, en Chile el 73, en Uruguay el 72 y el 74, y en el Perú el 68, fueron casos en que los militares salieron de sus cuarteles para imponer gobiernos autoritarios al conjunto de la sociedad civil.

Ciertamente, todas estas intervenciones se han dado en circunstancias históricas concretas y con objetivos no siempre iguales. Los golpes de la década del 60 —a excepción del peruano— fueron reacciones ante la amenaza de una subversión probable pero no necesaria del desorden imperante. Todos ellos fueron, como lo señala, lúcidamente, O'Donnell², de naturaleza preventiva y restauradora. No sucedió lo mismo en la década del 70, donde lo cruento de las intervenciones era la respuesta a la generalización de la protesta social y a una profunda crisis económica que amenazaba al sistema mismo.

En Chile, Argentina, Brasil y Uruguay, la consecución de los objetivos de defensa nacional se vio plasmada en la instauración de gobiernos represivos en lo político y liberales en lo económico. Y es que, para estas Fuerzas Armadas, las crisis interrumpidas venían gestándose desde la década del 30, época en que se inició un largo proceso de desintegración nacional, agudizado por sucesivos gobiernos tendientes a sostener el consumo popular y el crecimiento de un mercado interno protegido. Visto estaba que el desarrollismo y el reformismo populista sólo habían conducido a callejones sin salida. Buscando una alternativa diferente, las Fuerzas Armadas quedaban subyugadas por una prédica liberal-tecnocrática, que ofrecía soluciones radicales para los males del país.

En el Perú, el golpe del 68 fue también una forma de aplicar el concepto de defensa nacional, pero en un contexto social con coordenadas históricas diferentes: desmovilización popular, existencia de oligarquías regionales y formas de producción precapitalista, baja sustitución de importaciones y presencia enclavada del capital transnacional, signaban el contenido profundo de la intervención militar. El análisis de estas características llevó a los militares peruanos a percibir la necesidad de convertirse en agentes



“CHILE 1973: “En aras del concepto de Seguridad Nacional las Fuerzas Armadas han interrumpido los procesos políticos demoliberales”

dinamizadores del desarrollo. El ensayo reformista del primer gobierno de Belaúnde había sido incapaz de atacar frontalmente los males seculares de la sociedad peruana, iniciando una tímida reforma agraria, dando pasos netamente insuficientes en lo concerniente al tratamiento del capital extranjero, así como ejecutando una inocua redistribución del ingreso. Si se quería evitar una revolución "desde abajo", había que llevar a cabo estos cometidos implementando un modelo de política económica nacionalista, de-

conjunto de circunstancias que llevarían a un estrechamiento aún mayor de los márgenes democráticos formales? ¿Con qué modelo de política general y económica, en particular, reasumirían los militares el manejo del país?

Caracteriza al presente gobierno la coexistencia de un liberalismo pragmático y adaptativo con un ordenamiento democrático. Este modelo enfrenta, en las actuales circunstancias, una agudización de la crisis económica, cuyos efectos más visibles y sentidos son una incontrolable inflación y un creciente déficit fiscal. Asimismo, puede observarse la generalización de un profundo malestar social producto de la frustración en las expectativas que el gobierno propició al asumir el poder. A este cuadro se agrega un elemento particularmente grave: el fenómeno del terrorismo que progresivamente está cobrando la forma de guerrilla.

Teóricamente, podríamos conjeturar que, de ahondarse estas circunstancias, se estarían poniendo a la orden del día las causales necesarias que justificarían algunas pretensiones golpistas de ciertos sectores castrenses, que verían amenazado el *establishment*. No obstante, hagamos la pregunta a la inversa: ¿cuáles son las razones que atenuarían y, en cierto sentido, contrarrestarían tales impulsos? Una primera, es que la crisis es percibida por los militares como susceptible, aún, de ser administrada y conducida por el gobierno belaundista. La segunda se funda más en una circunstancia de orden ideológico: la inseguridad e indecisión castrenses acerca de lo que supondría una intromisión mayor en la esfera de las decisiones estatales. Ello no hace más que revelar la ausencia de polos de referencia programáticos, especialmente a nivel del modelo económico.

Abundando sobre este aspecto, habría que señalar que la Fuerza Armada se encuentra, ahora, en una suerte de limbo ideológico. No cabe duda que no se ha realizado todavía un ajuste de cuentas acerca del ve-

lasquismo. El resultado es que los militares se han quedado sin un modelo adecuado pues, si por un lado les sería difícil volver a apelar al desarrollismo estatista, no pueden tampoco recurrir al liberalismo. La coyuntura está demostrando el contundente fracaso de la alternativa liberal en todo el Cono Sur e, inclusive, en el Perú.

La alternativa asumida por un sector de la Fuerza Armada ha sido refugiarse en el apoliticismo, en la institucionalidad y en el profesionalismo castrense. Para esta tendencia, es importante la preservación del orden, pero, al carecer de un proyecto global alternativo al actual, se adscribe a la idea de que la Fuerza Armada debe tener un margen puntual y reducido de deliberación.

La cabeza visible de este grupo sería el actual Ministro de Guerra, general Luis Cisneros Vizquerra. Surge, sin embargo, una pregunta: pese a la carencia de la idea de proyecto, ¿hasta qué punto este sector podría soportar una agudización de la tensión social antes de pensar en una intervención?

Una segunda tendencia tendría al general Francisco Morales Bermúdez a la cabeza. Esta, de orientación más nacional, encuentra elementos programáticos comunes con el Apra y desde allí, evaluando y cuestionando, se plantearía como capaz de asumir las riendas del poder con una nueva versión del desarrollismo no estatista.

Por lo pronto, una intervención militar no aparece como evidente. No obstante, el deterioro económico y el desquiciamiento social podrían estar preparando el terreno para una intervención militar en tanto la democracia formal no sea capaz de resolver la encrucijada en la que la ha ubicado la historia.



"LA ALTERNATIVA asumida por un sector de la Fuerza Armada ha sido refugiarse en la institucionalidad"

sarrollista y estatista. Cabe señalar que fue sobre todo la versión reformista radical de la primera fase la que suscribió la tendencia estatista, elemento que con Morales Bermúdez pierde importancia.

LOS MILITARES: ENTRE EL CUARTEL Y EL PALACIO

Retomando la pregunta inicial de la cual se hacen eco todos los peruanos: ¿permanecerán los militares en sus cuarteles o retomarán nuevamente las riendas de la conducción del Estado? ¿Cuál sería el

1. Villanueva, Víctor.— "El CAEM y la Revolución de la Fuerza Armada". Lima, IEP, 1972.
2. O'Donnell, G.— "La Fuerza Armada y el Estado Autoritario del Cono Sur de América Latina". En: *Estado y Política en América Latina*. Editorial S. XXI.

Si usted tiene una razón para
no comprarlo...



IP Interandina



SERVICIO DE
ALQUILER

Nosotros le damos muchas para que

ALQUILE UN MONTACARGAS

Una de ellas es disponer, sólo durante el tiempo que realmente se necesita, de un montacargas de horquillas.

La fuerza, agilidad y maniobrabilidad de nuestros montacargas es otra razón para preferirlo. Las ventajas que le ofrecemos son, también, buenas razones para que nos llame hoy mismo.

- Alquiler mensual.
- Modelos de 5,000 y 8,000 lbs.
- Motor Diesel.
- Unidades nuevas.
- Disponibilidad inmediata.
- Incluye servicio de mantenimiento mecánico, SMP y SMA.



ENRIQUE FERREYROS S.A.

UNA ORGANIZACIÓN A SU SERVICIO
Av. Industrial 675 Telf. 52-3070 Aptdo. 150 Lima

Sucursales en: Piura - Chiclayo - Trujillo - Chimbote - Ica - Arequipa - Cuzco.

UNMSM-CEDOC



“confusa mezcla de guerrilla, sabotaje y terrorismo, propaganda e intimidación, combate limpio y guerra sucia...”

Guerrilla, Terrorismo: De 1965 a 1982

Héctor Béjar
Investigador del CEDEP

Apoyada decididamente por Cuba y otros países socialistas, e inspirándose en su ejemplo, la guerrilla peruana de 1965 surgió como parte del ciclo de luchas latinoamericanas intentadas con planteamientos similares en Venezuela, Guatemala, Colombia, Argentina, Brasil, Panamá, Nicaragua, Paraguay, Ecuador y Santo Domingo, y que culminaron con la trágica muerte del Comandante Ernesto Guevara en Bolivia.

Todas ellas pagaron sus errores con su propia liquidación, pero dejaron una lección de heroísmo que forma parte indelible de la historia de nuestro continente.

Si bien el MIR y el ELN —y sobre todo este último— no plantearon programas de gobierno muy precisos en 1965, trataron de realizar, mediante su acción guerrillera, los postulados por los que habían luchado la izquierda marxista y el Apra auroral desde 1930. Se trata-

ba de luchar contra el imperialismo, la oligarquía y el latifundismo, recuperar las minas y el petróleo y hacer la reforma agraria. Ubicándose fuera del sistema político, la guerrilla pretendía hacer con las armas aquello que, estando ya en la conciencia de amplios sectores del país como medidas necesarias y urgentes, los políticos de la época no habían podido —o no habían querido— hacer dentro del sistema.

El planteamiento estratégico es

***“Seguramente, quienes
luchan con las armas en
la mano saben por qué
pelean; pero dudo que sepan
para qué lo hacen***

bastante conocido.

Creíamos que, luego de algún tiempo de supervivencia en zonas determinadas y de haber logrado enraizarnos en una base social campesina, la guerrilla podría expandir su acción armada y su influencia política a otros lugares, creando más zonas o territorios liberados e influyendo decisivamente en otros sectores populares. Ello también podría permitir el aislamiento y derrota de los grupos dominantes. Este sería un proceso político de varios años que debía empezar, inevitablemente, por una fase inicial militar, pero que culminaría en un cambio radical en la situación del país, abriendo a la guerrilla, al conjunto del pueblo peruano y a sus aliados internos, el camino hacia un nuevo sistema político socialista con base y dirección popular.

La guerrilla tenía, también, normas de conducta muy rígidas: las mismas que habían observado minuciosamente vietnamitas y cubanos. No realizar ningún acto contra el pueblo; no atentar contra bienes sociales; respetar la vida de los prisioneros; no torturar ni hacer vejaciones; tomar sólo aquello que los campesinos autorizan voluntariamente y, aun así, pagar su valor. Ante el enemigo, la guerrilla usó de la fuerza; ante el pueblo utilizó la persuasión y el convencimiento. La táctica guerrillera era un instrumento de lucha política y militar; y también un arma de propaganda, que debía contrastar las calidades morales de los combatientes revo-



*“LAS Guerrillas de 1965 fueron un
acto deliberadamente heroico”*

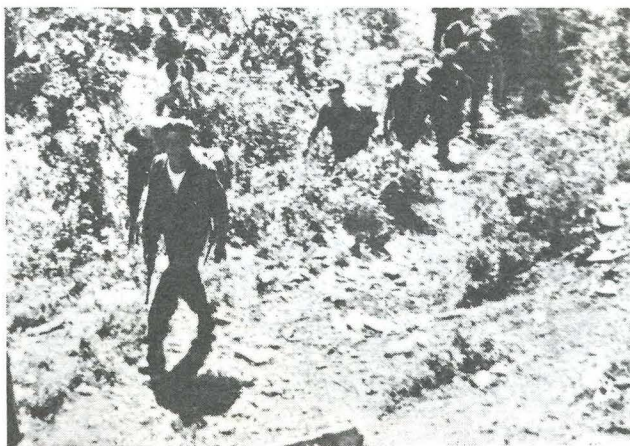
lucionarios con las arbitrariedades y abusos de la represión oligárquica.

A estas alturas del texto quizá el lector piense que estoy haciendo una apología y una idealización de la guerrilla. Sin embargo, trato de

sujetarme al máximo a la verdad histórica, a las concepciones que hace casi veinte años nos llevaron a la lucha directa. En todo caso, le aconsejo revisar documentación. Hay pocos escritos serios sobre los movimientos guerrilleros de otros países que la inspiraron, y que han sido escritos tanto por guerrilleros como por contraguerrilleros. De los primeros, el documento más notable es el *Diario* del Ché en Bolivia, una autoconfesión cotidiana, que no fue escrita para ser publicada y que, por tanto, es una prueba auténtica de cómo pensaba y actuaba quien fue el arquetipo guerrillero de aquella época. Y ese es, sin duda, un conmovedor documento de idealismo, limpieza y humanidad. De los segundos, hay textos de autores norteamericanos, escritos para sugerir formas de combatir la guerrilla; y que, sin embargo, parten del reconocimiento de sus calidades morales.

Pues bien, se me pide comparar todo lo anterior con lo que pasa actualmente en el Perú.

Yo empezaría diciendo que el movimiento de 1965 se inscribe dentro del ciclo de luchas sociales que se abrieron en nuestro país a partir de 1930 y cuyos postulados, como hemos dicho, fueron esencialmente antimperialistas y antioligárquicos. De alguna manera, ese ciclo se cerró en 1968 con las nacionalizaciones y la reforma agraria, y con la realización del programa por el que la izquierda luchó durante cuarenta años. Ahora, en 1982, estamos empezando recién la



“ES MAS fácil ser terrorista que guerrillero”

*“No realizar ningún acto
contra el pueblo; no atentar contra
bienes sociales; respetar
la vida de los prisioneros;
no torturar ni hacer
vejámenes; tomar sólo aquello
que los campesinos
autorizaban voluntariamente”*

discusión y el balance de ese ciclo; y abriendo otro, cuya culminación apenas avizoramos. Bien o mal, las nacionalizaciones y la reforma agraria ya se hicieron y se corrigieron algunas —sólo algunas— graves injusticias sociales. Nadie sabe qué debe hacerse ahora en concreto para superar las graves injusticias que todavía quedan. Las grandes consignas murieron y aún no han sido reemplazadas por otras. Nadie sabe —como antes sí se sabía con nombres y apellidos— quiénes son los que están dominando el país en realidad, porque la dominación se ha hecho más poderosa, pero también es anónima e impersonal. Ya no hay programa. O, en todo caso, estamos recién al comienzo de la discusión de un nuevo programa; una propuesta que pueda movilizar al país en el curso del nuevo ciclo que se está abriendo a partir de esta época regresiva. Quienes quieren hacer hoy la lucha armada están limitados a protestar por lo que existe o a proponer generalidades que son inviables en cualquier situación, y

que, de aplicarse, causarían una verdadera tragedia social en el país, quizá mayor que la de hoy. Seguramente, quienes luchan hoy con las armas en la mano saben por qué pelean; pero dudo que sepan *para qué* lo hacen.

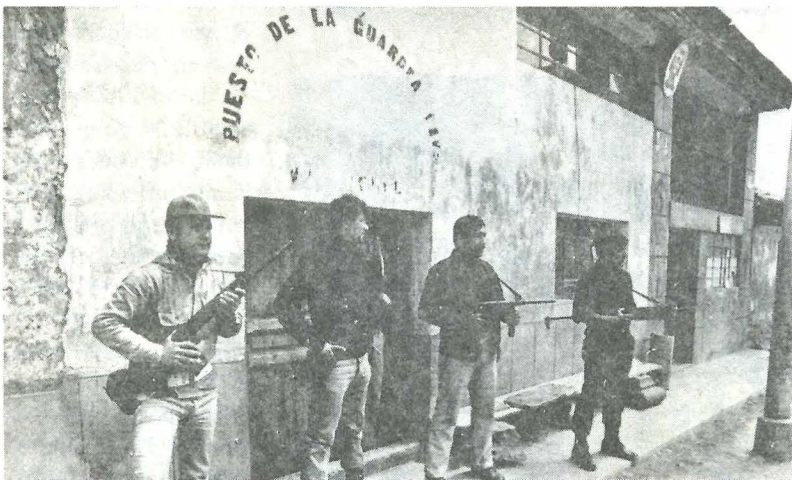
En la ausencia de programa y de modelo —digamos, de paso, que los socialismos históricos ya mostraron sus grandes vacíos y defectos— el sustituto es la fe casi fanática que se agota en la propia acción o el retorno a cierto dogmatismo ya superado por los años. Por eso, mientras la guerrilla de 1965 rompió con los dogmas de la izquierda de entonces —que procedían también del sectarismo de la Tercera Internacional de los años 30— la guerrilla de hoy parece estar reivindicando y asumiendo aquel sectarismo de la línea “clase contra clase”, cuyo exponente más notable fue el Ravines de la primera época. No hay programa pero sí hay ideologismo.

Si las guerrillas de 1965 fueron un acto deliberadamente heroico cuyos líderes fueron jóvenes de la



EDITH Lagos: murió trágicamente

clase media (e incluso clase media alta), quienes intentaron unirse así a la lucha histórica del campesinado por la tierra, Sendero Luminoso surge de los medios pobres de la capital y de los sectores pauperizados de la provincia. Me atrevería a decir que la base social de la que salen sus combatientes es diferente, como diferente también es su rostro y su lenguaje. La guerrilla de 1965 quiso estremecer al país desde la lejanía geográfica de las selvas altas, e intentó alimentarse socialmente del campesinado; la insurgencia de 1982 nace de la marginación, de la extrema pobreza —y hasta de la contaminación— citadina. Los guerrilleros de 1965 renunciaron a un futuro promisor, profesional, político o intelectual, en términos personales, para pasar a la acción revolucionaria. Los de 1982 surgen de aquellos medios en que no hay ni futuro ni esperanza. Este es, hoy día, un fenómeno más nacional, está más basado en sus propias fuerzas y también es más pragmático: puesto que carece de modelos, hace lo



“EL TERRORISMO de Sendero Luminoso carece de modelos, hace lo que cree conveniente en cada momento de su acción”

*"No se puede pretender privilegios
en medio de la miseria.*

*La suma de una
sostenida agresión económica
social y política contra
el pueblo y una democracia
vacía de contenido social
da como resultado la violencia"*



GANADO: *¿enemigos de clase?*

que cree conveniente en cada momento de su acción.

Como hemos dicho antes, la guerrilla de 1965 se basó en una concepción estratégica que concentraba la violencia contra las clases dominantes pero usaba la persuasión y el convencimiento en el campo popular. Salvo actos muy aislados, no se usó de acciones indiscriminadas. De la Puente, Lobatón, Heraud, Tello, Mercado, Velando, hubiesen sido incapaces de colocar una bomba en un cine, agredir al presidente de una comunidad campesina, dinamitar un tractor, amenazar o intimidar a los campesinos o a los maestros rurales. Aun la decisión de matar en combate fue dolorosamente difícil para ellos. Lo de hoy es una confusa mezcla de guerrilla, sabotaje y terrorismo, propaganda e intimidación, combate limpio y guerra sucia, revolución y venganza por resentimiento social. Se usa igualmente las balas o la dinamita, se puede atacar a una hacienda grande o pequeña o a una cooperativa; a una empresa extranjera, o a un pequeño

comerciante nacional. Al fin y al cabo, todos pueden resultar "traidores" o "enemigos de clase". Y, sin embargo, por eso mismo, los actos de hoy tienen, comparativamente a 1965, grandes posibilidades de reproducción: es más fácil ser terrorista que ser guerrillero. El guerrillero abandona casa y familia y hace frente a una vida difícil y dura; no esconde su identidad porque busca identificar su acción y crear un nuevo liderazgo. El terrorista esconde su identidad en las sombras; puede colocar una bomba y continuar su vida normalmente, mimetizándose en la densidad urbana. La guerrilla focalizó su presencia; el terrorismo puede atacar en cualquier lugar y contra cualquier blanco. Y, por eso, se presta también a ser complementado por acciones provocadoras, que ya no responden a motivaciones revolucionarias sino a los intereses coyunturales del enemigo, porque no tiene fronteras ideológicas.

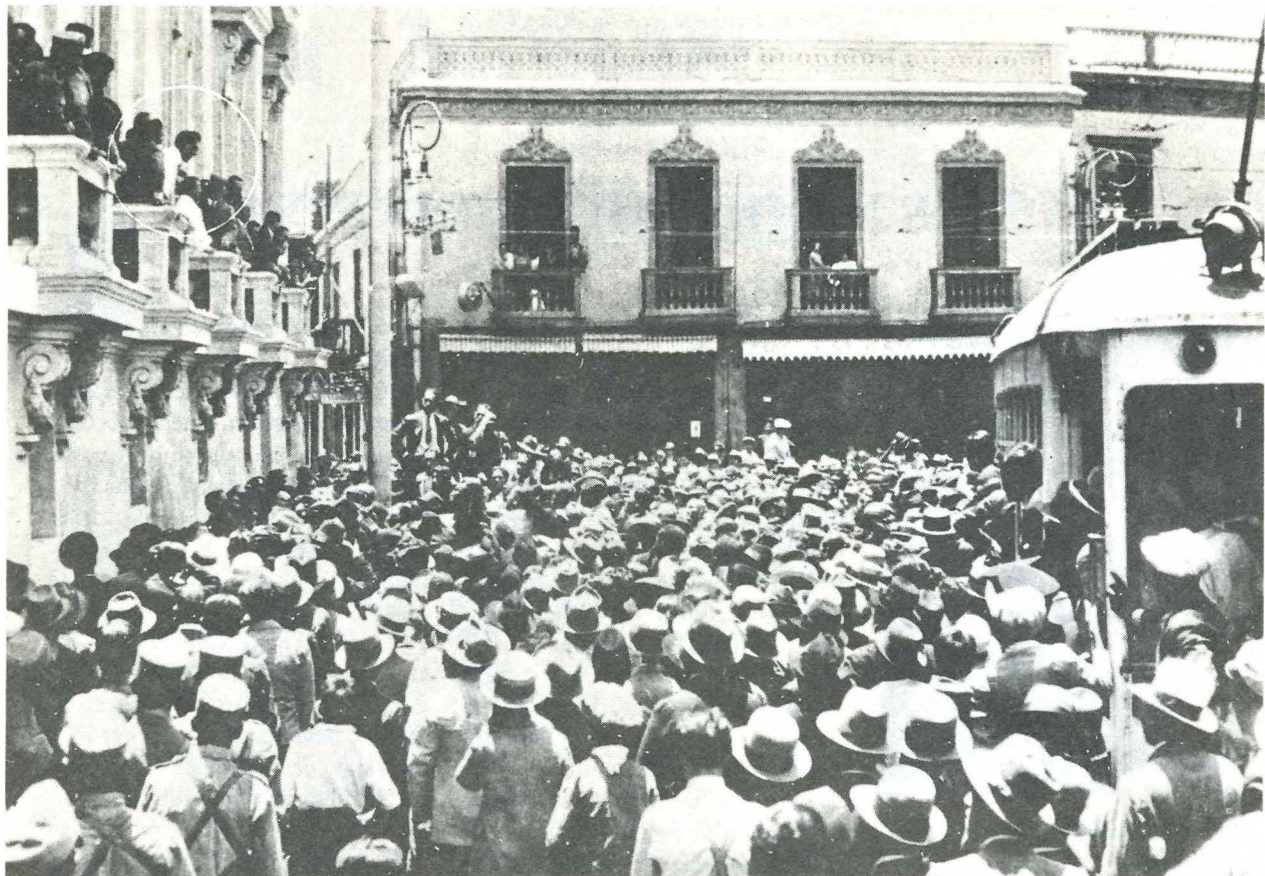
Finalmente, yo haría la pregunta inversa: si esas son las diferencias,

¿qué hay de común en ambos procesos?

En primer lugar, el marco social. Tenemos injusticia, agresión económica contra el pueblo y miseria. Los mismos personajes que en 1965 eludieron realizar reformas sociales imprescindibles y largamente postergadas, son quienes hoy tratan de retornar al pasado y traban el desarrollo que el Perú había iniciado hacia una economía independiente. Pues bien, en el pasado había abundancia, descontrol y bienestar para los ricos; pero también había protesta, violencia y guerrillas. Una cosa va con la otra. No se puede pretender privilegios en medio de la miseria, sin generar resentimiento y odio. Por eso la decisión de luchar hasta morir. Por eso también, hoy como ayer, la suma de una sostenida agresión económica, social y política contra el pueblo y una democracia vacía de contenido social, da como resultado la violencia. Al fin y al cabo, ¿no son violentos también los métodos que el sistema reproduce constantemente?



"TODOS pueden resultar traidores o enemigos de clase para "Sendero"



LUIS M. Sánchez Cerro (ver círculo), surgió como un cometa en el cielo político peruano entre 1930 y 1933

Luis M. Sánchez Cerro: El Presidente Caudillo

Steve Stein
Historiador y profesor
universitario

Lima permaneció tranquila —el comercio funcionó como de costumbre— el sábado 23 de agosto de 1930, a pesar de que el día anterior había surgido un movimiento entre los elementos militares de Arequipa para derrocar al Presidente Leguía. Tan pronto se multiplicaron los rumores de que toda la parte del sur del país apoyaba al movimiento, se congregó un pequeño grupo de individuos que marcharon por las avenidas de Lima gritan-

do su odio hacia el régimen. Los oradores callejeros urgían a los pasantes a unirse a ellos. Todos los pensamientos parecían centrarse en el rebelde comandante de Arequipa. “¡Sánchez Cerro!” “¿Quién es él?” “Un hombre valiente”. “El finalmente echará a ese viejo Leguía”. “Así lo espero”. “¿Ha escuchado usted?” “El Gabinete va a renunciar. Leguía tendrá que renunciar ahora”. “¡Viva Sánchez Cerro!”

Un victorioso Sánchez Cerro lle-

gó a Lima el 29 de agosto para ser saludado por la mayor manifestación pública en la historia peruana hasta ese momento. Este tributo al “segundo libertador” del Perú era mucho más impresionante, porque era mayormente espontáneo. A lo largo del camino, desde el aeropuerto al Palacio de Gobierno, le aguardaba una bienvenida de verdadero héroe. Grandes muchedumbres llenaban las calles a lo largo de su ruta. Las campanas repiqueteaban en las iglesias. Las mujeres echaron



SU CARACTERISTICA más saltante era su piel oscura, reveladora de su ascendencia racial mestiza

una lluvia de flores sobre el comandante rebelde a su paso bajo los balcones. Las banderas aparecieron por todas partes. El ruido de las muchedumbres era ensordecedor. Permaneciendo firmemente en pie en su auto descubierto, Sánchez Cerro saludó y sonrió en respuesta a la aclamación de la gente. En esos momentos, el llamado “Héroe de Arequipa” parecía personificar a los elementos de un nuevo Perú. Aún vestía el uniforme militar cubierto de polvo que había llevado el primer día de la revuelta. En una mano portaba un ramo de flores que le había dado una humilde vendedora de mercado; descansaba su otra mano en la culata de un revólver asegurado a su costado.

La ferviente recepción a Sánchez Cerro en Lima representaba más que un momentáneo desborde de la emoción popular. Ese día, con los recientes eventos de Arequipa dominado la conciencia pública, se forjaron los lazos entre gran-

des segmentos del pueblo limeño y el héroe revolucionario. Posteriormente, estos lazos formarían la base del movimiento político que elegiría a Sánchez Cerro para la presidencia en 1931.

La aparición de Sánchez Cerro en la escena nacional dejó una impresión duradera en la vida política peruana. Como comentara Víctor Andrés Belaúnde, significó la emergencia de un importante arquetipo político, “una suerte de resurrección del caudillismo romántico que caracterizó a los primeros años de la república”.

¿Quién era este oscuro comandante del Ejército que se había convertido en la encarnación de las esperanzas de la Nación? Racial y socialmente un mestizo, Luis M. Sánchez Cerro nació en una familia de clase media e ingresos moderados en la ciudad de Piura el 12 de agosto de 1889. Vivió en una relativa pobreza durante sus primeros años; su padre escasamente

podía juntar suficiente dinero con sus ingresos como notario para que su hijo Luis Manuel completara su educación primaria y secundaria en el sistema escolar fiscal de Piura. Cuando a la edad de dieciséis años Sánchez Cerro expresó el deseo de continuar su educación y de seguir una carrera, el paso más viable parecía ser la entrada al Colegio Militar de Chorrillos. Terminó sus estudios allí en 1910, y, cuando cuatro años más tarde ascendió en rango de Teniente a Capitán, lo hizo obteniendo el más alto puntaje en el examen de ascenso.

Desde su niñez, Sánchez Cerro mostró un ávido interés en el ejercicio del poder. Sus compañeros de colegio lo llamaban “El Dictador”, debido a la manera autoritaria con la que dirigía sus juegos juveniles. La primera vez que Sánchez Cerro expresara abiertamente sus ambiciones de convertirse en Presidente data de 1919:

cuando estaba de guardia en el Palacio de Gobierno dejó perplejo a un ordenanza quejoso al declarar “Cuando yo sea Presidente, me encargaré de tales cosas”. Aunque esto podría considerarse simplemente como una broma inocua, posteriormente, en ese mismo año, Sánchez Cerro expresó por escrito su serio intento de obtener la presidencia. El 27 de setiembre de 1919 le escribió a un oficial compañero:

Con una sonrisa, medita, detén-te un momento, y cuando tú escuches una historia acerca de mí o me veas azotando a la canalla indolente y perezosa, con un pedazo de pan en una mano y un látigo en la otra, dí que es Sánchez Cerro quien está tratando de poner a las masas en el camino correcto... dí que Sánchez Cerro, convencido de que el germen de la cobardía ha desaparecido de entre las masas, cree que ha llegado el momento oportuno para dirigir a las masas hacia el sendero correcto, el sendero que deberíamos señalar.

Además de la caracterización extremadamente peyorativa de Sánchez Cerro sobre las masas, en esta precoz etapa de su revolución, lo que es particularmente notable acerca de esta declaración es que, en ella, él predijo incluso que se rebelaría en el sur del país, diciéndole a su amigo que tomara especial nota, “cuando allí, desde el extremo sur, veas a este piurano avanzando y avanzando...”

En la década de los '20, Sánchez Cerro mostró dos veces que estaba preparado para convertir sus ambiciosas palabras en acción, pero fracasó en Iquitos en 1919 y en el Cuzco en 1922.

Leguía decidió eliminarlo de la escena peruana enviándolo a España, Italia y Francia para entrenamiento profesional adicional, pero, al regresar al país en los últimos meses de 1920, demostró que mantenía sus ambiciones políticas. En una conversación sostenida en el hogar de José Carlos Mariátegui, se

le escuchó decir: “Debo ser presidente; debo derrocar a este miserable... Estas no son ínfulas gratuitas; lo que yo digo lo hago... Juro por mi madre que ustedes continuarán escuchando acerca de mí”.

El 22 de agosto Sánchez Cerro cumplió con sus palabras, llegando a gobernar al Perú como el presidente de una junta militar por un período de seis meses, desde setiembre de 1930 hasta febrero de 1931. Una vez en Palacio de Gobierno, Sánchez Cerro basó mucho de la legitimidad de su mandato sobre el papel predominante que jugó en el derrocamiento de Leguía. Fue ayudado por el hecho de que, en los meses que siguieron a la caída del gobierno anterior, todo Lima parecía estar obsesionada con la exposición de la corrupción del oncenio.

Conscientemente, Sánchez Cerro explotó la atmósfera de odio hacia el “tirano” caído. Casi todos sus discursos contenían numerosas referencias al régimen de Leguía, hacia su propia parte en su derrocamiento, y promesas de una continua dedicación a la eliminación de todos los vestigios de un pasado vergonzoso. Además, uno de sus primeros actos como presidente fue ordenar el encarcelamiento de Leguía junto con la detención de los políticos más prominentes asociados con el “tirano” caído. Seguidamente, formó el Tribunal de Sanción Nacional, cuya sola función era la de juzgar y castigar a los miembros del gobierno anterior. La vehemencia que ponía al atacar a los leguístas era, en parte, el producto del prejuicio anticivil personal de Sánchez Cerro, una actitud alimentada durante sus días en el ejército. Para el Héroe de Arequipa y sus asociados militares, la corrupción del mandato de Leguía debe haber representado todo lo que estaba equivocado en la política civil en el Perú.

Mientras la persecución de los ex-funcionarios del oncenio fue una característica prominente de su régimen, las otras políticas llevadas a cabo por su “Gobierno de Seis Me-

ses”, sirvieron para fortalecer más directamente los lazos forjados en agosto entre el caudillo rebelde y las masas urbanas. La favorable impresión creada sería particularmente valiosa para él durante su campaña electoral subsiguiente en 1931. Aún estando en Arequipa, Sánchez Cerro inicialmente afianzó su apoyo popular al decretar la abolición del detestado programa de conscripción vial. Pero los esfuerzos de Sánchez



UN victorioso Sánchez Cerro llegó a Lima mayor manifestación pública

Cerro hacia el alivio del sufrimiento de los sectores populares limeños por causa de la depresión, probablemente contribuyeron más al asentamiento de su popularidad entre los miembros de ese sector. Tres semanas después de asumir el poder, en respuesta a los ruegos de auxilio por parte de las masas hambrientas de Lima, el presidente ordenó la distribución de raciones de comida en los cuarteles de la ciudad. Largas colas de hombres y mujeres ansiosos, a menudo con niños en sus brazos, se apretujaban para reclamar sus porciones. En 1914 el gobierno de Guillermo Billinghurst había distribuido comida en respuesta a la crisis momentánea provocada por el esta-

llido de la I Guerra Mundial. Pero ninguna administración había jamás llevado a cabo este procedimiento a tan gran escala.

Al tiempo que Sánchez Cerro se ganó la lealtad de una gran parte de la clase trabajadora de Lima durante su presidencia de la junta, reveló también algunas de sus ideas fundamentales acerca de cómo debía manejarse el país. Y si sus hechos caritativos rápidamente le ganaron el



29 de agosto de 1930 para ser saludado por la historia peruana hasta el momento

favor de casi la totalidad de las masas urbanas, otras políticas suyas pronto alejaron a grupos específicos de la clase trabajadora. Un blanco muy prominente de la hostilidad del nuevo presidente fue el movimiento obrero organizado. En las primeras semanas de su mandato varios líderes obreros expresaron su admiración por el Comandante rebelde por haber echado a Leguía. Pero cualesquiera esperanzas que estos hombres hubieran podido abrigar con respecto a un trato favorable por parte de un "nuevo tipo de militar", se vieron rápidamente disipadas por su implacable supresión de las huelgas y la proscripción de la Confederación General de Tra-

bajadores del Perú (CGTP), inmediatamente después de los violentos disturbios ocurridos en los centros mineros del interior en La Oroya y Malpaso. Las acaloradas protestas de los grupos laborales y estudiantiles, alegando que el gobierno se había convertido en el instrumento brutal del imperialismo y el despotismo extranjero cayeron en oídos sordos, ya que Sánchez Cerro permaneció firme en sus intenciones de sofocar cualesquiera movimientos que a su juicio pudieran ser obstáculos en el camino de la recuperación nacional. El nuevo trato rudo al trabajo organizado era sólo un ejemplo de la orientación, generalmente conservadora hacia la solución de los problemas del Perú, que él revelara durante su "Gobierno de Seis Meses".

Cuando Sánchez Cerro asumió el poder a fines de agosto sólo dio indicaciones vagas de cuánto tiempo intentaba retener la presidencia, señalando que la junta debería renunciar en el momento en que considerara que el país estaba preparado para un gobierno civil. Pero unos meses más tarde hubo varios indicios de que el "Héroe de Arequipa" pensaba retener el poder por largo tiempo. A pesar de la notable popularidad de Sánchez Cerro, no todos aceptaban la continuación de su mandato. Una poderosa ofensiva contra el presidente fue orquestada, inicialmente, por un grupo de jóvenes intelectuales que habían fundado el movimiento de Acción Republicana en enero de 1931. Su campaña contra la autoelección de Sánchez Cerro parece haber jugado un rol importante, al influenciar a las figuras claves nacionales para que reconsideraran su apoyo incondicional previo al "Héroe de Arequipa". Una fracción particularmente importante de esta creciente oposición se componía de oficiales militares de alto rango, que nunca pudieron aceptar completamente el estar subordinados a un mero comandante. En el mes de febrero surgió una serie de movimientos militares desarticulados en las regiones norte, centro y sur del país. En el

espacio de dos semanas siete diferentes revueltas estallaron y, por un corto período de tiempo, la nación estuvo regida simultáneamente por dos gobiernos "revolucionarios", uno en Arequipa y otro en Lima. En los últimos días de febrero de 1931 el Perú experimentó un nivel de caos político muy reminiscente de los más agitados momentos del siglo diecinueve. Estas revueltas terminaron con la dramática renuncia de Sánchez Cerro a la Presidencia.

Antes y después de su renuncia las calles de Lima fueron el escenario de demostraciones masivas apasionadas en su favor. En los momentos en que Sánchez Cerro estaba abandonando el cargo de presidente, vehementes oradores en las plazas públicas, al aplauso de grandes multitudes, prometieron su indesmayable lealtad a la "única cabeza de la revolución de Arequipa, porque si no hubiera sido por él, todavía estaríamos bajo la férula de la tiranía de Leguía, y por tanto toda la gratitud de nuestra gente es para él". Afuera del balcón de la suite del Hotel Bolívar, lugar donde vivía Sánchez Cerro después de abandonar el Palacio de Gobierno, grandes aglomeraciones de gente de la clase popular mantenían guardias de día y de noche por su amado comandante. Todos aguardaban, pacientemente, una oportunidad de escuchar a Sánchez Cerro o sólo de darle un vistazo. Nunca antes, en la memoria de los observadores contemporáneos, se había congregado la ciudadanía de tal manera para aclamar a un presidente caído. Parecía que no sólo la admiración de las masas por Sánchez Cerro permaneció intacta, sino que su popularidad había crecido probablemente como respuesta al ataque infligido a su derecho a gobernar. Y ahora a los laureles del héroe, Sánchez Cerro podía añadir los de mártir, de alguien que había sacrificado sus ambiciones políticas por el bienestar de su nación, esta vez para prevenir el estallido de una sangrienta guerra civil.

Turbas de manifestantes acompañaron a Sánchez Cerro en su tra-

Lo que importa a los importadores

NO PAGUE TODOS LOS IMPUESTOS JUNTOS



Ransa Comercial le brinda la oportunidad de retirar su mercadería importada por partes. De esta manera, sólo paga los derechos aduaneros de la mercadería retirada. Solicitenos información.

Conozca nuestro sistema. Ahorrará costos. Además, Ransa Comercial le brinda las siguientes ventajas:

- Emisión de certificados para Warrants. *
- Responsabilidad contra robos y daños.
- Facilidad para inspeccionar su mercadería.
- Rapidez para la entrega de su mercadería.
- 40 años de experiencia en el ramo.

(*) A través de una Empresa autorizada.
Cercana al puerto para mayor seguridad de su mercadería.



RANSA Comercial s.a.

AV. ARGENTINA 3257 - TELF. 299110 CALLAO

UNMSM-CEDOC

yecto lento al Puerto del Callao. Fueron los tristes testigos de la partida para el auto-exilio de un hombre a quien ellos todavía consideraban un héroe y ahora un mártir.

Unos cuatro meses más tarde otra multitud pronunció vivas exaltadas a Sánchez Cerro, nuevamente en el Callao, dándole la bienvenida a su regreso para iniciar su exitosa campaña presidencial. La manifestación terminó con serios incidentes ya que, en medio de la emoción, los soldados y la policía recibieron órdenes de dispersar a los manifestantes.

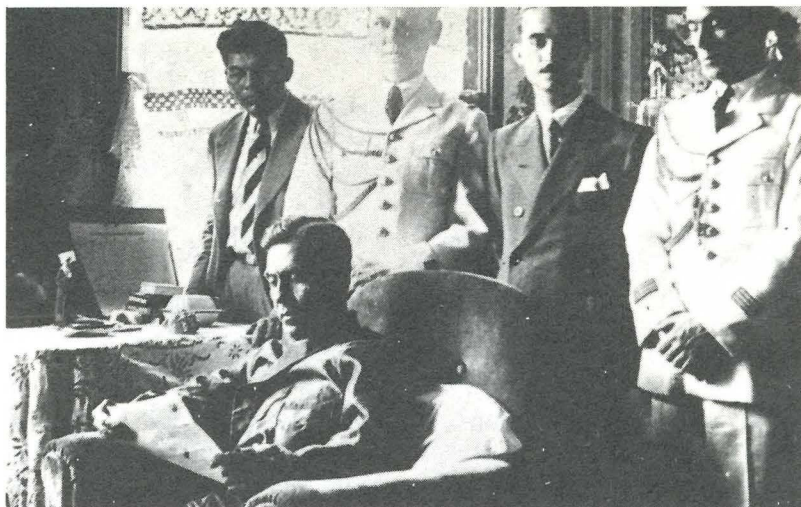
Un panadero, un obrero de construcción, un chofer de taxi, un campesino, y dos vendedores de mercado yacían seriamente heridos en las calles del Callao.

En su conjunto ellos representaban una especie de microcosmos de quienes se convertirían en los más numerosos y fieles seguidores en la campaña presidencial de Sánchez Cerro.

En los tres meses siguientes a su tormentoso regreso de Europa, Sánchez Cerro montó una vigorosa campaña durante la cual transformó con éxito este grupo, originalmente amorfo, en una fuerza política efectiva.

El estilo político de Sánchez Cerro era la importante base sobre la cual procedió a construir su edificio político. Creyendo que él estaba tratando con una ciudadanía mejor preparada para aceptar la fuerza relativamente simple de una personalidad que el lenguaje abstracto de una plataforma política, el "Héroe de Arequipa" formó su campaña alrededor de la proyección de una atractiva imagen.

Al respecto, un rasgo inmediatamente visible que tuvo particular importancia en la captura del voto de la clase popular fue la apariencia física de Sánchez Cerro. Corto de estatura y pesando unos cincuenta kilos, su característica más saltante era su piel oscura, reveladora de una ascendencia racial mestiza. Sánchez Cerro utilizó su apariencia racial para acentuar su identificación con las masas urbanas. En numerosos mo-



SANCHEZ Cerro en bata: La vehemencia que ponía al atacar a los Le-guistas era parte de un marcado prejuicio anticivil del "héroe de Arequipa"

mentos, durante la campaña, podía escucharse a sus partidarios de la clase obrera jactándose de que "él es un cholo como nosotros". Mientras muchos de los peruanos de clase alta estaban escandalizados por la posibilidad de que un hombre de orígenes sociales humildes pudiera dominar una escena política previamente ocupada casi exclusivamente por los componentes blancos de una aristocracia nacional, los sectores populares de la ciudad veían en su oscura faz a uno de los suyos, que había escalado exitosamente las alturas políticas. Aún más, ostensiblemente de la misma extracción que la mayoría de las masas urbanas, Sánchez Cerro fue una figura de confianza especial, con quien se podía contar para trabajar en el gobierno con particular esmero a favor de aquellos de linaje similar. No importaba la verdadera mezcla de sangre que fluía por sus venas; Sánchez Cerro era un cholo, un indio o un negro, según lo veían sus varios simpatizantes de la clase popular.

El Comandante-candidato fortaleció su asociación con las masas urbanas manteniendo frecuente contacto personal con ellas. Diariamente su casa política estaba atestada de gente humilde buscando una audiencia, y él generalmente los complacía. Además Sánchez Cerro trataba de asistir a celebraciones populares donde, codo a codo con los trabajadores, bailaba la marinería y,

aparentemente con real gusto, se unía a todos los aspectos de aquellas festividades. Observadores de los encuentros cara-a-cara de Sánchez Cerro con las masas comentaban que él trataba a la gente con visible afecto, como si fueran sus hijos.

Un aspecto saltante de la campaña de Sánchez Cerro fue que él animaba a la gente del pueblo a acercarse a él personalmente para pedir favores. El candidato invariablemente respondía, palmeándole el hombro, escribiendo sus nombres y, a veces, tomando dinero de su propio bolsillo para dárselo o incluso entregándoles prendas de ropas de su propio vestuario. Siempre empleando el tú y hablándoles en lenguaje simple, él podría decir: "Toma hijo, toma hija, hijito, hijita, sí; ya vamos a ver".

La experiencia de Sánchez Cerro como comandante de tropa probablemente tuvo una importante influencia en el desarrollo de una relación paternalista con sus partidarios de la masa. El había aprendido en la vida militar que un oficial era responsable por sus hombres, y esta postura se extendió fácilmente a las clases populares. El estilo político de Sánchez Cerro, eminentemente personalista y paternalista, tuvo un impacto significativo sobre los votantes potenciales de la clase popular. Parecía que el candidato mestizo, con sus modales agradables y su

lenguaje simple, comprendía bien a la masa. Asumiendo las características de una figura paterna autoritaria y benefactora, Sánchez Cerro parecía particularmente calificado para comprender y resolver los problemas de sus seguidores de los sectores más humildes. Su éxito en lograr una relación profundamente personal con ellos hacía que su campaña apareciera como una respuesta a las necesidades populares; su persona se había convertido en un lazo entre los desposeídos y la estructura de poder.

Aquellos grupos socioeconómicos que reaccionaron más favorablemente al estilo político y a la retórica de la campaña de Sánchez Cerro eran, como lo señaló despreciativamente un observador, "las heces de las clases superior e inferior". En términos de su apoyo masivo en Lima, el Comandante-candidato atraía principalmente a los miembros más desposeídos de las clases populares. Perteneciendo esencialmente a un lumpen-proletariado, los sánchezcerristas de la clase popular eran humildes vendedores en los mercados y en las calles, trabajadores de la construcción, barrenderos y obreros en pequeñas industrias de artesanía. Una gran parte de ellos eran inmigrantes recién llegados a la ciudad, algunos todavía llevaban la vestimenta provincial tradicional. En total este grupo se caracterizaba por su extrema pobreza, un alto

grado de desempleo, y una notable falta de organización sindical.

El otro importante grupo de apoyo a Sánchez Cerro, compuesto por los estratos superiores de la sociedad peruana, al comienzo desistió de respaldar a cualquier candidato mayoritario.

Ellos desconfiaron de Sánchez Cerro, considerándolo un cholo socialmente inferior, demasiado errático y sin experiencia para ejercer la presidencia. Hacia el final, sin embargo, su aversión hacia Sánchez Cerro fue momentáneamente puesta de lado ante lo que ellos consideraron una situación de creciente peligro. Viendo las manifestaciones masivas y las marchas en favor de Sánchez Cerro y Haya de la Torre, que atestaban las calles de Lima diariamente, era evidente que las clases trabajadoras se habían integrado al proceso político y que ellas jugarían un papel decisivo en la elección de un presidente. Fuera de contacto con otros sectores e incapaz de encontrar a su propio candidato, la oligarquía tomó conciencia de que sólo podía esperar ejercer una medida de control indirecto sobre las masas a través de uno de los dos candidatos con respaldo popular. Y para este grupo, Sánchez Cerro era manifiestamente el menor de los dos males.

El 11 de octubre de 1931 la mayoría de los votantes, tanto a nivel nacional (50.7%) como en Lima

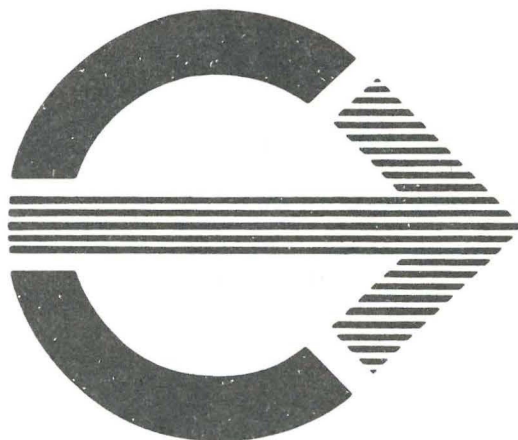
(49.5%), eligió a Sánchez Cerro a la presidencia del Perú. Su breve presidencia fue caracterizada por una estabilidad política creciente, una violenta oposición aprista, y una profunda crisis económica.

Dentro del contexto de una época tan caótica es difícil evaluar el comportamiento de Sánchez Cerro como Jefe de Estado. Apparentemente dedicó gran parte de su energía y atención a controlar y ultimadamente tratar de destruir a la oposición política. Sin embargo, fue Sánchez Cerro quien resultó destruido finalmente, víctima de la bala de un asesino el 30 de abril de 1933.

Sánchez Cerro surgió como un cometa en el cielo político peruano entre 1930 y 1933. Pocos entre aquellos que tan celosamente lo apoyaron o lo atacaron durante su campaña y su permanencia en el poder habían oído acerca de él antes de que entrara gloriosamente en Lima para proclamar su victoria contra "el tirano Leguía". Pero en el corto espacio entre su triunfal Revolución de Arequipa y su trágico asesinato, Sánchez Cerro el candidato y Sánchez Cerro el Presidente fue capaz de generar un entusiasmo hacia su persona igualado por muy pocos hombres en la historia peruana. Y aunque sería difícil hallar después de su muerte, incluso entre sus más leales seguidores, algunos que puedan citar los logros concretos de su régimen —con la sola excepción de su constante batalla contra el Apra— él continúa, aún hoy, siendo recordado con adoración por hombres y mujeres de la clase popular de su tiempo. Uno todavía puede encontrar fotografías de Sánchez Cerro al lado de los cuadros de Jesús y de los santos selectos que adornan las paredes de las moradas humildes de la capital. Y cada año, en el aniversario de su muerte, el cementerio de Lima se convierte en el escenario de reuniones dolorosas de sus fieles populares que, casi cincuenta años después, continúan venerando la figura del "Héroe de Arequipa".



"LA OLIGARQUÍA tomó conciencia de que sólo podía esperar ejercer una medida de control indirecto sobre las masas a través de Sánchez Cerro



SECREX

**compañía peruana de
seguro de crédito a la exportación s.a.**

Avda. Angamos No. 1234 - MIRAFLORES - Teléfono 41-7565
Casilla 5255 - Lima 18 PERU Télex 20388 - PE SECREX

UNMSM-CEDOC

El Comienzo de la Verdad

Alonso Cueto
Literato

Las series que Alfred Hitchcock presentó para la televisión americana de 1955 a 1962 suman un buen número de historias y, aunque estuvieron bajo el control de diferentes actores, guionistas y directores, reunían algunos de los temas del gran maestro. Recuerdo haberlas visto a una hora avanzada de la noche, con las luces apagadas, cuando se trataban sólo de unos programas de televisión y no de las series de Hitchcock. En estos últimos meses he visto otra vez algunos episodios, tan frescos y sugestivos como cuando la primera vez, hace ya tantos años.

En una de estas historias una mujer, al borde de convertirse en una solterona, pasa sus días admirando la caballerosa elegancia de un famoso ventrílocuo de la ciudad. La mujer lo sigue en sus actuaciones resaltando su perfección al verlo junto al muñeco que hace hablar a su lado. Con admiración asiste a todas sus funciones y cuando el ventrílocuo sale de gira por el país, ella reúne sus ahorros y lo sigue. Por fin, a través de un intercambio de cartas obtiene una cita con él. Esa noche, con la emoción del ansiado encuentro, la mujer llega al camarín de su príncipe azul. Al entrar se encuentra a un enano y lo

reconoce. Entonces comprende la verdad: el elegante ventrílocuo no hacía hablar a un muñeco como ella y todos habían creído hasta entonces sino que el ridículo hombrecillo hacía hablar a un elegante hombre de plástico. La mujer apenas escucha al enano y sale corriendo.

Como ocurre a veces la tragedia parece apoyarse en el malentendido y el desengaño. En otra historia dos estudiantes espían a su profesor de Biología y una noche lo ven arrojar a la basura un sombrero nuevo. Con la lógica convicción van a la policía y uno de ellos le insiste al comisario que ésta es una prueba de que el viejo hombre ha asesinado a su esposa y está deshaciéndose, poco a poco, de su ropa. Considerándolo su deber, el policía va con el sombrero nuevo que ha sacado de la basura e interroga al profesor en su casa. Un poco sorprendido, el profesor se defiende con energía de las acusaciones del crimen. “Es verdad que nos peleábamos”, le repite al policía, “pero soy incapaz de matarla. Ella me abandonó hace una semana”. Cuando el policía le recuerda que un profesor de Biología debe saber bien como deshacerse de un cadáver, el viejo hombre le demuestra al policía que es científicamente imposible. Con su prestigio restaurado el profesor despi-

de al policía que se promete no hacerle caso otra vez a los muchachos. Sin embargo, la cámara vuelve a la casa del profesor donde él se encuentra en su escritorio (como buen profesor tiene un esqueleto colgando en una esquina). El viejo hombre ordena unos papeles y está a punto de abandonar el cuarto pero antes de hacerlo, ve el sombrero y se lo pone en la cabeza al esqueleto con una parca expresión “Good night, Margaret”.

De todos los actores que pasaron por estas series, tal vez ninguno consiguió en los treinta minutos del programa crear un clima de tensión como el que creó Peter Lorre manejando su cara de enfermiza y monótona tristeza. En la recepción del hotel un joven Steve McQueen se jacta de su nuevo encendedor con una amiga. Lorre, sentado cerca de él, le propone un trato. Si su encendedor se prende diez veces seguidas, sin fallar una, le regalará un carro nuevo. Pero si falla, Lorre exigirá una pequeñez de McQueen, su dedo meñique. Luego de los preparativos en la habitación del hotel, su amiga y un nuevo testigo ven a McQueen con una mano amarrada a la mesa y la otra acariciando el encendedor que pondrá en marcha. Se produce luego una larga escena de suspenso que sólo podrá apreciar



ALFRED Hitchcock, el gran maestro del cine americano

quien la haya visto. La escena es interrumpida cuando el aparato ha funcionado siete veces; en ese momento entra a la habitación la esposa de Lorre reprimiéndolo por este nuevo experimento que, por lo visto, ha practicado muchas veces antes. La mujer aclara a todos que el triste viejo no tiene dinero ni, por supuesto, un carro nuevo que ofrecer. Desatándose, McQueen va a una esquina. Ofrece un cigarrillo a su compañera y el encendedor no se prende. Mientras tanto la esposa si-

gue reprimiendo a Lorre.

En todos estos casos la técnica es, en apariencia, elemental: la intrusión de un nuevo elemento de información, completamente ajeno a lo previsto, que modifica el sentido de los hechos anteriores. La mujer pensaba amar a un hombre pero al final ese hombre es en realidad un muñeco, el profesor construye su inocencia pero nos revela de pronto que es culpable, McQueen arriesgó su vida por un carro nuevo pero al final sabemos que la arries-

gó por un loco sin dinero. El final desmiente el sentido de toda la historia al echar por tierra sus presupuestos. Tal vez en estas historias esté reflejada una de las posibilidades del cuento: la de saber ceñirse a una sola situación para conducirla a sus límites y luego negarla.

Una de las mejores recomendaciones que se le ha dado a un cuentista es la décima regla del famoso decálogo de Horacio Quiroga que sugiere tratar a la historia como si uno mismo fuera uno de los personajes. Tal vez por eso en un buen cuento los lectores, a través de una serie de mecanismos de lenguaje, nos sentimos cerca de la escena y somos como un personaje invisible, metidos en la historia, viendo lo que pasa y a veces viviéndolo a través de uno o más de sus actores. Lo curioso es que en estos cuentos de Hitchcock el sentido es múltiple porque se trata de algo así como aventuras frustradas, de novelas de amor o de suspense interrumpidas por algo que las niega pero que sin embargo sale de ellas mismas. Todo es un malentendido. Sin embargo este descubrimiento del malentendido es imprevisto, nos coge como por asalto y, por lo tanto, puede decirse que también es parte de la aventura. En un cuento empezamos a interesarnos por los problemas económicos de Rafael Pérez; cuando estos problemas llegan a su climax y hay otros personajes envueltos en la trama, descubrimos de pronto algo absurdo: que el señor Pérez es realmente Mr. Richard Pabst o Herr Werner Haller, millonario en secreto, y que ha fingido

su pobreza con algún oscuro propósito. ¿Por qué puede asombrarnos descubrir que el personaje tiene otra identidad? Evidentemente porque el cuento ha construido su historia con el presupuesto básico de que el hombre se llama Pérez y no tiene un centavo. Cuando el final ataca los puntos de partida del cuento, entonces comprendemos que la verdad es capaz de esconderse detrás de múltiples capas y que las narraciones tienen que destruirse a sí mismas (los cuentos deben atacar sus asunciones) para que esta verdad aparezca.

En una charla radial, "The Making of Melodrama" de octubre de 1938, el joven Alfred Hitchcock habló, entre otras cosas, de las funciones del sonido en el cine. Una de sus propuestas finales es que el sonido dramático no debe revestir una escena que está ya de por sí cargada de su propio drama. Un uso cuidadoso del sonido —dice— puede ayudar a fortalecer la intensidad de la situación. Y da el siguiente ejemplo de su película "Blackmail" de unos años antes: "Una joven cometió un asesinato con un cuchillo, corrió a casa tan rápido como pudo, se escurrió a su cuarto para cambiarse de ropa y bajar al desayuno con la familia como si nada hubiera ocurrido. Mientras come, una locuaz y vieja mujer se acerca a la puerta y empieza a contar chismes sobre el crimen. 'Algo terrible', dice, 'y con un cuchillo; simplemente no es británico matar a la gente con un cuchillo... algo que solamente haría un extranjero... no es como usar un ladrillo o algo de veras británico'. Y mientras sigue hablando la cámara regresa a la joven en el comedor, oyendo las confusas frases de la mujer con solamente la palabra "cuchillo" sonando claramente al final de cada frase. Y luego de pronto la voz del padre, clara y fuerte a través de la mesa:



"SIEMPRE arriesgamos nuestra vida por algo que es de veras absurdo"

"Pásame el cuchillo de pan, Alice, querida", quedando ésta como la impresión final; y la cámara mostrándolo cortando despiadadamente a través del pan".

En esta escena un movimiento que indica suspenso —la joven corriendo a casa después del crimen— es sucedido con toda naturalidad por su alusión irónica. Sin embargo esta ambigüedad no pierde de vista la continuidad de la narración. Como buen inglés, Hitchcock sabe que el poder de la aventura está en contener sus propios matices y sus propias negaciones con las cuales aparecen los otros lados de la verdad.

Para estos cuentos que hemos re-

cordado lo importante es la "acción", que esté pasando o vaya a pasar algo. Quieren sorprender y esperan hasta el final para hacerlo. Están, pues, dirigidos al espectador. Sin embargo para cumplir con su propósito deben llegar al final sin que nadie sospeche de la sorpresa y deben disimular y parecer naturales. En el último momento, en una noche solitaria alguien nos muestra que no es quien siempre habíamos creído. En el fondo de sus ojos brilla algo que, justo a tiempo, nos asombra y reconocemos nuestro.

Imaginemos una última historia. Imaginemos, como en "La forma y la espada" de Borges, que un hombre hace el relato de un traidor y un cobarde y que nos revela, en la última frase y envuelto en gemidos, que en realidad es él de quien está hablando. Durante todo el cuento lo hemos escuchado con admiración pues nos ha hecho creer que es un valiente. De pronto descubrimos que es un cobarde y asistimos, conmovidos pero rencorosos, a su vergüenza. Al comienzo del cuento es un personaje enigmático y arisco; al final conocemos su secreto, el de su deshonesto pasado. Como en cualquier buen cuento, unas pocas líneas nos han bastado para conocer toda su vida: su cobardía, su soledad y su vergüenza. (No puedo dejar de recordar aquí el maravilloso viaje que hace 'Lord Jim' de Conrad en busca de su honra). Tal vez lo que nos quieran decir estas historias es que todas las situaciones son intercambiables y que, de algún modo, siempre nos enamoramos al igual que la solterona de un ideal o

que siempre arriesgamos nuestra vida por algo que es de veras absurdo o que detrás de todo valiente héroe pulula un miserable canalla. Tal vez por eso también podemos leerlos, como en el cuento de Borges, con una mezcla de compasión y de desprecio.



La Redefinición de las Relaciones Intralatinoamericanas e Interamericanas después del conflicto de las Malvinas.

Programa

- Corrientes de Pensamiento dominantes en los Estados Unidos respecto a América Latina en la actualidad.
Dr. David Scott Palmer.
- El Control de los Conflictos Latinoamericanos: aspectos jurídicos, tendencias actuales y perspectivas futuras.
Dr. Juan Carlos Puig.
- La Situación de América Latina frente al Mundo Desarrollado.
Embajador Jorge Morelli Pando.
- Evaluación y Perspectivas de los intentos de Integración Latinoamericana.
Dr. Radomiro Tomic.
- Naturaleza de los Conflictos Regionales en América Latina desde el punto de vista militar en la Década del 80.
General E.P. Edgardo Mercado Jarrín.
- Los Proyectos de Integración en Latinoamérica desde un punto de vista económico.
Dr. Javier Silva Ruete.

Expositores

Dr. David Scott Palmer:

Profesor de la Academia Diplomática de los EE.UU.; Presidente del Latin American Studies en el Foreign Service Institute in Arlington, Virginia. Autor del libro: Peru: The Authoritarian Tradition. Ha enseñado en Bowdoin College, Princeton University y en la Universidad de Huamanga, Perú.

Dr. Juan Carlos Puig:

Ex-Canciller de la República Argentina, actual director del Instituto de Altos Estudios Internacionales de América Latina de la Universidad Simón Bolívar.

Dr. Radomiro Tomic:

Ex-Diputado, Ex-Senador ante el Congreso de Chile, Ex-Embajador de Chile en los EE.UU., ex-candidato a la Presidencia de su país, Ex-Consejero Regional de la UNCDAC para América Latina. Ha enseñado en las Universidades de Chile, Católica de Chile, profesor visitante de la Universidad de Texas, Austin.

Gral. E.P. Edgardo Mercado Jarrín:

Ex-Canciller del Perú, Ex-Presidente del Comando Conjunto de las FF.AA., Ex-Primer Ministro y actual Director del Instituto de Estudios Geopolíticos.

Embajador Jorge Morelli Pando:

Ex-Secretario General de la Cancillería Peruana. Ex-Embajador en el Reino Unido y la Santa Sede entre otros estados. Actualmente realiza investigación en el área de relaciones internacionales.

Dr. Javier Silva Ruete:

Ex-Ministro de Economía y Finanzas, Ex-Ministro de Agricultura, Ex-Secretario Ejecutivo del Grupo Andino, Ex-Vicepresidente de la Corporación Andina de Fomento. Actualmente Consultor del Banco Interamericano de Desarrollo.

Lugar: Auditorio Banco Continental

Fecha: 27 y 28 de Octubre 1982

Valor de la Inscripción: S/. 40,000.-

Inscripciones: Alonso de Molina 1698, Monterrico

Telf. 351760 Ax. 332 ó 249

EL INGENIO DE LA INGENIERIA PERUANA PRESENTE EN



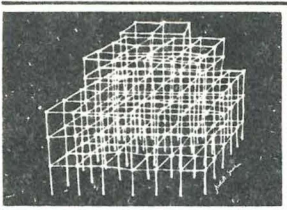
**SALUDA A LA
XVI CONVENCION DE
INGENIEROS DE MINAS DEL PERU**

8 - 12 de Nov. 1982

EMPRESA MINERA DEL CENTRO DEL PERU S.A.



UNMSM-CEDOC



Abajo el FUNCIONALISMO. Y ARRIBA ¿QUÉ? [1]

El Mirador de Lima

Augusto Ortiz de Zevallos

Con diversos nombres y variable fortuna, el funcionalismo arquitectónico ha desempeñado un papel preponderante en casi todo este siglo como una encarnación de los principios de la vida moderna en arquitectura. Esta cierta hegemonía ha tenido muchos rostros: el vanguardista heroico e inaugural de los años 10 y 20, cuando se contraponía en Europa al más rancio eclecticismismo historicista; el igualitario, que lo hizo ir frecuentemente asociado al pensamiento socialista y reformista de pre y post-guerra y el anónimo, y seriado hasta la fatiga, una vez que fue vuelto receta y burocratizado, ya fuera en los reinos capitalistas del especulador inmobiliario o en los burós soviéticos de fabricación masiva de viviendas. Por último, hoy en día, aparece inclusive el rostro nostálgico, en los ejemplos de arquitectura conscientemente reminiscente y alusiva a las arquitecturas de los años 20 y 30 de, por ejemplo, Le Corbusier. El anti-estilo de esos años se ha vuelto aquello que combatió: fuente de eclecticismos, proveedor de estereotipos.

Ha pasado abundante agua bajo los puentes. Se han satanizado y santificado, idolatrado y aborrecido, esquematizado y complicado: las cosas, los significados, las ideas y las gentes. El saldo es tierra fértil,

pero tanto para apreciaciones reveladoras y des-ideologizadas como para confusiones, caldo de cultivo para toda suerte de profetas, los que tienen algo que decir y los que no.

Nadie tiene hoy su Olimpo en orden. Y nadie sabe muy bien su papel: ni las revistas, que alguna vez fueron portavoces de actitudes claras, ni las universidades, internacionalmente, ni los colegios profesionales, los jurados de concursos, o los diseñadores mismos, quienes al expresar sus ideas e intenciones proyectuales tienen un problemático cajón de sastre como opciones de vocabulario.

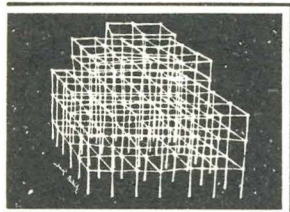
En el Perú hay un eco más bien tardío, confuso e indiscernible de estas preocupaciones, pero la crisis interior, de estructura y significados, de la arquitectura que se hace, traduce a su manera esta confusión general.

Sería impracticable y presuntuoso un intento de explicación sumaria de la problemática general de la arquitectura contemporánea y más difícil aún sería sondear en ese marco la exacta situación de la arquitectura peruana, en sus ya contradictorios términos propios, que no necesitan confusiones ajenas para inspirar las suyas. Pero cabe pensar en voz alta sobre todo esto y analizar, crítica y subjetivamente, el

panorama cotidiano, a partir quizás del estímulo revelador y sucedáneo de las arquitecturas más notorias, fuera y dentro del país. Ese ejercicio-arbitrario y espero que sugerente y polémico—es el que se inicia en esta serie de notas.

Si se revisa hoy día una página de oferta inmobiliaria en New York, por ejemplo, o si se contempla el abanico de proyectos propuestos para el espacio de Les Halles en París, o se hace referencia a un homenaje a Roma, que convocaron a los más notorios arquitectos internacionales en actividad, se percibe que —con las cortapisas a que la materialización obliga en el primer caso y con las licencias metafóricas del género libremente especulativo en los otros— la arquitectura de hoy atraviesa por una fase de manifiesto eclecticismismo. En general, se apoya en referentes apriorísticos y quiere asociarse a imágenes ya fijadas y memorizadas como gratas y atractivas por el público al que acude.

En sus fases iniciales y creyentes, la arquitectura moderna hizo lo contrario: desbaratar un lenguaje historicista manido y reiterativo que prevalecía, situar el lenguaje arquitectónico en una fase de formulación, en un *purismo*, en un constante hallazgo. Con la primera abstracción pictórica (Mondrian, Malevitch y otros) como socio histórico,



la arquitectura moderna de los años 20 desmanteló el ritual usualmente practicado para definir ceremonialmente recintos y elementos arquitectónicos. La ventana, por ejemplo, que había sido acuñada desde el Renacimiento como una unidad de forma, ritmo y significado, pudo ser un simple rectángulo, una franja continua e indiferenciada, y causar inclusive el desnudamiento y aniquilación de una fachada, la suplantación de la perforación de la masa por la transparencia total del volumen.

Y así, similarmente, ocurrió con todo: el balaustre pudo reemplazarse por tubos lineales de fierro, las cornisas por planos lisos, las leyes de forma por la expresión de la función, la unidad volumétrica por un desarreglado desdoblamiento. Sólo gradualmente fue adquiriéndose consciencia de que se cambiaba un vocabulario por otro con otras trampas rituales, y mucho más recientemente, que en ese cambio iba de contrabando un severo empobrecimiento, al perderse el código formal y el oficio antes largamente aprendido, así fuera practicado sin originalidad.

El problema fue —presentado algo burdamente— que se facilitó ilusoriamente el diseño arquitectónico. La arquitectura era, y debe ser, un ejercicio de responsabilidad ante las formas de una ciudad y una época, ante un espacio cultural de referencia. El arquitecto era un personaje atribuido de responsabilidad intelectual, un creador o materializador de imágenes de identidad colectiva. El funcionalismo fácil lo trivializó, como alguien que sabe una serie de trucos y que puede facilitar

un proceso de obtención de rentas. Lo volvió un bien de consumo.

A veces, mientras no fastidie mucho y si además acierta en otorgar prestigio social a sus resultados, se le concede una comedida ejecución de caprichos, ya que éste es el nivel que se reconoce en sus proposiciones. De sacerdote a sacristán, de ideador a burócrata prescindible, de intelectual a relacionista público o correveidile, de artista a empaquetador, el arquitecto, al empobrecer las dimensiones de su oficio, ha perdido prerrogativas.

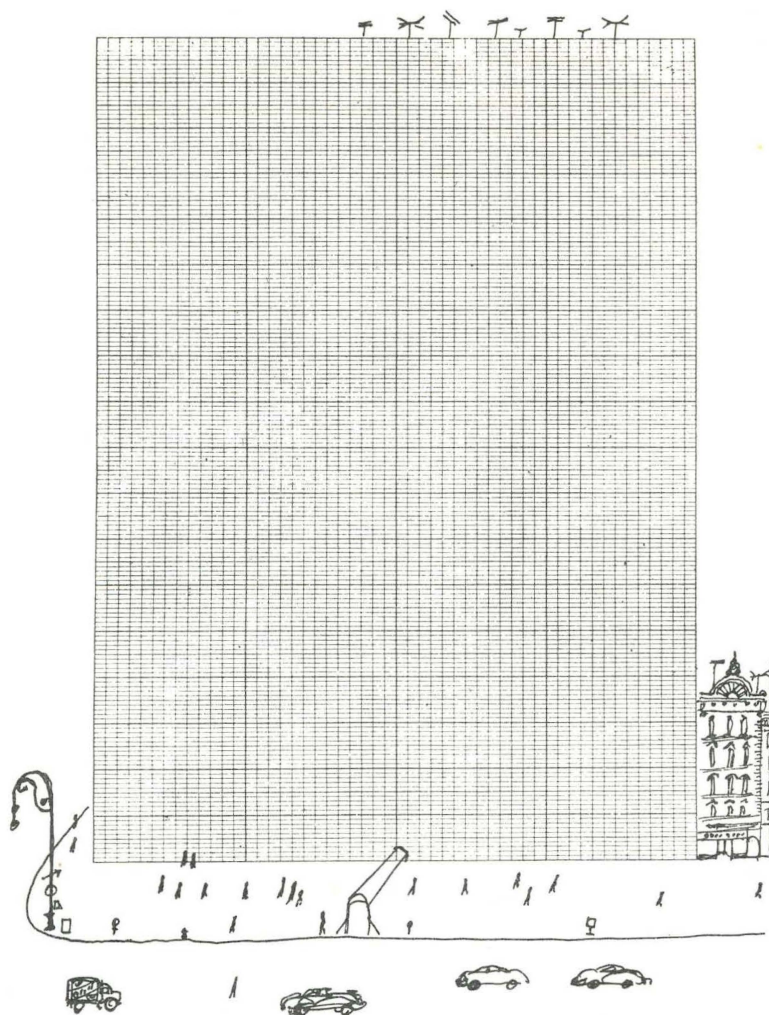
Los resultados son lamentables, no sólo para los arquitectos sino además, y principalmente, para la arquitectura y las ciudades. Lima puede dar testimonio de ello.

El proceso de construir se ha vuelto formalmente irreflexivo, como el de apilar: el objetivo es que no se caiga lo que se apila, sean cajas, casas o gentes. Y el arquitecto hace las veces de decorador y no de cocinero de tales tortas. Su capacidad de intervención se reduce —a lo más— a mezclar ingredientes ya elegidos, en dosis ya dictaminadas y a aprestar oportunamente un chisguete con poca crema.

El mal es universal, aunque hay medios en donde la arquitectura guarda todavía mayor importancia y prerrogativas. Es el caso, hoy, de algunas ciudades norteamericanas como New York; el caso de otras italianas, como Milán o Roma; españolas, como Barcelona y otras europeas, como Londres (París ciertamente no, aunque esté en proceso de recuperación su arquitectura) y algunas más urbes afortunadas. Pero, inclusive allí, los arquitectos ideadores suelen hacer proyectos

más para ser publicados que construidos. Una buena dosis de la arquitectura más importante en cuanto a formulaciones ocurre hoy en papel couché y al respecto, la reacción debe ser ambivalente. Por un lado, es absurdo que así sea pues se trata de un amor sin consumación, de un onanismo estéril. Por otro lado, así se le devuelve a la arquitectura su necesario sentido de idea y se va haciendo sitio de nuevo entre las artes. Hay un premio consuelo comercial en el asunto: un dibujo de arquitectos tales como Graves (a quien dedicáramos una nota), Leon Krier o Aldo Rossi, se cotiza en unos diez mil dólares en galerías especializadas neoyorquinas.

En otras latitudes, como es de imaginar, se discute en los medios de comunicación el dilema general de la arquitectura como un indicador fundamental y necesario de la cultura, como una medida de nuestra civilización. "Time Magazine" dedicó una carátula, hace no mucho, aunque con algún ánimo triunfalista, al hecho cierto de que los arquitectos norteamericanos hacen hoy una arquitectura cuya autoría y calidad intelectual nadie puede discutirles. Poco después incorporó una ocasional sección de Diseño y hace poco, en ella, comentó un reciente edificio público de Graves en Portland en tono algo escandalizado. *El Pompidou* en París se discutió mucho, como también el destino de su vecindario en el que estuviera el antes referido mercado de Les Halles. Las páginas editoriales y culturales de diarios como el "The Guardian" inglés o el "Le Monde" parisino, se ocupan constantemente del tema, como lo hacen regular-



mente también el “New York Times” o las mejores publicaciones españolas, italianas y europeas.

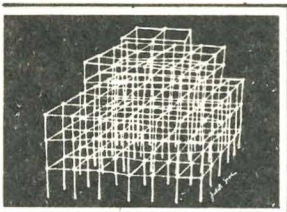
En New York, muy especialmente, hay una agudizada consciencia de los derechos y deberes de quienes ocupan algo tan fundamental y escaso como el espacio público y definen así la cambiante forma de la ciudad en que se vive todos los días. Allí, como en muchos lugares más, el público se ve consultado e invitado a opinar y la evaluación de qué hacer en un lugar determinado o de la procedencia o no de un proyecto concreto, es asunto de interés nacional y de imagen ciudadana. Actualmente, se discute el destino de la zona de Times Square, para la que hay un proyecto triunfalista de Portman, arquitecto de varios opí-

paros hoteles, el que ha motivado que personajes tan diversos como Jason Robards y Jacqueline ex-Kennedy ex-Onassis se unan a arquitectos y entusiastas locales para pararlo. El concepto es que un espacio de relevancia colectiva no debe ser convertido en mera especulación privada sin atender al interés público. También, por cierto, allí como en otras ciudades, la televisión difunde e interroga sobre estos temas. Y las ciudades van, mediante la arquitectura que acumulan, incorporando episodios significantes de sí mismas, de su personalidad e identidad histórica.

El desengaño universal (aunque aquí no nos hayamos enterado) con las posibilidades del funcionalismo ocurre por lo escaso de sus fuentes

y argumentos de diseño y por su reduccionismo del complejo problema iconográfico de la arquitectura a un territorio tramposamente simplificado de opciones. “Funciona” y “No funciona”, son las máximas celebraciones o lapidaciones de quienes ejercen este expeditivo sacerdocio. ¿De acuerdo a qué interpretación?, pues las actividades que la arquitectura alberga no ocurren de modos tan unívocos. Funcionan o no funcionan un radio, un carro o un reloj si no se escucha uno o no caminan los otros; pero la arquitectura no puede ni debe ser tan torpemente reducida. Sin embargo, los concursos de arquitectura de este país se ganan, según informan orgullosos sus jurados, cuando las plantas funcionan. Debido a que funcionan se eligieron los inocuos proyectos de las Torres de San Borja y tantos otros más. Porque funcionan son esas camiseras gigantescas tantos edificios del Golf de San Isidro y esas rumas indistintas tantos otros de la avenida Javier Prado, de José Pardo y de todos los focos de inversión inmobiliaria actual en Lima, con honrosas y escasas excepciones. Vivir o trabajar en ellos es el acto de guardarse en un clasificador. Y los municipios que los autorizan no tienen criterios cualitativos que aplicar con ellos, sino tan sólo una cartilla reglamentaria que vigila las partes y no el todo. Inclusive cuando se está en el perímetro de centros históricos, sólo se verifica normalmente la concordancia de las propuestas con estereotipos que resultan pálidos, fantasmagóricos y poco convencidos reflejos de arquitecturas anteriores.

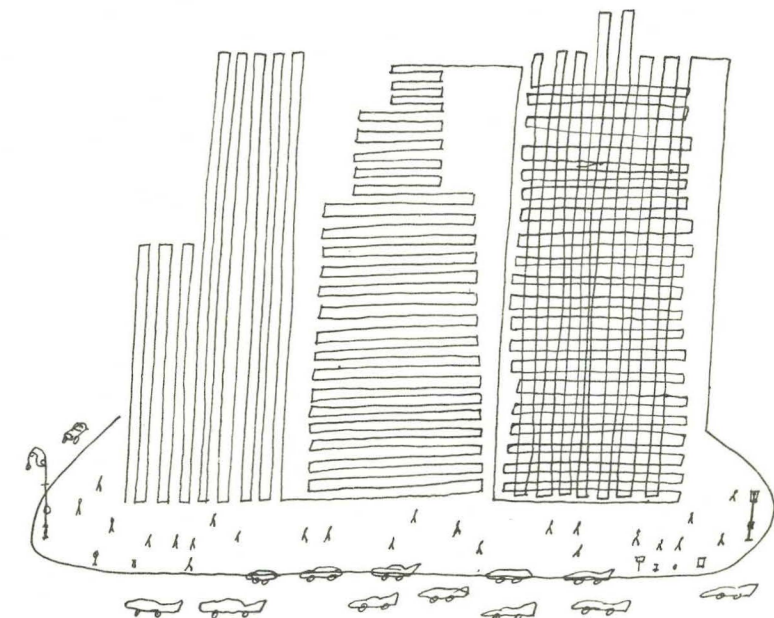
Como todo sistema que se res-



pete, nuestro proceso inmobiliario contiene sus componentes de aparente diversidad y hasta de aparente contradicción, aunque sin cambiar nada. Un arquitecto de frecuentes letreros e invicta calidad abominable descubrió un día que, si redondeaba las esquinas de las ventanas y repartía arcos como biscotelas y tejas como confites obtenía de sus clientes el éxtasis. Otros han encontrado otros modos fáciles de hacer lo mismo diferente. Javier Prado presenta un edificio desplegado en su mitad como un avioncito de papel, otro con ascensores a modo de radiografías de garganta y hay en las cercanías más de uno con una casita para Hansel y Gretel, con garaje en el piso dieciocho, u ocho. En ellos, salvo tales ocurrencias, los edificios permanecen inconvencionales, aburridos y rutinarios. Tras estas y otras exteriorizaciones uno ve la misma cosa y la pregunta es entonces seria. ¿Puede haber arquitectura valiosa y estimulante hoy? ¿A partir de qué supuestos y con qué elementos?.

Ciertamente sí; aunque según quien lo haga, claro está. Y como sabe todo cocinero, según con qué se cocine. Aquí tendríamos que aprender la estrategia de nuestra cocina, que aporta en ajíes, yerbas y sabiduría lo que le falta en carnes.

Creo, contra el escándalo de nuestra vieja guardia modernista, que hay algo saludable en el eclecticismo imperante, en cuanto confesión de que los elementos manidos del vocabulario funcional no bastan. Que la expectativa colectiva de metáforas es mayor que lo que el catecismo funcionalista permite, lo demuestra la ciudad entera con los cambios y aderezos que



la arquitectura recibe de sus usuarios. Hay, pues, que pecar. Durante demasiado tiempo fue anatema plantearse como cuestión ese problema y el diseñador intelectualizado hizo de su ejercicio uno que o era puritanamente alejado del mundanal ruido o era muy rentablemente inmerso en él. Los "arquitectos de moda" fueron principalmente los más dispuestos al cambalache formal y a complacer gustos de clientes de mucho cuidado.

Sin que esto esté superado, hoy tiende a haber anuncios de una mejor comprensión de que la arquitectura es un territorio lingüístico complejo, que se entiende y aprecia en varios niveles superpuestos y que debiera esforzarse porque en éstos tenga acceso y comprensión el público. No por la vía de renunciar al sentido que toda obra creativa debe tener, de formulación original, inventiva y exigente con el espectador en su apreciación. No ciertamente, por la vía fácil de materializar

estereotipos ya existentes, de reiterar una y otra vez lo que todos ya aceptan, de sólo complacer patrones de gusto codificado, que normalmente no perciben el hecho arquitectónico mismo sino su equivalencia numérica en prestigio social. No por la vía desprovista de intenciones y contenidos. Todo lo contrario, pero sí por un camino que revalorice la experiencia de la arquitectura como algo entretenido, como algo en donde se aloja toda la riqueza de significados que uno quiere que allí esté, siendo como es el envoltorio de la vida.

Abajo entonces el funcionalismo, como pretexto para simplificarlos (los arquitectos) nuestra responsabilidad. Por lo menos arriba no; quizás al medio, donde adquiera su condición natural de instrumento, de obligación inteligentemente entendida, su sentido de tamiz de opciones. Muerto el rey, no hay rey, felizmente, y en esas estamos. ■

ARQUITECTURA POST-

MODERNISTA EN SU CONTEXTO

Miguel Cruchaga

A primera vista, las expresiones más caracterizadas de la llamada arquitectura post-modernista parecen inspiradas en elaboraciones intelectualizadas complejas, no ajenas a una cierta dosis de ironía. Estimulados por esa impresión, los críticos de arquitectura, más que los propios arquitectos, se han encargado de ir encontrándole un sustento conceptual. Como diría Saint Exupéry, sólo hace falta que el artista conciba, para que vengan detrás de él quienes se ocupen de descubrir en el fondo de su realización un estructurado fundamento ideológico.

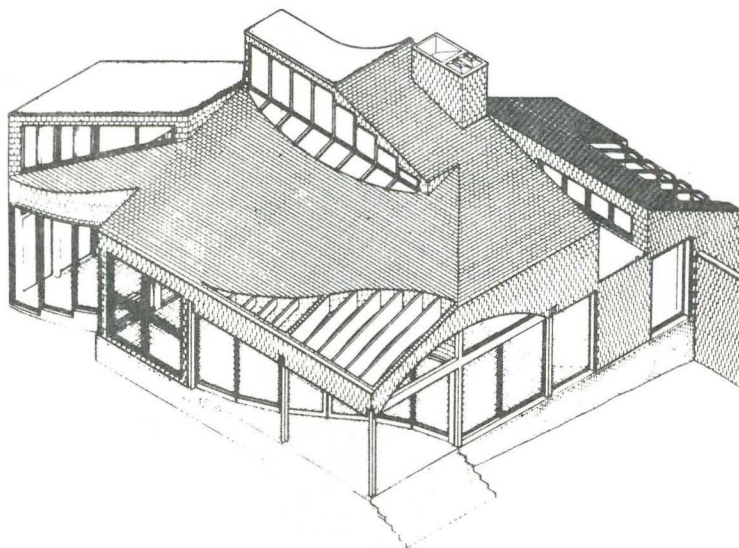
Una acuciosa observación de algunos acontecimientos sucedidos en los últimos veinte años, permite apreciar el proceso sufrido por la arquitectura norteamericana contemporánea en términos más concretos.

Al concluir la etapa de su implantación y, fundamentalmente, al ir desapareciendo sus maestros fundadores, fue tomando cuerpo un creciente cuestionamiento de su validez y vigencia. Había sido introducida por inmigrantes europeos provenientes de países empobrecidos por la guerra y desgarrados por la intolerancia política, que encontraron en Norteamérica una tierra de

promisión para la aplicación de su talento. Ellos radicaron la fuente de su inspiración en sí mismos, en su propio subconsciente transcultural. Generaron por ello una arquitectura desarraigada, abstracta e internacional, pero, al mismo tiempo, práctica, industrializable y adecuada a los requerimientos del mercado inmobiliario, en comparación, por ejemplo, con la indisciplinada arbitrariedad organicista de las alternativas wrightianas.

A medida que las nuevas generaciones de profesionales fueron superando el deslumbramiento y la fascinación iniciales, pudieron enfocar su atención hacia sus propias tradiciones creativas, de las que, de manera casi imperceptible, fueron extrayendo novedosas y sutiles expresiones arquitectónicas. Podrían mencionarse diversos ensayos significativos que tipifican esta etapa. Entre ellos es particularmente notable el caso del "Sea Ranch", un desarrollo habitacional-recreacional en la costa norte de California iniciado a comienzos de la década de los años 60.

Alguien ha dicho que la disposición de relajamiento que es inherente al balneario estimula todo género de licencias, incluso arquitectónicas. En efecto, generalmente las playas son edificadas con locales de



características que pendulan entre lo extravagante y lo sencillo; entre lo imaginativo y lo estereotipado.

Se suele diseñar en esos casos, con menor solemnidad y con mayor soltura e informalidad, lo que, con el tiempo, deja traslucir con mayor claridad las convicciones de la época.

Cuando el paisajista Lawrence Halprin esbozó las pautas a las que debían ceñirse los arquitectos que se hicieran cargo de las edificaciones para preservar el perfil ecológico de ese hermoso trozo del litoral californiano, estimuló, seguramente de manera inconsciente, los primeros "barns" de Moore, Lyndon, Turnball y Whitaker que, de algu-

primitivo asentamiento de pioneros, que sintetizan lo esencial de una refinada concepción arquitectónica, son el escenario en que formas y temas se repiten y conjugan como en una partitura de Bach. Es la respuesta a un territorio en el que la geografía y el clima son tan imponentes y el vacío de la presencia histórica del hombre tan profundo, que no cabe más arquitectura. Precisamente por mínimos, esporádicos y elementales, esos volúmenes del "Sea Ranch" producen una emoción que debe haber sobrecogido a sus propios autores, impulsándolos a continuar esos senderos sorprendentes embebidos del vértigo y la exaltación que provoca el

tituyen una excepción que hay que buscar y que, en verdad, no imprime carácter.

Se ha establecido, allí, un claro divorcio entre el gusto de los profesionales cultivados y la espontánea inclinación de la gente común. Este acontecimiento suscita reacciones diversas y el ingrediente irónico o sarcástico que subyace en algunas muestras del post-modernismo se origina, seguramente, en dicha circunstancia.

Vista de otro modo, la arquitectura post-modernista intenta constituirse en puente reconciliador entre la cultura de los arquitectos y la aspiración de los usuarios. En cualquier caso, la comunidad norteamericana ha mirado siempre con particular predilección las expresiones de la vieja cultura europea. Las formas greco-romanas son bastante recurrentes y ciertos temas renacentistas, algunas formas palatinas por ejemplo, constituyen verdaderas constantes en edificaciones de todas las épocas.

Ese aferramiento permanente a los principios clásicos, ese arraigado culto por las tradiciones, esa indeclinable vinculación con el origen cultural europeo, diferencian a la colectividad estadounidense de la vorágine apocalíptica en que vivimos los países hispánicos, siempre en vísperas de la revolución, dispuestos a la destrucción integral y ansiosos de nuevos inicios, necesariamente inéditos, cuyas características no bien terminamos de definir, estimamos ya obsoletas.

El post-modernismo norteamericano bien podría llamarse pre-modernismo. No es extraño, por ello, que algunas de sus manifestaciones se parezcan y hasta se confundan. De alguna manera constituye la expresión de una cultura que cree en la verdad inmovible del pasado, al que concibe como un eterno presente. ■



na manera, dieron inicio a lo que eventualmente devino en una corriente, tanto más amplia y vasta. En la frescura de esos primeros aposentos se percibe todo el vigor de la idea esencial y la belleza de su primera gestación.

Ese territorio de densos y extendidos bosques de pino, de fuertes vientos implacables y de un mar inaccesible, rudo y majestuoso; esas extensiones flanqueadas de playas contorneadas y rocosas que varan gigantescos troncos modelados y en medio de las cuales se yerguen pequeñas cabañas geométricas discretamente salpicadas, como en un

verdadero descubrimiento.

Los suburbios de las ciudades norteamericanas, a diferencia de lo que sucede en los fotografiados centros principales, presentan un carácter inusitadamente uniforme. Allí el modelo clásico habitacional, de raíces victorianas, se repite y combina al infinito. No existe una presencia sensible de la arquitectura contemporánea en esas áreas residenciales, a diferencia de lo que sucede en nuestras urbes latinoamericanas. En la constatación plebiscitaria de esos grandes asentamientos, las obras que difunden las revistas de circulación internacional cons-

Si Ud. no ha considerado los equipos Wang para aumentar la productividad de su oficina, realmente a Ud. no le preocupa la productividad.

La mayoría de las empresas que venden equipos de automatización de oficina no ven más allá de sus propias narices y por eso no ven las soluciones verdaderas. La automatización de la oficina no consiste sólo de "productos para la oficina". Ni está compuesta de soluciones sin futuro. Pero sí se trata de sistemas que ponen la potencia del computador al alcance de cada uno de los integrantes de su oficina.

Y eso es precisamente lo que Wang representa: la tecnología requerida para manejar y comunicar todo tipo de información, desde palabras y cifras hasta voces e imágenes, dentro de su propia oficina o alrededor del mundo. Son productos fáciles de utilizar — por los empleados que ya trabajan en su oficina; no se requieren técnicos especializados. Y los recursos que Wang posee ponen a su disposición la misma automatización de la oficina ¡en 83 países!

Ese es nuestro enfoque. Y por eso, Wang es la única empresa que le puede demostrar a Ud. los beneficios de la verdadera automatización de la oficina.

Solicite una presentación sobre la automatización de la oficina: escríbale al distribuidor autorizado de Wang... Esteban Fantappiè y Asociados (EFYASA), Av. Canaval y Moreyra Nr. 340, 2^{do} Piso, San Isidro, Lima, Perú... o mejor aún, llámelo al teléfono: 40 70 40.



WANG

Líder en Computadoras para la Automatización de la Oficina.

Wang cuenta con distribuidores en las principales ciudades latinoamericanas

UNMSM-CEDOC

Alberto Bustamante Belaunde.

FISCALIZAR A los FISCALES

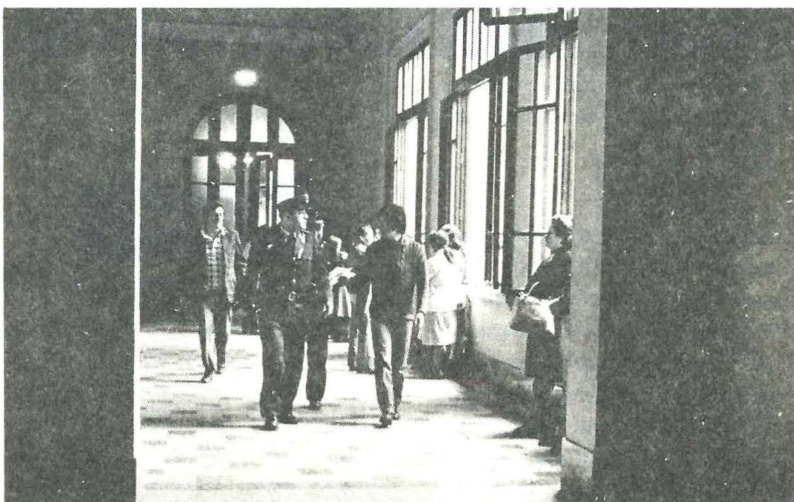
La mayor parte de los abogados litigantes están de acuerdo en que la intervención del Ministerio Público en los procesos judiciales no sólo no está contribuyendo a superar los vicios tradicionales de la administración de justicia, sino que se ha constituido, precisamente, en uno de sus más importantes e indeseables factores. Creado por la Constitución Política vigente desde 1980, el Ministerio Público ha sido objeto de legislación frondosa y no exenta de importantes defectos señalados por jueces y abogados en Lima y provincias, los que nunca dejan de observar que el nuevo y poderoso organismo está asumiendo funciones en detrimento del Poder Judicial.

El antecedente inmediato del Ministerio Público en nuestro país es el denominado "Ministerio Fiscal", que en la práctica era un organismo informe y apendicitario del Poder Judicial. La Constitución de 1980 le confiere al nuevo Ministerio Público no sólo autonomía con respecto de los poderes del Estado, sino que le proporciona organicidad, señalándole atributos a menudo parecidos a los que los países de Europa Occidental (y especialmente nórdicos) otorgan a sus fiscales y procuradores. La concepción del

Fiscal de la Nación como una suerte de "ombudsman" (tribuno defensor de los derechos y libertades del pueblo), ha sido plasmada no sólo en el propio texto constitucional, sino también en la Ley del Ministerio Público (Decreto Legislativo N° 52).

Una aproximación a la polémica es adecuada sólo si advierte que los problemas básicos que subyacen a las críticas no están precisamente en las leyes, llámense constitucionales o comunes. La Ley de Presupuesto, es cierto, yerra al disponer una dotación extraordinaria de recursos al Ministerio Público a la par que

expresa el virtual estancamiento del aporte estatal al Poder Judicial. El resultado: por ejemplo, un acomodado edificio al borde del Paseo de la República, casi íntegramente ocupado por los nuevos Fiscales (Provinciales, Superiores y Supremos), personal auxiliar, fiscales adjuntos, secretarías, procuradores, mesas, modernas máquinas de escribir y cierto orden documental. Los abogados que ingresan a este edificio de San Isidro se preguntan a menudo por qué el Poder Judicial no tiene recursos siquiera similares para que las escribanías funcionen decentemente y para que los jueces



SE ESTA asumiendo funciones en detrimento del Poder Judicial



LA ATENCION del Ministerio Público se ve ahora facilitada por los modernos mecanismos de registro y manejo de documentación



EL PODER Judicial debe contar con recursos para que las escribanías funcionen decentemente y los jueces ejerzan sus funciones con dignidad

ejerzan sus funciones con dignidad.

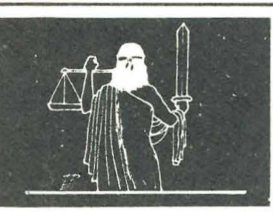
Pero nos equivocáramos gravemente si pensáramos con mezquinidad que está mal que se le dote de recursos presupuestales a un organismo que tiene como fines supremos la defensa de la legalidad y la protección de los intereses ciudadanos. Está muy mal, sí, que no se aprecie con el mismo criterio la creciente pauperización del Poder Judicial. El asunto de los recursos se vuelve delicado a la luz del examen de los resultados, en donde hasta el momento no se exhibe otro trofeo espectacular que no sea el haber puesto a Carlos Langberg en serios problemas. No está mal, tampoco, que el Ministerio Público

haya insistido en desmadejar un caso serio de corrupción política. Al contrario, está muy bien. Lo que está mal es que ése sea *el trofeo*, y no se esté todavía en condiciones de exhibir logros nacionales de igual significado y dimensión pero que afecten a quienes son amigos de la corrupción desde el Poder. Que no se haya combatido seriamente la corrupción en sus niveles más sofisticados, que no se examinen rigurosamente las licitaciones, que no sea escrupuloso en el tratamiento de los detenidos y de los presos.

Cometeríamos un grave error, también, si señaláramos al factor *composición* personal como el que está en la base de las críticas al Mi-

nisterio Público. Nadie duda que el Fiscal de la Nación y los Fiscales Supremos son personas con trayectoria y dignidad, y, por tanto, merecedoras de respeto. Nadie duda, tampoco, que muchos de los Fiscales Superiores y Provinciales son personas sensatas que están dando lo mejor de su creatividad a la nueva institución. Pueden equivocarse muchos de ellos sí, pero son al menos sensatos. Hay también material humano “de relleno” —qué duda cabe— pero ése más bien parece ser un mal nacional, no precisamente característico del Ministerio Público.

¿En dónde están, entonces, las deficiencias? ¿Cuál es la base de las críticas? Algunas anécdotas pueden contribuir a desentrañar el origen del problema. Resulta, por ejemplo, un secreto a voces, que los fiscales provinciales en lo civil —a diferencia de lo que ocurrió siempre con los antiguos “agentes fiscales”— concurren (ahora sí cumpliendo estrictamente con la ley) a los comparendos de los procedimientos de separación de cuerpos, con el objeto de oponerse (en nombre de la sociedad, la familia, el hogar, la tradición y, en fin, la patria entera) al acuerdo de voluntades de una pareja destinado en última instancia a poner fin al matrimonio. Nuestro derecho civil, aunque deja abierta la puerta para que, por ejemplo, los fiscales “superen” el trance del comparendo y ello no impide que la pareja perpetre la muerte mutuamente deseada de su matrimonio legal, exige de otro lado, bajo pena de nulidad, que los fiscales dictaminen cada caso. Antes de la implantación de las denominadas fiscalías provin-



ciales (en el contexto de la construcción del Ministerio Público), obviamente todos los entonces agentes fiscales “superaban” tal trance del comparendo, optando todos ellos, claro, aunque por razones de diversa índole, por ocupar la mayor parte de su tiempo en atender los casos de “reos en cárcel”, es decir, aquéllos sobre los que pesaba el infierno de Lurigancho, de la Carcelita, del Frontón, del Sexto, de Chorrillos, del Callao, y de todos aquellos lugares en los que existen los malhadados CRAS. Entre la libertad provisional de un narcotraficante, la reconstrucción de un homicidio publicitado, la presencia de inculcados adinerados y agraviados poderosos, los fiscales *nunca* asistían a esos solemnes y absurdos comparendos conyugales, en los que marido y mujer no hacen otra cosa que sentirse realmente incómodos y “ratificarse” en su deseo de ruptura expresada inequívocamente en un escrito para el cual—dicho sea de paso— se debería exigir una certificación notarial o judicial de la firma. Hacían bien los agentes fiscales, porque tenían en la práctica la posibilidad de priorizar urgencias sin malgastar su tiempo.

¿Qué es lo que explica este inusitado interés por la indisolubilidad del matrimonio? Al parecer, la creación en Lima de varias —demasiadas— fiscalías provinciales *en lo civil*, es un factor importante. Tienen los fiscales provinciales en lo civil intervención obligatoria en los procedimientos de tutela de menores, de incapaces y de matrimonios indisolubles. Tienen que ver, también, con la constitución de los “hogares de familia”. Como el tiempo les alcanza



EXISTE el virtual estancamiento del aporte estatal al Poder Judicial

sobradamente para ser escrupulosos hasta un extremo delirante, exigen, por ejemplo, que para autorizar la venta de los bienes de los incapaces, se cumpla con una veintena de requisitos (autoavalúos, recibos de pago, certificados, copias literales, testimonios, actas, estatutos, firmas, declaraciones juradas) que nada tienen que ver con el objeto principal: velar real y eficientemente por el interés del incapaz. Esa escrupulosidad—explicada por el tiempo de que disponen— es ejercida también para defender al Estado (como si los Procuradores Públicos no fueran los defensores del Estado) en contra de los particulares que lo sufren. Puede ser arbitrariamente destituido un funcionario público por negarse a seguir las interesadas instrucciones superiores, pero los fiscales provinciales en lo civil se encargan de pedir la nulidad del juicio entablado contra el Estado porque no se ha actuado determinada prueba ofrecida por el Procurador Público.

En vez de actuar como abogados de la sociedad civil, despojada de sus derechos por un Estado desorganizado y crecientemente arbitrario, los fiscales resultan siendo mejores abogados de este último que los propios Procuradores. Desvirtúan la Constitución y las leyes, claro, pero más significativamente aún, confunden peligrosamente los roles funcionales, revelando con gran nitidez que si la creación constitucional del Ministerio Público fue una importante innovación, en los hechos todo sigue siendo como era antes: que el precio del crecimiento de la burocracia lo pagan quienes la sufren desde abajo.

Las anécdotas no son más que eso: anécdotas. Su presentación no tiene otro propósito que evitar deliberadamente un tratamiento demasiado riguroso o académico del tema, que conduciría a consideraciones de filosofía jurídica o teoría procesal, que no parecen ser ahora interesantes ni útiles. Ilustran esas anécdotas algunas característi-

AL REVES DEL DERECHO

cas de lo que es un aspecto del “modo de producción jurídico” en el Perú, signado ambivalentemente por un vector de crecimiento y complicación, de un lado, y por uno de estancamiento y apego al formalismo tradicional, de otro lado. Todo ello, en el escenario de un nuevo aparato administrativo, voluminoso y complejo, pero que no sólo no se ha despojado del formalismo de los jueces sino que se inserta en la administración de justicia como un factor generador más de la creciente falta de credibilidad ciudadana en sus tribunales y órganos judiciales.

Pese a su creación reciente y al espíritu de modernización que anima a más de uno de sus gestores, el Ministerio Público no ha trascendido la lógica del rito formal. Es ostensible, sin embargo, que los fiscales son ahora más asequibles que antes. Es cierto, también, que la atención se ve ahora notoriamente facilitada por los mecanismos de registro y manejo de documentación

que se han introducido: los expedientes “están allá” en efecto (no “se han perdido”), y los abogados y litigantes no pasan ya por la angustia que les generaba la conducta funcional de los agentes fiscales y fiscales, que eran los parientes pobres de un ya pauperizado Poder Judicial.

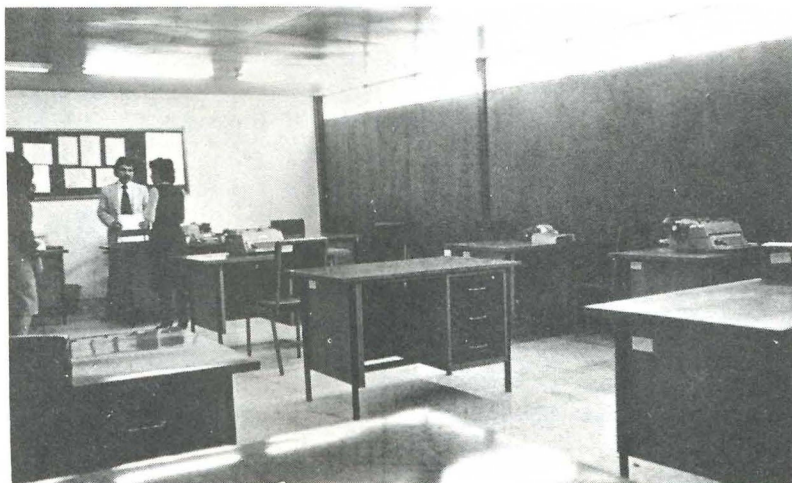
Es en el nivel de los resultados que se percibe con cierta frustración que aún no se exhiben logros trascendentes. Los resultados no dejan de ser sorprendentemente parecidos a los que generaba y genera el desempeño de los jueces, que se aproximan a la realidad con la distorsionante intermediación de la forma, la solemnidad y el apego a la letra.

Si los fiscales encontrasen un espacio de desenvolvimiento funcional más interesante, podrían aprovechar mejor una nada desdeñable infraestructura burocrática y presupuestal. Y, entonces, los fiscales provinciales en lo civil podrían encontrar en los abusos de la adminis-

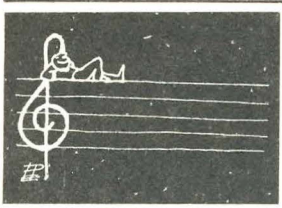
tración pública un terreno más fértil e interesante para su realización profesional que el oponerse a las separaciones por mutuo disenso o exigir requisitos alucinantes en los procedimientos no contenciosos. El encuentro de esos nuevos terrenos es tarea de los propios fiscales, sin duda, pero es posible, también, implementar políticas institucionales (capacitación, directivas, determinación de criterios) cuyo diseño corresponde a los niveles más altos de decisión del Ministerio Público.

Existen limitaciones legales evidentes, y las personas también cuentan. Unas y otras pueden sufrir modificaciones pero nada cambiará si los patrones ideológicos no se renuevan. Si no se verifica un vuelco total tanto en el entendimiento de lo real como en la exigencia de lo formal. Si no se cree, sinceramente, que la realidad está más allá de los papeles y que se puede ser buen servidor público sin incurrir en obsecuencia respecto del Estado.

A veces es importante preguntarse si no estamos pensando en Holanda o en Canadá al proponer, simplemente, lógica, sensatez y realismo en el funcionamiento concreto de este nuevo aparato del Estado. Es importante preguntarse si no estamos pidiendo demasiado. Que se trata de un asunto de políticas de control y de ejercicio de la democracia, no cabe la menor duda. El Ministerio Público cuenta con las condiciones objetivas y materiales como para innovar en el terreno de la protección efectiva de los derechos de los ciudadanos. Diseñar las políticas y mecanismos que conduzcan a ese objetivo no es tarea fácil y requiere de un gran esfuerzo creativo. ■



EL MINISTERIO Público no ha trascendido la lógica del rito formal



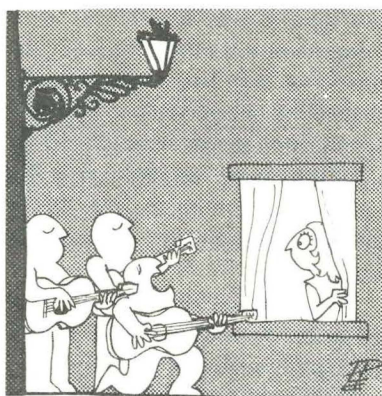
Alfredo Ostoja L.A.

EN FRANCIA HAY UN PARÍS

El recital de Yves Montand en el Metropolitan Opera House anunciaba el inicio del otoño neoyorquino y las revistas norteamericanas, con esa irresistible compulsión nacional de recurrir a la estadística, se apresaban a decir que sería el primer artista de variedades a presentarse en esa augusta institución, teniendo, además, el raro privilegio de usar, también por primera vez, un micrófono en una sala en la que la amplificación electrónica ha sido siempre considerada un anatema.

Quizás fueron algunos comentarios de los corresponsales de "Newsweek" en París sobre la identidad propia de la canción popular francesa, mundana, sofisticada, desesperanzada y cínica, con textos escritos muchas veces por poetas o trovadores cantando al amor y a las vicisitudes cotidianas del campo de batalla pequeño-burgués, los que más me interesaron.

Jacques Prévert escribió para Edith Piaf y George Brassens; Léo Ferre, Charles Aznavour y el belga Jacques Brel lo hicieron para sí mismos con esa añejada fuerza poética sin paralelo en el Nuevo Mundo. Sin duda, sin paralelo en Norteamérica, aunque quizás sí aproximadas por el tango o por algunas manifestaciones de la nue-



va canción popular latinoamericana.

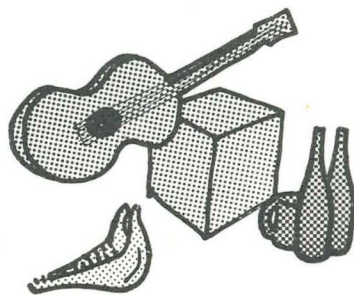
Es de allí que surgen —o resurgen— estas cuartillas, ya adelantadas por Max Hernández, sobre las letras de los vales peruanos y su exquisita huachafería, concepto al que me refiero no sólo con simpatía, sino con respeto y afecto, al reconocer en él una síntesis de lo limeño y una expresión genuina de aquello que hace de Lima una ciudad tan inverosímilmente bizarra.

He recorrido muchas veces en silencio las páginas amarillentas y anotadas de un cancionero con pretensiones, editado por el señor Fortunato O. Brown "en adhesión

al Sesquicentenario de la Independencia del Perú". Doscientos mudos vales criollos, sólo haciendo presentir distantes las guitarras y las voces que habitualmente los acompañan, hacen de sus textos un rico material para la interpretación.

Larga es la veredita alegre que conduce al puente y la alameda. No hay que olvidar que los tafe-tanes bordados y el poncho blanco de lino fueron descubiertos recientemente, por la señora —como ella suele ser llamada— Chabuca Granda, con la nostalgia evocadora de la bohemia de clase alta de Pancho Graña, Rosa Alarco, Manuel Solari y César Miró. Felipe Pinglo, en cambio, con sus resonancias de Vallejo popular, canta a la droga y a la lucha de clases. Otros lo hacen a la tisis, al amor, a la amada y a la madre.

Y, así, si pasas por la vera de la



producción más difundida de Pinglo, al expandir la vista hacia el fondo verás algún fumadero de opio del jirón Paruro, desde el que entre alucinaciones de huríes, querubes y nereidas sobre regios almohadones recostados, dice: "Droga divina, bálsamo eterno/ opio y ensueño dan vida al ser/ aspiro el humo que da grandezas/ y cuando sueño vuelvo a nacer"

Y una vez que la noche cubre ya con su negro crespón/ de la ciudad las calles que cruzan las gentes con pausada acción/ se devela el drama del hijo del pueblo que supo amar y que sufre la infamante ley de querer a una aristócrata siendo plebeyo él.

Esa dolorosa situación hará decir a ese plebeyo de ayer, que es el rebelde de hoy, que "el amor siendo humano/ tiene algo de divino/ amar no es un delito porque hasta Dios amó" y hasta gritar "¡Señor! ¿por qué los seres/ no son de igual valor?"

Serafina Quinteros y Eduardo Márquez Talledo en su incomparable "Mi primera elegía", connotando masoquismo, se dirigen al "Augusto Soberano de la Melancolía/ Señor de la Tristeza/ Monarca del Dolor" para decirle "vuestra música supo de salones dorados/ de alfombras silenciosas/ de espejos biselados/ supo de cuartos húmedos/ de rincones dantescos/ donde la tisis prende/ sus ansias temblorosas", pero como si esa ubicuidad no fuera suficiente, la canción, por designio de sus autores, "subió hasta los austeros/ palacios principescos/ y floreció en las almas/ y palpitó en las rosas".

Luis Molina, en "No me beses",

Post Scriptum

□ La presentación de la *Orquesta de Cámara de Moscú*, la que tuvo como solista invitado al pianista brasileño Arnaldo Cohen, fue extraordinaria, tanto desde el punto de vista musical como de la dimensión de los ruidos que ingresaban al remozado Teatro Municipal desde el bullicioso jirón Ica. La alarma de un automóvil vecino acompañó permanentemente a la orquesta visitante, añadiendo una especie de "alto continuo" al Concierto para cuatro violines de Vivaldi y al Concierto para piano K.V. 271 de Mozart. *Such is life in the tropics*. . .

□ En el mes de setiembre se llevó a cabo en Lima el *Congreso de Musi-*



cología auspiciado por el INC y el Programa Regional de Musicología PNUD-UNESCO en el que participaron representantes de diversos países de América Latina. La promotora del congreso fue Florencia Pierret, delegada colombiana y Directora del Primer Grupo Regional de Musicología de América Latina. Florencia trabajó como musicóloga e instrumentista durante algunos años con el Conjunto de Música Antigua de la Universidad Católica de Chile.

□ *The New York Times* en su edición del 2 de setiembre informa sobre los estados financieros de las "cinco grandes" orquestas norteamericanas (Nueva York, Boston, Filadelfia, Chicago y Cleveland, a las que ocasionalmente se añade la de Los Angeles). Un estudio comparativo preparado por la American Symphony Orchestra League, que cubre la temporada 1980-81, coloca en el primer lugar en lo que a ingresos se refiere a la Sinfónica de Boston, la cual obtuvo sumas que bordean los 11 millones de dólares. La sigue la Sinfónica de Los Angeles. No obstante, si se añaden a los ingresos propios de la temporada de conciertos, aquellos otros de conciertos extraordinarios y de otras actividades, los de la Sinfónica de Boston alcanzan 19.5 millones. La Sinfónica de Chicago bordea los





Post Scriptum

14 millones y la Filarmónica de Nueva York los 13.6 millones. Pero, hay más. En lo que a obtención de donaciones respecta la Sinfónica de Boston obtuvo 5.3 millones de dólares, sin que resulte ya necesario mencionar que la de Chicago recibió 4.4 millones y la de Nueva York “tan sólo” 2.2 millones.

La misma información incluye el monto anual de la planilla conjunta de músicos y directores estables. Ella tiene a la Sinfónica de Boston siempre a la cabeza con 5.25 millones, seguida por la Filarmónica de Nueva York con 4.57 millones. Un instrumentista de línea gana US\$ 725 a la semana en la Sinfónica de Filadelfia. Lo siguen sus colegas de Boston y Chicago con US\$ 685 y de Nueva York con 665, respectivamente.

El comentario de John Rockwel del staff del periódico neoyorquino incluye algunas inferencias que permiten especular que Larry Newland, el director asistente de la Filarmónica de Nueva York, gana aproximadamente US\$ 100,000 al año y que Zubin Mehta, el director titular, recibe US\$ 800,000 al año. Sin comentarios.

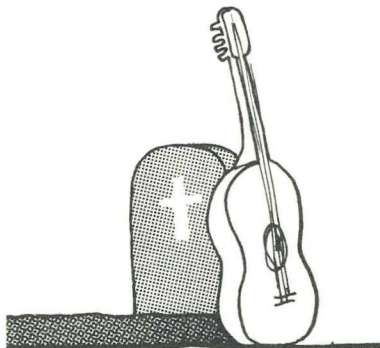
□ *Carmen Moral*, quien actualmente dirige la Sinfónica Nacional de Estambul, vino a Lima después de tres años de ausencia para dirigir en su estreno la “Sinfonía del Tercer Mundo” de Rodolfo Holzmann.

□ *Carmina Nova*, el conjunto de música antigua que dirige Christian Mantilla y que está formado por

algunos ex-integrantes de Ars Viva participó en el XIII Festival de Invierno de Campos do Jordao, Brasil.

□ *Ernesto Palacio* y el *Coro Nacional* tuvieron a su cargo el concierto con el que la *Sociedad Filarmónica de Lima* conmemoró su 75 Aniversario. Palacio, afectado en extremo, está pasando por un muy buen momento. El Coro Nacional presentó el “Romancero Gitano” para guitarra y coro de Castelnuovo-Tedesco, una obra muy grata y con muchos recuerdos para quienes trabajamos con el excelente director de coros chileno Guillermo Cárdenas Dupuy, inexplicablemente extrañado de nuestro país antes de 1980.

En lo que a jazz respecta vale la pena mencionar las presentaciones del trío alemán *Freigeweht* y la del *Jazz Club de Miraflores* que preside Julio Grisolle y dirige Carlos Roggero. Su concierto en el Auditorio del Colegio Santa Ursula promovió nostalgias y regresiones. Este conjunto se presenta todos los domingos en la acogedora casa de Julio Grisolle en la avenida Pardo de Miraflores. Verlo y oírlo es casi una obligación. ■



le dice a su amada “ser tísico es mi mal/ horrible es mi dolor/ la ciencia no puede salvarme/ sin saber quién será/ el dueño de tu amor/ para poder consolarme”, para terminar suplicándole “Ya no vengas/ no vengas a verme/ hoy siento en el pecho/ un fuerte dolor/ estoy frío, no puedo moverme/ tápame la cara/ hazme ese favor”.

En cambio, Pedro Espinel, recordando errores que son fieros y esas horas que vivió, relata, haciendo uso de insólitos tiempos verbales, que “la otra noche al remover unas misivas/ que amoroso en mi archivo guardo yo/ entre pétalos marchitos hube hallado/ un retrato que es emblema de pasión”.

Alberto Condemarín, para quien las aves ya no cantan sus amores, ni vierte su perfume la aurora matinal, no es menos apasionado cuando exclama “escucha amada mía/ la voz de los cantares/ que brotan de mi lira/ cual desolado son./ Malévola es tu ausencia/ temiendo mil azares/ enferma tengo el alma/ y herido el corazón”, para luego implorar reiterativamente que “para calmar la duda/ que tormentosa crece (¿qué tormentos acrece?)” la amada Herminelinda se acuerde de él.

Las angustiosas fantasías de muerte hacen decir a los cantores de la Guardia Vieja: “Yo te pido guardián que cuando muera/ borres los rastros de mi humilde fosa/ no permitas que nazca enredadera/ ni que coloquen funeraria losa (. . .) No dejes nada allí, destruye todo/ despedaza coronas y tarjetas/ porque un montón de cenizas y de lodo/ no merece perfumes ni violetas”, mientras “El Pirata” solicita: “Sólo pido una cosa/ para el día en

que muera/ que me arrojen al mar (. . .) No quiero que me entierren/ no quiero estar inmóvil/ oh, qué angustia tendría/ dentro de un ataúd. Más que los tiburones/ me espantan los gusanos/ quiero como un velero/irme a la eternidad”.

Miguel Paz, desdeñoso semejante a los dioses, sostiene que absurdo fuera repetir el Sermón de la Montaña, mientras proclama: “No necesito amar, tengo vergüenza/ de volver a querer como he querido/ *toda repetición es una ofensa/ y toda supresión es un olvido*”, acuñando así una de las más geniales máximas de la canción popular peruana.

El *kitsch* alcanza dimensiones particulares en Nicanor Casas. El canta: “Un día en perfecta paz/ llenos de armonía dos/ díganme si existe amor/ donde hay tanta vanidad” para concluir con “Idolo, tú eres mi amor/ préstame (empréstame) tus agonías/ que aunque fueran de dolor/ no serán como las mías”.

La sabiduría popular intuye el binomio freudiano Eros-Tanatos cuando Rafael Otero dice “Odíame, por piedad, yo te lo pido/ ódíame sin medida ni clemencia/ odio quiero más que indiferencia/ porque el rencor hiere menos que el olvido (. . .) pero ten presente, de acuerdo a la experiencia/ que tan sólo se odia lo querido”, o evoca la vertiente edípica y fetichista del “devuélveme el rosario de mi madre/ y quédate con todo lo demás”, a través de Mario Cavagnaro.

Adela, Alejandrina, Alicia, Amelia, Anita, Aurora, Eva, Gloria, Hermelinda, Julia, Mechita, Rosa, Raquel y Yolanda son sólo algunas de las protagonistas de otros tantos inauditos vales. A la última le dice

Rafael Otero “Yolanda, bendito nombre ¿quién lo ha grabado?/ ¿quién ha pintado tu boca? ¿quién pintó todo?/ *Tengo celos de aquel que con su brocha/ ha podido pintarte toda, toda*”.

El material es vastísimo y sus posibilidades, infinitas, pero —no debo olvidarlo— toda repetición es

una ofensa y toda supresión es un olvido. Termino aquí esta nota y cedo la posta. Así como en Francia hay un París y en él se rinde culto al dios Amor, en el Perú hay una Lima y en ella se le dice al *valse*: “todo lo que tú quieras yo seré/ porque has desenterrado mi alegría/ has hecho más aún, la has puesto en pie”. ■

dis@s

Stevie Wonder/ Original Musiquarium I
TAMLA
6002TC

Después de sus excelentes albums “Talking Book”, “Songs in the Key of Life” y “The Secret Life of Plants”, el genial Stevie Wonder aparece con este acuario musical que incluye obras suyas escritas y grabadas entre 1972 y 1982, muchas de ellas con nuevos y aún más enriquecidos arreglos, que sus admiradores valorarán por sí mismo, así como por su plusvalía documental.

Nadie discute la calidad de Stevie Wonder y su madurez creativa lo ha ubicado en la historia de la

música popular norteamericana, de la que es ya un clásico.

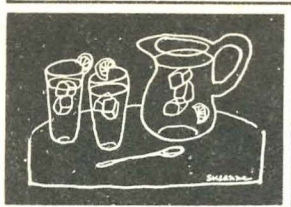
G. Ph. Telemann/ Obras para oboe a cargo de Heinz Holliger
Phillips
7300 - 797

Esta grabación tiene la peculiaridad de vincular tres elementos singulares: un compositor del barroco alemán de la estatura de Telemann (1681-1767); un instrumento de sonido casi mágico como el oboe; y, un instrumentista sobrenaturalmente virtuoso como Holliger. Quizás por eso hoy la asociación entre oboe y Holliger sea tan espontánea como lo es la de flauta travesa con Rampal.

Holliger está por encima de las muy rigurosas exigencias técnicas del oboe y su digitación y prodigioso manejo del aire lo hacen interpretar —en este caso a Telemann— plenamente liberado del angustioso proceso mecánico de la ejecución.

La selección está formada por la Partita en Sol Menor para oboe y continuo; la Sonata en Mi Menor para oboe y continuo; la Sonata en Mi Bemol para oboe, clavecín obligado y continuo; y, el Solo en Sol Menor para oboe y continuo. ■





Savarin MENÚ A LA ORDEN

No he encontrado mayores referencias a la cocina militar en la bibliografía culinaria que he revisado hasta la fecha. En realidad, no es difícil imaginarse las razones que motiven esta ausencia o, en todo caso, extrema escasez, de tratados sobre el tema, ya que, de un lado, existe un juicio apriorístico de que la comida de cuartel es mala, desabrida o monótona y, de otro, el acceso a las fuentes es difícil.

Algunas experiencias pasadas, fortuitas por cierto, me permitieron comprobar, empero, que este prejuicio no es necesariamente justo o acertado, por lo menos en el caso de los cuarteles del Ejército peruano. A principios de los años 70, por ejemplo, la comida en la guarnición de Juliaca y en el Batallón de Infantería 9 del Cusco no estaba nada mal. Más aún, era bastante buena en calidad y sabor. Igualmente, puedo dar fe de las bondades culinarias de las cocinas castrenses de Piura, por la misma época. Más sorprendente aún: en muchos casos, el rancho de tropa superaba ampliamente al de oficiales, al punto que algunos de estos últimos preferían ultimar raciones destinadas a los números, que la suya propia (Esto, como es natural, se hacía casi a hurtadillas para no quebrar la jerarquía institucional y no afectar, por tanto, ni un ápice de la unidad monolítica del ejército).

Pero lo interesante es analizar un poco más en detalle en qué consiste esta cocina militar. En primer lugar, es una comida masiva (i.e. para masas. No tiene nada que ver con la connotación psicoanalítica del término). Esta característica introduce, de por sí, una serie de limitaciones al cocinero, quien deberá ingeniárselas para que la comida tenga sabor y, eventualmente, color. Un segundo rasgo distintivo es que debe ser “llenadora”, porque el hambre que se siente durante un entrenamiento militar debe ser terrible; basta con recorrer una pista de combate con la tropa para darse cuenta de ello. Además, muchos de los reclutas llegan al mundo militar con hambre acumulado, por obvias razones. Un tercer elemento a tomar en cuenta, es que el cocinero deberá adecuarse a los ingredientes disponibles, situación que puede variar desde el capricho tipo “comando conjunto”, donde todo es obtenible, hasta la orden de “arréglate como puedas”, al parecer frecuente en puestos apartados.

En lo que se refiere a la comida propiamente dicha, sólo podré hacer algunas observaciones generales, dada mi poca experiencia en la materia y considerando mi carácter poco inclinado a la disciplina militar. Lo que más destaca en términos cuantitativos es la abundancia de papa y de menestras en la dieta rutinaria. Los frejoles y las lentejas



son plato casi obligado de las raciones diarias. Por lo general se añade a éstas un componente de proteína animal bajo la forma de carne de res o de cerdo en combinaciones muy sabrosas. Pero lo más atractivo de esta cocina es la variedad de succulentos guisados que puede preparar un cocinero de cuartel. Seco, estofado, lomo saltado, son algunos de los platos que, con gran imaginación y mucho gusto, condimentan los breves momentos de solaz de que gozan nuestros defensores. Una amplia gama de salsas de rocoto, ají, cebolla o huacatay, complementan el menú.

Naturalmente, las comidas varían de región a región tanto por la sazón de los cocineros como por los

ingredientes disponibles. Así, en las zonas costeras el pescado, y en algunos casos ciertos mariscos, forman parte importante de la dieta, mientras que en las zonas de sierra los tubérculos tienen una mayor presencia. En prácticamente todos los casos, los refrescos o bebidas son exageradamente dulces, al igual que la mayoría de los postres. Estos últimos son normalmente decepcionantes (gelatina o frutas) y, en el mejor de los casos, se llega a la crema volteada.

La pregunta que sigue flotando, sin embargo, es ¿por qué la comida de cuartel es buena si existen tantas limitaciones para que así ocurra? Hay varias hipótesis posibles. Una es que la extracción social de los integrantes del ejército guarda una estrecha relación con los estratos que cultivan la cocina criolla o regional con más ahínco que otros, y que ello lleve a los jefes militares a prolongar su placer culinario infantil y adolescente en la vida adulta cuidando la selección de los cocineros. Sin embargo, en muchos ca-



sos es posible que el gusto por la comida sea una pasión adquirida en la vida profesional. Otra posibilidad es que el aislamiento provinciano a que se ve sometido el militar lo obligue a buscar en la comida una compensación a la privación de otros placeres y, por ella, ponga especial cuidado en proveerse de la misma; situación que, por lo demás, emularía lo ocurrido con los mandarines de la antigua China (me refiero exclusivamente a la comida, por supuesto). Una tercera hipótesis, más forzada que las anteriores por cierto, es que la falta de estímulo a las vocaciones y talentos artísticos de los miembros de la jerarquía, encuentre en la preparación y degustación culinaria una válvula de escape para la creatividad reprimida.

Sin duda, el enigma es difícil de descifrar. Quizás una anécdota que se cuenta sobre el extinto general Manuel A. Odría arroje alguna luz sobre el problema. Se cuenta que don Manuel A., en una de sus visitas de inspección, degustó unos sabrosos potajes en un restaurante norteño. Luego de ultimar las viandas, con evidente gesto de satisfacción, el general mandó llamar al cocinero, un joven del lugar, y luego de felicitarlo lo interrogó brevemente sobre sus habilidades culinarias, edad y otras generales de ley. Luego que el talentoso joven se retiró, el general, mirando fijamen-

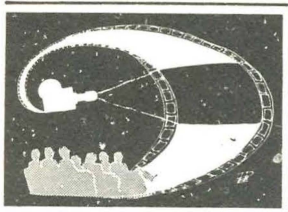
te al horizonte, le dijo a uno de los oficiales que lo acompañaban: ¡lévalo!.

La historia, aunque peculiar y tal vez no muy representativa, revela un gusto por la comida en los mandos militares. Cuando uno comprueba una cierta generalización de dicho interés por la buena mesa en las diversas instancias de la jerarquía, la anécdota cobra un sentido mayor.

No conozco con precisión la forma de organización de la cocina de cuartel. Imagino que hay un jefe de cocina, y ayudantes de dos o tres rangos, pero lo que sí es sorprendente es que el ejército no se haya preocupado por crear una especialidad gastronómica en sus programas de capacitación y adiestramiento. Los ejércitos de los países socialistas tienen una rama de ingeniería gastronómica que, según testigos imparciales y confiables, funciona magníficamente dentro de los parámetros del realismo socialista. Pantaleón aparte, debería formalizarse una subdivisión especializada de cocina en nuestro ejército, con deberes, calificaciones y privilegios de rango y antigüedad. Así, por ejemplo, debería crearse una jerarquía gastronómica que vaya desde ayudante hasta cocinero de seis tenedores (los tenedores podrían reemplazar a los galones). De esta manera, se fomentaría la superación constante de calidad, la especialización (vg. "logística gastronómica" para el diseño de menús a nivel nacional) y se estimularía una veta creativa tan gratificante.

Adicionalmente, la integración de estos elementos castrenses a la civilidad no presentaría mayores problemas; todo lo contrario, serían calurosamente bienvenidos. ■





Federico de Cárdenas

LA CARRERA DE INGRID BERGMAN

Con Ingrid Bergman, muerta el 29 de agosto pasado, en el mismo día en que cumplía 67 años, desaparece otro de los pilares del cine clásico. Fue una gran actriz, como lo prueba el hecho de gozar de una popularidad inmensa en todo el mundo, al mismo tiempo que el haberse constituido en una de las leyendas favoritas de los más exigentes cinéfilos. La categoría de los cineastas que la dirigieron: Cukor, Hitchcock, Rossellini, Renoir o Bergman —para citar a los de primera fila— y el hecho de haber desarrollado su carrera en países tan diversos como Suecia, los Estados Unidos, Italia, Francia, Alemania y Gran Bretaña, hacen de ella, mucho más que de otras actrices de su generación, el prototipo de la figura internacional, del talento sin fronteras. En su caso, no se trata de fidelidad a un mismo personaje, ya que su virtuosismo histriónico le permitió pasar del drama a la comedia con la misma habilidad, pero sí con la fidelidad a ciertos rasgos de su personalidad fílmica, rasgos que fueron utilizados magníficamente por el Hollywood de los años 40 y hechos madurar por Hitchcock y Rossellini.

LOS COMIENZOS

Ingrid Bergman nació en 1915 en Estocolmo e hizo estudios de actuación en la Academia Real de Arte Dramático de su ciudad natal. Descubierta por el veterano realizador Gustav Molander, decano del cine sueco (muerto en 1973 tras una carrera de medio siglo iniciada en 1920), debutó en el cine a los 19 años, en 1934, rodando una decena de filmes en rápida sucesión hasta 1938, siete de los cuales fueron dirigidos por Molander y sin mucho interés.

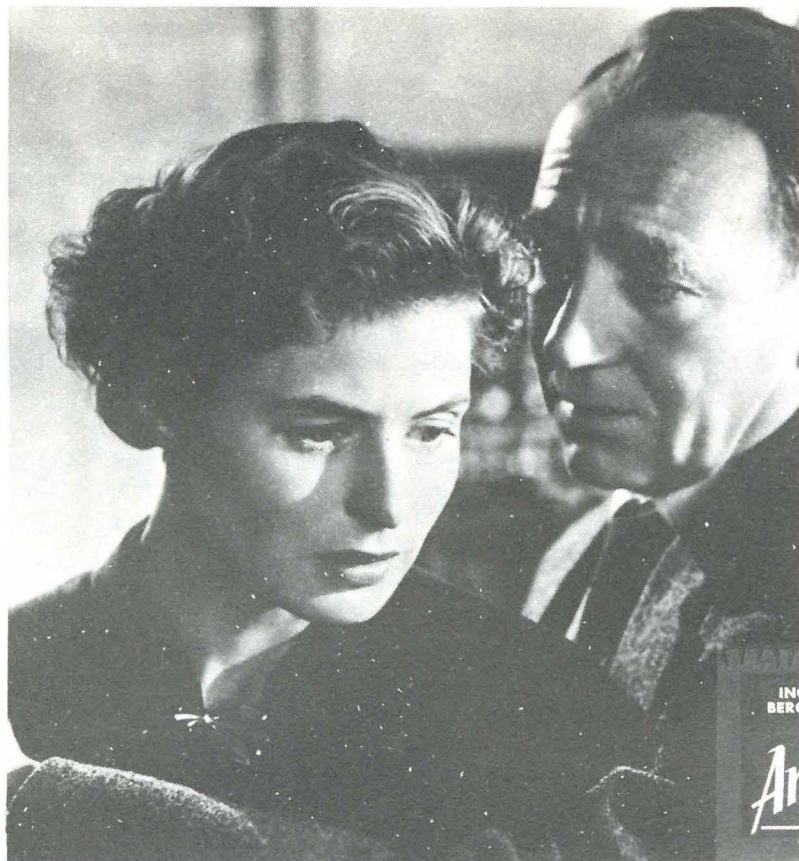
En 1938 partió a Alemania, donde rodó *“Die Vier Gesellen”*, pero ya antes de esto había sido ubicada por productores norteamericanos a través del éxito de una de sus cintas suecas, *“Intermezzo”*, dirigida por Molander. Hollywood preparó rápidamente un “remake” de esta cinta y para ello trajo a la misma intérprete de la primera versión, la cual tuvo un gran lanzamiento publicitario. Ingrid Bergman fue presentada al público como una segunda Greta Garbo, a la que se asemejaba en país de origen, juventud y belleza, pero en nada más. La versión norteamericana de *“Intermezzo”* es de 1939 y la dirigió Gregory Ratoff. La actriz hizo pa-

reja con Leslie Howard —que era entonces uno de los galanes de moda—; este hecho y el pegajoso romanticismo de la historia, garantizaron un enorme éxito al filme y su intérprete se vio de inmediato promovida a estrella.

LOS AÑOS 40

Jean Pierre Coursadon nos ha dejado una excelente descripción de esta segunda etapa de la carrera de la actriz sueca: “los realizadores americanos supieron sacar partido de su gracia algo tiesa, de su porte a la vez caluroso y distinguido, de sus impulsos amorosos al mismo tiempo que maternales. Magnificaron su personalidad, dándole roles que rozaban el irrealismo, casi el onirismo (y cuidando particularmente su modo de vestir, en el que cada elemento podía devenir mitológico), oponiéndola de manera casi pasiva a las fuerzas del mal”. Cinco películas, en las que formó pareja con los actores más populares de esa época cimentaron definitivamente su fama.

Ellas fueron, en orden de rodaje: *“Doctor Jekyll y Mr. Hyde”* (1941) de Victor Fleming, tercera versión del clásico de Stevenson, en el que estuvo perfecta como atribulada a-



INGRID Bergman en el film "Angustia" de Roberto Rossellini

mante de Spencer Tracy; la entrañable "Casablanca" de Michael Curtiz, donde —al lado de Bogart— encarnó a la mujer dividida entre dos hombres con emoción romántica; "Por quién doblan las campanas" de Sam Wood, donde hizo de pareja de Cary Cooper por pedido del propio Hemingway, quien no imaginaba a otra actriz para la María de su novela, pero que es la menos interesante de las cinco películas debido a que Wood no entendió nada de la obra; "La luz que agoniza" de Cukor, famoso drama de época que trabajó con Charles Boyer y que le valió su primer Oscar; y, finalmente, "Cuéntame tu vida" de Alfred Hitchcock, en la que cura a un atormentado Gregory Peck por las vías del psicoanálisis.

Estas películas la llevaron a la cima de la popularidad y también agregaron otra nota característica a su carrera: su costumbre de volver

a trabajar con los mismos realizadores; en primer lugar Hitchcock, quien le procuró sus más hermosos roles luego del de "Casablanca". Para él hizo "Notorius" ("Tuyo es mi corazón"), obra maestra que contiene varios momentos de antología, entre ellos el famoso beso a Cary Grant, y luego "Los amantes de Capricornio", ominoso drama victoriano donde compartió honores con Joseph Cotten y donde el larguísimo plano de su confesión final es absolutamente inolvidable. Este período se cierra con la "Juana de Arco" de Fleming (1950) y con su abandono de Hollywood, víctima de una campaña de calumnias, sólo comparable a la que se desarrolló después contra Chaplin. Eran los años del maccarthismo y difícilmente se podía perdonar a la gran actriz mimada del público americano el que esperara un hijo de Roberto Rossellini, sin siquiera

estar divorciada de su primer marido. Con dignidad e independencia, Ingrid Bergman lo dejó todo y viajó a Italia a reiniciar otra etapa de su carrera, al lado de Roberto Rossellini.

LA CARRERA EUROPEA

Con Rossellini, Ingrid Bergman rodó seis películas entre 1950 y 1955, cuatro de ellas obras maestras. El cineasta italiano se encontraba en el mejor momento de su talento creador, derivando poco a poco del neorrealismo a un realismo despojado e intimista, en el que Rivette, Truffaut y los restantes críticos y futuros realizadores de la Nueva Ola saludaron el inicio del cine moderno.

Para él Ingrid Bergman encarnó a una serie de personajes "mal en su piel", insatisfechos, en crisis. Imposible olvidar el drama de la "extranjera" en la isla ("Stromboli") y la secuencia de la fuga a través del volcán; a la burguesa que no sabe qué hacer con su vida ("Europa 51"); a la pareja matrimonial que se deshace y reconcilia ("Viaje a Italia"), o, finalmente, a la esposa chantajeada de "Angustia".

Este ciclo de películas ha quedado como uno de los más altos ejemplos de colaboración entre un director y una actriz en la historia del cine, comparable a muy pocos más: Joseph von Sternberg y Marlene Dietrich, Jean Luc Godard y Anna Karina, Ingmar Bergman y Liv Ullman o Geraldine Chaplin

y Carlos Saura.

A punto de concluir su relación con Rossellini, la actriz interpreta para su amigo Jean Renoir un divertimento delicioso y logrado: *"Elena y los hombres"* ("Las extrañas cosas de París", entre nosotros) en el que es el centro de una relación cuadrangular. Para Renoir, quien tenía una gran admiración por su talento de actriz, Ingrid Bergman fue coqueta, elegante y ligera, en un rol que le venía a la medida.

LA SEGUNDA CARRERA AMERICANA

Separada de Rossellini, Ingrid Bergman inicia una segunda etapa para el cine norteamericano. Con *"Anastasia"* de Litvak, mediocre filme con una buena actuación, gana su segundo Oscar; con *"La posada de la sexta felicidad"* de Robson, recupera a su viejo público. A partir de esta película, el ritmo de su trabajo se hace más pausado y sus roles no tan afortunados. *"Por siempre adiós"* (1961) de Litvak, es un melodrama en base a Françoise e Sagan y *"La visita de la vieja dama"* (1964), del alemán Bernard Wicki, es una adaptación de la pieza de Dürrematt en la que por vez primera la actriz acepta encarnar un papel de mujer anciana. Ese mismo año hace uno de los episódicos personajes de *"El rolls royce amarillo"* para el inglés Anthony Asquith. También interviene en varios "especiales" de la TV americana, entre ellos *"Otra vuelta de tuerca"* (1965), en base al relato de Henry James y *"La voz humana"*, adaptación del famoso monólogo de Cocteau que había rodado Rossellini con Anna Magnani.

LOS AÑOS FINALES

Es en este momento, hacia 1966, que la actriz es sometida a una primera intervención quirúrgica al descubrirse un cáncer mamario. El progresivo avance de la enfermedad irá transformando el resto de su vida en una lucha terrible, en la que los momentos de respiro son dedicados al rodaje de unas cuantas películas.

En 1967 trabaja en una cinta de episodios en Suecia: *"Stimulantia"*, y Gustav Molander —su viejo descubridor— la vuelve a dirigir en el episodio que le corresponde. Es el primer rodaje de la actriz en su país natal en treinta años y de aquí data su amistad con Ingmar Bergman —otro gran realizador que la admiró siempre—, quien la había previsto como protagonista para su frustrado proyecto de rodar un dúptico con Federico Fellini. También retorna al teatro, en una pieza de O'Neill. La escena ha sido su principal preocupación en los últimos años, interpretando al personaje de Golda Meier en *"Golda"*, cuya versión televisiva, terminada el año pasado, ha sido su último trabajo.

En cuanto al cine, quedan aún

tres roles que mencionar: el de la excéntrica condesa en *"A matter of time"* ("Nina") de Vincent Minnelli, nostálgico y conmovedor filme en el que volvió a compartir roles con Charles Boyer, muerto poco después. Otro personaje de aristócrata excéntrica en *"Crimen en el Orient Express"* de Sidney Lumet, que le valió su tercer Oscar, esta vez como mejor actriz de reparto, y su extraordinaria interpretación como madre de Liv Ullman en *"Sonata de Otoño"* de Ingmar Bergman, su último rol; extraordinaria despedida, digna de una actriz fuera de serie (es una lástima que esta cinta no haya sido vista en Lima).

La enorme dignidad con la que asumió su silenciosa lucha contra el cáncer, la sinceridad y honestidad con las que atravesó su carrera artística y su destino personal y el número sorprendente de obras de primera línea que interpretó hacen de Ingrid Bergman una de esas figuras irrepetibles del séptimo arte. Ahora que su ciclo vital se ha cerrado de modo tan perfecto, nos quedan las cincuenta películas que protagonizó para evocar su arte inimitable. ■



CON Rossellini rodó seis películas, en la foto la vemos en *"Viaje a Italia"*

The logo for Belco, featuring the word "BELCO" in a bold, sans-serif font. The letter "L" is stylized with a flame shape integrated into its vertical stroke. The entire logo is enclosed within a horizontal oval border.

BELCO



EL BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERU, cumpliendo con los mandatos: de preparar información sobre la situación económica y financiera del país, y de contribuir a su difusión, tiene a disposición de los interesados su publicación: EL SECTOR EXTERNO Y LAS RESERVAS INTERNACIONALES, en la Biblioteca institucional

En el mismo lugar encontrarán los estudiosos de temas económicos y financieros los siguientes documentos de publicación periódica:

- NOTA SEMANAL
- BOLETIN MENSUAL
- RESEÑA ECONOMICA TRIMESTRAL
- MEMORIA ANUAL

La Biblioteca del Banco Central de Reserva del Perú, sita en Miró Quesada 445, Lima 1, está abierta al público en horario corrido de lunes a viernes, de 9:30 a 16:00 horas.

IDENTIDAD

Carlos Henderson

Mosca Azul

Lima, 1982

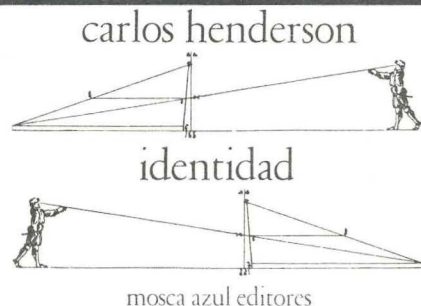
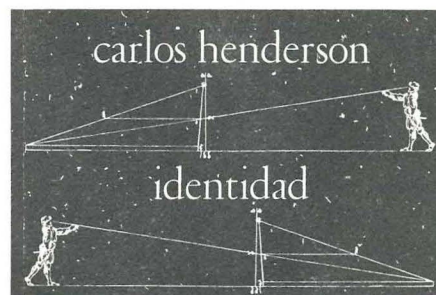
54 pp.

Carlos Henderson contaba con 27 años y un libro de poemas —*Los días hostiles*, 1965— cuando declaró, en *Los nuevos*, que la generación del 60 había nacido con Javier Heraud y César Calvo y que buscaba acercarse, objetivamente, a la sociedad peruana. Además, en el ya legendario libro de Leonidas Cevallos, señalaba como motivaciones de su poesía “...reaccionar y denunciar contra lo que nos enajena”(1).

Los dos siguientes poemarios —*Palabras al hermano que me habita* (1968) y *Canciones para mis vecinos* (1970)— no agregaban nada a su testimonio poético basado en una vital creencia en la transformación social. Lo curioso está en el sentido del libro de 1970 que, deudor de Brecht y de Antonio Cisneros —el de *Comentarios reales*—, muestra una distinta óptica del propio fenómeno generacional, ya que fue publicado en las ediciones “Hora Zero” y refleja la duda que del momento histórico nacional de comienzos del 70 dejaban traslucir otros poetas, mucho más jóvenes que él. En uno de esos epigramas se pregunta: “Nos aseguran que no existe conflicto/ entre los objetivos de la revolución/ y los ‘justos

requerimientos/ de los inversionistas/ Pero en verdad no hay error?” (LAS LINEAS DEFINIDAS). Por eso, nos causó asombro que en el libro que sigue —*Ahora mismo hablaba contigo Vallejo* (1976)— confesara: “... Vinieron las guerrillas/ Hicimos memoria/ de la frase de Rimbaud: *hay que cambiar la vida/* Y —o halando la misma carga un poco aliviada de excesos escribimos versos llenos de resplandor/ Y otras plumas dibujaron las palomas de la paz/ Nada nos faltó ni nos falta como ves/ —para seguir en los hilos de la araña/ A menos que haciendo acopio de fantasmas en imprecisas escenas y previsible variantes/ la realidad nos imite” (MI GENERACION).

Pero los problemas de Henderson tienen raíces estilísticas más que sociales o generacionales. Hasta *Canciones para mis vecinos* no resulta claro el nexo entre sentimiento y lenguaje, produciéndose una falta de equilibrio, un desborde de palabras; así es como sus epigramas carecen de ritmo y jamás llegan a la fuerza inusitada que deberían poseer. Y es que Henderson, pudiendo escribir poesía en prosa —Cf. su primer libro—, optó por forzar a la prosa a meterse en una armazón cuyas leyes no parece dominar. A esto se le suma el querer hablar —y no sólo con Vallejo— permanentemente desde la poesía, desde el oficio de poeta, desde o contra una generación poética. Y considera que su vehículo de comunicación es permisible a cualquier reflexión: “... Y sólo sé



que en el interior de la realidad del cosmos/ el poema es un puente hacia alguien/ ¿Es necesario hablar/ sobre asuntos de poesía?/ ¿Hablar de este oficio —como lo llamamos tomándolo/ por mangas o de veras oficio sórdido...?” (TESTIMONIO DE LA DERROTA).

Seis años después, Henderson publica el libro que comentamos. Y el título le cae de perilla no sólo al autor sino a toda su obra. *Identidad* está conformado por veintidós poemas que exploran un aspecto íntimo del Yo: la búsqueda del rostro verdadero en secuencias que bien pudieron convertirse en un solo poema. La noción de subjetividad contrastada con el

exterior opera desde el primer texto: "vacío de mí/ espejo de mí/ heme conocido/ su poder hostil// no/ yo nunca quise vacío// no/ no quiero estar solo// el viento tiene a donde ir/ con quien escuchar su venir// el mar lejos de mí el mar/ lejos otra vez el mar/ mar otra vez me faltas// yo guardé en mí/ la extensión del mar/ pero he aquí que estoy/ cercado asolado..." (LIMITES). De aquí en adelante, extiende esa búsqueda a otros Yo con los que el contacto estaría definido por un fluir de pensamientos; poesía, nuevamente, en las voces que indagan a partir de sentimientos de ausencia. No en balde ha buscado Henderson la apropiación de los mecanismos del verso mediante la *elipsis*. Pero confió en que, despojando a los versos de algunos elementos gramaticales y apelando a rimas por aquí, por allá (siempre ubicadas con una conciencia a punto de confundirse con la obviedad), iba a conseguir un mejor canal con el lector. La realidad es otra, quizás porque, como en sus libros anteriores, el poeta explicita la intención de sus poemas concediendo la llave "del conocimiento" puesto en práctica. Y, entonces, las ideas se confabulan para serrucharle el piso a la poesía.

De la conciencia histórica vuelve el poeta a una identidad personal. Esto no es discutible, por cierto. Pero, ¿no habría sido mejor empezar a la inversa? De un lenguaje coloquial y/o prosaico busca

encontrarse con una expresión diferente en un estilo distinto, cercano al Huidobro juguetón: "... dices alertas sacros ya/ dices llegaremos a nos/ daremos días a los árboles/ buenos vientos a los cruceros..." (LIMITES), a Saúl Yurkievich: "ondeo ondisonante tu mensaje/ de sí todavía huésped tus veces/ súbitas tu bestia/ el poema..." (MI TRABAJO), o a un barroquismo bastante vacuo: "... de la tersa zapa del topo/ la de la ala ubérrima/ la de la umbría// arriesgando/ de márgenes inmaridables/ que de instinto se ciñan empero/ de cometido que den sentido..." (EL FRENTE); "exceso asedio/ blancazo grabas halo..." (SIN TREGUA).

En cambio, los mejores momentos de *Identidad* son aquellos en que Henderson alude a su tema sin pretender ajustarlo a una idea. Precisamente en el poema que da nombre al libro: "... otra vez/ a través abrojos crepúsculos/ vestido estás de niño / de azul en un bosque// los ojos de ancianos/ te protegen// hecho de sola pieza/ para ser herida// caída..." O en el más corto del volumen: "y yo/ para quién digo/ la ciega cosa// la cosa ciega/ su apetencia// mi vida sin salvación// ah cretino que soy/ de salvación aún hablo/ y yo el que creía/ que sería otro" (LA COSA CIEGA).

Definitivamente, *Identidad* es el libro mejor concebido que Henderson ha publicado. Pero la brusquedad que apreciamos

en el cambio temático/estilístico no permite una evaluación positiva porque se plasma con imperfecciones, más aún, es un plan de correspondencias internas que impide (¿o tal vez lo sugiere?) extraer un poema y que logre sostenerse por sí mismo.

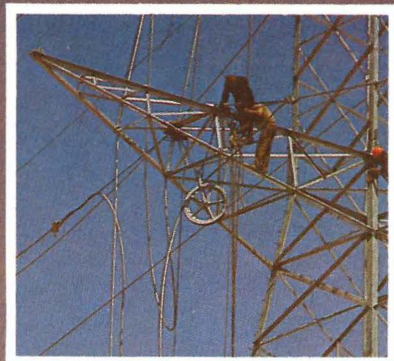
Lo importante se da en otro nivel, el de la estructura del libro como unidad de habla. En ninguna de sus obras como en ésta, Henderson lleva a cabo la ejecución de un sistema poético. Con sobriedad, es indudable, pero todavía con una herencia desordenada que se encrespa dentro cuando "ese joven es el que escribe el otro/ otro —el laberinto permanece".

Edgar O' Hara

NOTAS

(1) Cf. declaraciones de C.H. En: *Los nuevos*, Lima, Edit. Universitaria, 1967, pp 43-63.





EFICIENCIA Y CUMPLIMIENTO: BASE DEL DESARROLLO

El Hombre de COSAPI considera la construcción del desarrollo del país como el gran reto, al que responde trabajando. Desde la planificación del proyecto, hasta su ejecución y entrega total, Ejecutivos, Ingenieros y Técnicos, contribuyen con su capacidad, experiencia y madurez profesional, al desarrollo eficiente de nuestras obras, para entregarlas en el menor plazo posible.



COSAPI
S.A. INGENIEROS CONTRATISTAS

UNMSM-CEDOC

Presentamos las Tarjetas de Prestigio Visa.



Miles de personas portan ya las nuevas Tarjetas de Prestigio Visa utilizándolas para sus compras y la obtención de servicios en todo el mundo. Las Tarjetas de Prestigio Visa se distinguen por llevar el conocido emblema de tres franjas ahora en Oro, Blanco y Oro, las cuales también pueden aparecer de tamaño reducido sobre un color contrastante.

Millones de personas confían en Visa para aceptación mundial, comodidad y flexibilidad financiera. Las tarjetas y los cheques de viajero Visa son utilizados ya por más de 100 millones de personas, convirtiéndose día a día en los medios de pago preferidos por los viajeros, los establecimientos comerciales y las instituciones financieras en todo el mundo.



Visa ofrece un mundo de alternativas.

UNMSM-CEDOC